



MUNDO DE
SANGRE
Y **CENIZAS**

RAIN CROSS



Lectulandia

¿Qué ocurriría si todo lo que conoces desapareciera? Lo que iba a ser un apacible fin de semana en Maine se transformará en la peor pesadilla para Claire y Sophia Evans.

Acompaña a éstas dos hermanas a lo largo de un viaje en un mundo donde los muertos caminan a sus anchas y los vivos deben luchar por su supervivencia.

Lectulandia

Rain Cross

Mundo de sangre y cenizas

ePub r1.0

Titivillus 28.04.2018

Rain Cross, 2015

Diseño de cubierta: Carolina Bensler

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

5° aniversario edición conmemorativa

Más libros, más libres

PROYECTO
SCRIPTORIUM



epublicbre.org



Capítulo 1

Claire Evans miraba atentamente el enorme reloj circular de la sala de descanso del St. Thomas Hospital en donde trabajaba de enfermera con sus ojos azules de gata. Las manillas marcaban las cuatro de la tarde. «Sólo una hora más», suspiró mientras se apartaba un largo mechón de cabello castaño oscuro del rostro y se recostó en la silla de madera.

—¿A qué hora tienes el vuelo? —le preguntó Tina, una de sus compañeras más cercanas, treintañera cómo ella y de rostro jovial.

—A las diez. En cuanto salga de aquí, tengo que ir volando a buscar a mi hermana.

Claire tenía la maleta hecha en su coche y en cuanto acabara su turno, se daría una ducha rápida en el hospital e iría a recoger a Sophia, su hermana menor para ir juntas a Bangor, Maine, a ver a su hermano mayor Ted.

—¿Y ya te va a dar tiempo? —añadió, dubitativa.

—Bueno, eso espero —Claire sonrió.

—Evans, Miller, necesitamos su ayuda en Urgencias —Gemma, la jefa de las enfermeras, una mujer de más de cincuenta, alta, delgada y que aún conservaba su belleza de juventud, entró provocando un gran estruendo con la puerta que hizo que se sobresaltaran.

—Se acabó el descanso —dijo Tina y siguieron a Gemma por los pasillos del hospital.

Claire y Tina iban tras Gemma para poder hablar.

—¿Hace cuánto que no ves a Ted?

—Hará unos dos años, desde que se marchó de Londres —contestó Claire.

Recordó el día en que su hermano mayor había decidido marcharse a Estados Unidos a vivir. La despedida fue dura, habían sido siempre una familia muy unida. Su madre había llorado en el aeropuerto, su padre le abrazó durante un largo rato, y tanto Sophia como ella intentaron contenerse para no montar una escena. Sabían que no era un adiós definitivo, pero la separación fue dura. Las cenas que su madre organizaba los sábados ya no eran lo mismo sin Ted y sus chistes.

En aquellos dos años de ausencia Sophia, su marido Owen y su pequeña Victoria, la hija de cuatro años de ambos, se había mudado a una gran casa en las afueras. A Claire la habían trasladado a Urgencias, donde los mejores enfermeros se enfrentaban día a día a los casos más difíciles. Ted había conseguido un trabajo en una importante empresa de informática, por lo que las cosas le iban viento en popa al otro lado del charco.

Había invitado a su familia a pasar el fin de semana, pero sus padres tuvieron que declinar la oferta ya que su madre no se encontraba demasiado bien de salud. Sophia

había decidido ir y dejar a Victoria con Owen.

Llegaron a la sala de urgencias. Había mucha gente en el lugar, pero nada anormal en un viernes por la tarde y en plena primavera. Era temporada de alergias.

—Señoritas, hay varios pacientes que nos han traído con heridas de arma blanca, necesitan algunos puntos de sutura y antibióticos —Gemma cogió unos historiales y se los pasó a las dos enfermeras—. Después de eso, Evans puede marcharse —Se acercó a Claire—. Espero que tenga un buen viaje —le sonrió y se alejó de ellas para atender a algunos pacientes.

—Gracias —Claire le devolvió la sonrisa y la vio hablando con uno de los doctores más veteranos.

Gemma Beckett podía ser muy estricta, pero siempre había sido muy amable con todas las personas a su cargo.

Claire fue a atender al primero de sus dos pacientes. Era un niño de diez años con una dermatitis de contacto. La madre del pequeño estaba histérica, y Claire la tranquilizó diciéndole que eso se trataba con antihistamínicos y que le harían un test de alergia en una semana.

El siguiente paciente fue uno de los apuñalados, un chico joven con un navajazo en su antebrazo izquierdo vestido con una camiseta del Arsenal. Claire se acercó a él para ponerle anestesia local y así coserle la herida.

—No te va a doler —le dijo al chico mientras la aguja penetraba su piel. El joven frunció el ceño y no dijo nada—. Vuelvo en unos minutos para que te haga efecto.

Claire se alejó y miró su ficha. Había sido un altercado en la salida de un partido de fútbol. Cuando volvió, le cosió la herida y le dijo que esperara al doctor, el chico le dio las gracias tímidamente y Claire se marchó a ducharse y cambiarse.

Había llevado unos tejanos oscuros, una sudadera negra y sus viejas botas de cuero para el viaje; era la ropa más cómoda que tenía. Cogió la mochila roja que siempre llevaba al trabajo y se despidió hasta el lunes de todos los compañeros que se encontró hasta llegar a la salida. Había salido del edificio cuando alguien le habló a su espalda.

—Así que te vas a Estados Unidos, ¿eh? Procura estar de vuelta el lunes, recuerda que te toca el turno de noche —dijo una voz burlona. No había duda de que se trataba de Karen, una de sus compañeras.

Claire la miró y entornó los ojos con una sonrisa. Era una chica de estatura media y expresión risueña.

—¿Acaso crees que te voy dejar sola toda la noche? No vaya a ser que te pierdas por los pasillos del hospital —Claire le sacó la lengua y Karen rió.

—Nos vemos el lunes entonces. Que tengas un buen viaje —Metió las manos en los bolsillos del uniforme blanco reglamentario de los enfermeros y empezó a caminar hacia el hospital de espaldas.

—Gracias. Hasta el lunes, Karen —Claire se alejó de ella y empezó a rebuscar en la mochila las llaves del coche.

Su viejo Nissan de 1995 negro estaba en una de las plazas reservadas al personal del St. Thomas. Claire entró, puso el seguro del coche y llamó a Sophia.

—¿Si?

—Soph, estaré allí en veinte minutos. Espero que estés ya preparada en la puerta, que te conozco —Claire remarcó esas últimas palabras. Sophia siempre llegaba tarde a cualquier parte.

—Sí, sí, lo tengo todo preparado, no te preocupes Claire —contestó su hermana en tono alegre—. Nos vemos.

Le colgó. Claire negó con la cabeza, «Esa es la señal de que no ha preparado ni la mitad», suspiró, se puso el cinturón y emprendió el camino hacia la casa de Sophia.

No había mucho tráfico en ese momento por lo que Claire avanzó por todo Londres a buen ritmo. Tenía puesta una emisora de radio que emitía música de los ochenta sin parar.

Aparcó delante de la puerta, y vio a Victoria mirar por la ventana de su habitación. Claire le saludó y la pequeña le sonrió con alegría. Salió del coche y fue a llamar al timbre cuando la puerta se abrió de repente.

—Victoria es un timbre más eficiente que ese, parece mentira que aún no lo sepas, hermanita —Sophia llevaba una de sus maletas en la mano y la dejó a un lado—. Te dije que estaría lista —Sonrió.

Claire clavó sus ojos en los de su hermana y suspiró. Tenían el pelo del mismo color, pero en los ojos de Sophia había algo de verde en su interior y sus facciones eran más redondeadas. También era más baja que ella, y su cuerpo tenía más curvas, a diferencia de Claire que era alta y espigada.

—Ya lo veo, ya. Por eso parece que hayas corrido una maratón, porque lo tenías todo listo, ¿no? —dijo Claire con sarcasmo, cruzó sus brazos y le devolvió la sonrisa.

—Me has pillado —Sophia le guiño un ojo—. No puedo engañarte.

Owen salió de detrás de la puerta. Era un hombre alto, rubio y apuesto un par de años más mayor que Sophia pero sin llegar aún a la treintena.

—Hola, Claire.

—¿Todo bien, Owen? —Se dieron dos besos.

—Sí, aunque voy a echar de menos a mi mujercita —Besó a Sophia en la cabeza.

—Sólo será el fin de semana, cariño —Sophia le abrazó.

—¿Seguro que no os queréis venir? —preguntó Claire por enésima vez.

—Seguro —contestó Owen—. Yo me quedaré al mando de la casa, y Vicky se portará muy bien.

Detrás de ellos, justo al final de la escalera, había una pequeña niña rubia de ojos azules y pijama rosa sonriendo.

—¿Es que no vas a venir a saludar a tu tía? —le dijo Claire preparándose para recibir un gran abrazo.

Victoria bajó las escaleras corriendo y rodeó el cuello de Claire con fuerza. Ella la levantó del suelo y le dio un beso en la mejilla.

—Pero que grande y guapa que estás —La dejó en el suelo y Victoria rió.

—Ya tengo cuatro años, tía Claire —dijo con una vocecita aguda.

—¿Cuatro ya? Madre mía, como pasa el tiempo.

—Y éste verano, Vicky hará su primer viaje en avión, y nada más y nada menos que a Disneylandia —Al oír decir eso a su padre, Victoria vitoreó.

—Por eso se queda, queremos que ese sea su primer viaje —añadió Sophia.

—Lo sé, lo sé —Claire cogió la maleta de su hermana y la llevó al coche.

—Espera, que te ayudo —dijo Owen caballerosamente.

—Gracias, Owen —Entre los dos la cogieron y la pusieron en el maletero.

La segunda era más pequeña, por lo que Sophia la dejó en el asiento trasero. Claire esperó apoyada en su Nissan mientras Sophia se despedía de su familia con cariño. Victoria lloró un poco pero le aseguraron que estarían de vuelta en unos días, y que su madre le leería un cuento por teléfono todas las noches que iban a estar ausente. Claire les dijo adiós y se subió en el coche cuando vio que ya se daban los últimos abrazos y besos.

Se puso el cinturón y su hermana subió e hizo lo mismo.

—Bien, ya podemos irnos —dijo Sophia con tristeza en su voz.

—Tranquila, sólo va a ser un fin de semana —Claire puso su mano en el hombro de su hermana.

—Lo se —Sophia le apretó la mano y sonrió.

Claire arrancó el coche y emprendieron el viaje hacia el aeropuerto de Heathrow.

Por el camino, hablaron de Ted. Recordaron viejos tiempo, cómo cuando se escondía detrás de las cortinas para asustarlas, o les hacía cosquillas hasta acabar con los ojos llenos de lágrimas de tanto reír. Le extrañaban, y a pesar de que esos juegos infantiles habían acabado hacía ya años, era la persona más bromista y alegre que conocían.

En una hora llegaron al aeropuerto, aparcaron el coche y buscaron la Terminal de su vuelo. Facturaron sus maletas y esperaron con paciencia a que fuera la hora de embarcar. Eran ya las nueve de la noche y a Claire la tarde le había pasado volando entre el recorrido en carretera, las despedidas y el trabajo. Vio a Sophia con el teléfono móvil en la mano, seguro que se estaría enviando mensajes con Owen. La sala estaba casi vacía, sólo unas diez personas más esperaban ese vuelo. «Ha sido buena idea viajar de noche», pensó Claire. Mirando a su alrededor vio un diario gratuito en los bancos de madera donde esperaban y empezó a ojearlo.

Noticias de política, la crisis, deportes... pero hubo una que llamó su atención.

Ola de violencia en China

Un centenar de personas ha muerto y hay más de veinte heridos en todo el país asiático. La violencia en las calles crece día a día y se desconoce las causas que han provocado que miles de personas se encierren en sus casas. El

Gobierno ha decretado el toque de queda y dará un comunicado a toda la nación mañana...

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Sophia con curiosidad.

—Que se está liando bien en China —contestó Claire y la miró—. Ha muerto gente, no vi nada de eso ayer en las noticias.

—Nosotros lo vimos ésta mañana, ya hay un millar de muertos, y no se sabe bien qué lo ha provocado. Unos dicen que es un ataque terrorista de Corea, otros manifestantes en contra del gobierno.

—Aquí pone que ha fallecido un centenar, supongo que era la cifra que tenían cuando cerraron la redacción —Claire hizo una pausa y Sophia asintió—. A ver si mañana nos enteramos bien del asunto —Claire dejó el periódico a un lado.

—Pasajeros del vuelo uno cinco siete con destino a Bangor, Maine, ya pueden embarcar —dijo una voz femenina por los altavoces.

Las pocas personas que estaban esperando se levantaron e hicieron una pequeña fila para poder subir al avión. Claire y Sophia eran las últimas.

—Bien, pronto veremos a Ted —dijo Sophia con entusiasmo.

—Sí, sólo tenemos unas cuantas horas de vuelo por delante —añadió Claire con tono irónico dándole los billetes a la azafata.

Pero realmente eso no le importaba, mañana a esas horas se reencontrarían con su hermano mayor. Sería un gran fin de semana.

Capítulo 2

El vuelo fue tranquilo. Claire se había llevado el último libro de King para hacer el trayecto más entretenido mientras Sophia ojeaba una revista de cine.

Al bajar del avión se encontraron a Ted esperándolas. Su hermano mayor no había cambiado mucho; seguía llevando el pelo castaño claro algo largo y la misma ropa informal. Debajo de sus ojos azules tenía algunas ojeras, pero eso no le restaba atractivo a su rostro. Sus labios dibujaron una amplia sonrisa nada más verlas.

—Al fin habéis llegado, tardonas —Fue hacia ellas y los tres se dieron un gran abrazo—. Ya os echaba de menos.

—Y nosotras a ti —dijo Sophia intentando no llorar.

—Bueno, un poco sólo —añadió Claire riendo.

—Un poco dice —Ted le dio un leve empujón en el hombro a Claire—, aunque pensándolo bien, hablamos casi cada día por Internet.

—Por eso —Claire le guiñó el ojo y los tres rieron.

—Bueno, mejor que vayamos ya a recoger el equipaje, que estaréis cansadas y querréis dormir.

Claire, Sophia y Ted fueron a buscar la única maleta que no les dejaron subir al avión, la grande de Sophia, mientras Claire y Ted se burlaban de ella por llevar siempre demasiadas cosas.

—Parecéis dos niños pequeños —gruñó Sophia cruzando los brazos.

Cargaron el coche de Ted, un Chevrolet azul de segunda mano, se subieron en el auto y se dirigieron hacia la casa de su hermano en las afueras.

—Pensé que tendrías un coche mejor, al ser informático y eso —dijo con ironía Claire.

—Puede que no quisiera un coche mejor, me encanta éste, y prefiero gastarme el dinero en cosas mejores —contestó Ted con una sonrisa.

—Sí, mejores. En la última consola sacada al mercado y en mil videojuegos —dijo Sophia, que iba en el asiento trasero, y empezó a reír.

—¡Oye! ¡Que no sólo me lo gasto en eso!

—¡Has dicho sólo! Por lo tanto, Soph tiene razón —Claire hizo una carcajada.

Los tres no dejaron de hablar y reír durante todo el camino. «Cómo echaba esto de menos», pensó Claire con una sonrisa en sus labios.

El tráfico del aeropuerto a Bangor fue escaso, sólo se encontraron con un par de coches por las carreteras bordeadas de espeso bosque. Al llegar a la ciudad, las luces de las farolas y semáforos adornaban la noche. Ya era de madrugada, y había poca gente por las calles para ser un viernes. Atravesaron la urbe en poco tiempo, y volvieron a las carreteras rodeadas de verde. Los faros iluminaban el camino hacia una zona no muy alejada de Bangor.

—Ya falta poco —dijo Ted en voz baja señalando lo asientos traseros. Claire miró y vio a Sophia medio dormida.

La casa de Ted era grande, de dos plantas con tejado gris oscuro y un gran jardín. De madera blanca, tenía *parking* y estaba rodeado de una verja de metal.

—Si que eres desconfiado, ¿no? —comentó Claire nada más verla.

—Es mejor prevenir que curar —contestó Ted quitándose el cinturón y bajando para abrirla—. Lo malo es que no es automática.

—Vaya informático que estás hecho.

—Sí, ya, es culpa mía ¿no? —Ted subió en el coche y entraron en su propiedad.

—En parte, sí —Claire le miró y sonrió.

—Es una casa antigua y algo apartada, es normal que no esté tan modernizada.

—Excusa y lo sabes —sentenció Claire.

Ted suspiró y le revolvió el pelo como hacía cuando eran niños. Bajó de nuevo del coche y cerró la verja tras ellos.

Aparcaron el coche y sacaron las maletas. Sophia se despertó en medio de un ronquido por el ruido de la puerta del garaje y Claire y Ted no pudieron evitar reír de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophia algo aturdida.

—Digamos que te has despertado entre ronquidos —contestó Ted y Sophia se sonrojó.

—No te preocupes, Soph, yo también estoy cansada —añadió Claire entre bostezos.

Sophia sonrió y ayudó a sus dos hermanos con las maletas.

Por dentro, la casa de Ted era impresionante. Tenía un salón amplio, todo de madera, con una gran televisión de plasma y un buen sistema de sonido. Las acompañó a las escaleras y subieron al piso de arriba.

—Aquí están vuestras habitaciones, espero que estéis cómodas —dijo Ted deteniéndose delante de dos puertas de caoba—. Es mejor que ahora descanséis y ya mañana os hago un pequeño *tour* por la casa.

Al abrirla, Claire vio a su izquierda una gran cama con almohadones en el centro y una mesilla de noche a cada lado. Había un estrecho armario al lado contrario de la cama y un pequeño escritorio en frente de la puerta.

—El baño está al fondo, la primera puerta a la derecha.

—Genial, gracias, Ted —dijo Claire dejando su maleta encima de la cama.

—Bueno, mejor me voy. Que descanséis.

—Buenas noches —se despidió Sophia y entró en su habitación.

—Dulces sueños —dijo Claire viendo cómo su hermano abría una puerta que estaba algo más al fondo del pasillo.

Claire se cambió de ropa, se puso un cómodo pijama de dos piezas en tonos verdes y se estiró en la cama. Se quedó dormida en cuestión de minutos.

El aroma del café recién hecho la despertó a la mañana siguiente. Claire se levantó de la cama, rebuscó en su maleta una toalla y la ropa que se iba a poner ese día, una blusa y una falda, ambas negras, y unos leotardos azul oscuro, y fue a darse un baño.

Cuando acabó bajó a la cocina y allí estaban Ted y Sophia mirando la televisión. Un arco de pequeños ladrillos separaba el salón de la cocina y desde allí se podía ver el gran plasma.

—Buenos días, chicos —saludó Claire y cogió una taza de café que le habían preparado—. Gracias por...

—Shhhh —le cortó Sophia. Tanto ella cómo su hermano no apartaban sus ojos del televisor.

—¿Qué? —Claire se acercó a ellos y Ted subió el volumen.

—... Nos han llegado informes de que la ola de violencia que ha sacudido China los últimos días se ha trasladado también a Europa y América. Japón ha decretado el estado de emergencia y Corea del Norte ha blindado sus fronteras. El Presidente hablará ésta mañana para dar indicaciones a la ciudadanía. La última hora que tenemos desde China es que lo que había empezado como disturbios callejeros se ha convertido en un problema mundial. El ejército chino ya ha tomado las calles y se habla de millones de muertos y desaparecidos. Los hospitales están colapsados y los aeropuertos han sido bloqueados debido a altercados de violencia cometidos en sus instalaciones. Aun no se sabe la razón ni el origen de todo... —Ted bajó el volumen.

—¿Pero que cojones está ocurriendo? ¿El mundo se ha vuelto loco mientras dormíamos? —dijo con incredulidad.

—¿No habías escuchado lo de China antes? —preguntó Sophia extrañada.

—Que va, estos días he estado trabajando a todas horas y no he puesto las noticias.

—Yo lo vi ayer, en el periódico del aeropuerto —añadió Claire perpleja.

—Es cierto, me lo dijiste —dijo Sophia—. Parece que se les está yendo de las manos, ha llegado a Europa y América. Debo llamar a Owen —Se alejó de ellos y subió la escalera a toda prisa.

—¿Crees que corremos peligro? —Claire fue hacia el sofá y se sentó. Ted se puso a su lado.

—No lo sé, pero lo que está pasando no es nada bueno, y a nivel global —Ted dio un sorbo a su café.

Escucharon a Sophia bajar las escaleras y se reunió con ellos.

—Owen dice que están bien, ¿qué demonios estará pasando?

—Shhh —Ted subió el volumen de nuevo, había un corresponsal con un casco militar hablando en directo desde Pequín. Llevaba una camisa blanca manchada y unos pantalones oscuros. Iba desaliñado y parecía nervioso. El escenario era una calle digna de una película de guerra y se escuchaban disparos sin cesar.

—... los disturbios están por todo el país. El gobierno ha recomendado a los ciudadanos que se queden en sus casas y no intenten salir a las calles. Cómo podrán

ver, el ejército intenta controlar la grave situación que se vive en estos días pero... ¡Mike! ¡Cuidado, Mike! —la cámara cayó al suelo entre gritos y extraños gruñidos.

—¡Pero que coño pasa?! —dijo Ted alzando la voz y levantándose del sofá.

Sophia se llevó una mano a la boca. Claire no apartaba sus ojos de la pantalla. Se vieron los pies del reportero y parte de su pantalón, y de pronto, cayó al suelo envuelto en un grupo de personas que le atacaban. La señal se cortó justo cuando se podía ver cómo alguien le arrancaba lo que parecían los intestinos al periodista. A Claire esa imagen se le grabó a fuego en la cabeza. Los presentadores del noticiario aparecieron en pantalla con rostro sombrío.

—Hemos perdido la señal con nuestro compañero en Pekín.

—¿Pero que ocurre? ¿Qué demonios está ocurriendo? —dijo Sophia aún con la mano sobre sus labios.

—¿Habéis visto lo que le estaban haciendo al periodista? Sus tripas... Joder — Claire estaba atónita—. Sea lo que sea lo que está pasando, la cosa se está poniendo realmente fea.

Capítulo 3

Claire se quedó en silencio durante unos minutos. Intentaba asimilar lo que acababa de ver. «A ese periodista le estaban arrancando el estómago en directo, ¿qué demonios está pasando?», se hacía esa pregunta una y otra vez en su cabeza, y por muchas vueltas que le daba, no lograba encontrar la respuesta.

Los informativos habían dejado paso a la publicidad, y sus hermanos observaban la televisión ansiosos por ver las últimas noticias. Ted daba sorbos a su taza de café mecánicamente aunque hacía ya rato que lo había terminado, y Sophia tenía el teléfono móvil en las manos.

—Sólo falta un par de horas para que el presidente hable. Joder, podrían adelantarlo y no tenernos a todos así —dijo Sophia casi en un susurro.

—Ya, pero supongo que estarán agrupando toda la información que tienen, o mejor dicho, viendo qué deben decirnos y qué nos van a ocultar —añadió Ted dejando la taza sobre la mesa.

—Yo lo que quiero saber es qué coño está ocurriendo y si debemos prepararnos para algo. Al reportero le han abierto en canal y dicen que también está pasando en Europa y América, pero ¿dónde exactamente? ¿Estamos a salvo aquí? —Claire habló con tono nervioso.

—Tranquila, Claire, piensa que vivimos en las afueras, y hay una valla que nos puede proteger —Ted puso la mano en su hombro—. Esperemos a ver qué nos dicen antes de hacer conjeturas y ponernos catastróficos.

—Tienes razón —dijo Claire y se levantó del sofá—. Voy a hacer otro café, ¿queréis uno? —Ted asintió y Sophia no contestó—. Soph, ¿quieres otro café? —Claire se acercó a ella.

—Ah, sí, sí. Perdona, Claire, estaba pensando en Owen y Victoria —Sus ojos estaban algo vidriosos.

—Tranquila, Soph, ya verás como están bien —Claire dibujó una sonrisa en su rostro y fue a la cocina.

Calentó un poco de leche para el suyo mientras servía el café en tres tazas. De fondo, se podía escuchar un tonto anuncio de un todoterreno que lo puede con todo, «Que bien nos vendría tener uno ahora, por si las moscas», pensó poniendo dos cucharadas de azúcar en todas las tazas. Llevó las tazas de sus hermanos y le dieron las gracias, fue a buscar la suya de vuelta a la cocina y se sentó en el cómodo sofá azul marino de Ted. Ya habían acabado los anuncios y los presentadores del noticiario seguían hablando de lo que estaba ocurriendo en todo el mundo.

—Desde Francia nos llegan noticias de altercados y disturbios en las calles. El presidente francés ha hablado y ha decretado el estado de excepción en todo el país. El primer ministro británico también ha advertido a sus ciudadanos que deben eviten

salir de sus casas hasta que la situación esté totalmente controlada. Nos han llegado informes de que los ataques han llegado también al continente africano —El periodista, un hombre de unos cuarenta años de aspecto pulcro removi6 los papeles y prosigui6—. A lo largo de todo el mundo hay estallidos de violencia... —se detuvo en seco al ver c6mo un chico joven le pasaba una hoja de papel a su copresentadora.

—Noticia de 6ltima hora, el presidente har6 un comunicado a toda la naci6n en media hora. Repito, el presidente de los Estados Unidos hablar6 para la naci6n a las diez y treinta minutos —Una mujer atractiva de cabello rubio dijo esto con rostro sombr6o.

—Si han adelantado la hora de su discurso, es que algo muy malo est6 pasando —Ted las mir6—, y est6 pasando aqu6 tambi6n.

—Lo he supuesto, para que salga con tanta rapidez es que esa ola de violencia ha llegado ya Estados Unidos. Lo que espero es que digan cuales son las zonas afectadas —a6nadi6 Claire.

—El primer ministro ya ha hablado, ¿por qu6 tarda tanto el presidente norteamericano? —pregunt6 Sophia.

—Supongo que deben medir bien sus palabras —contest6 Ted dando un largo sorbo a su caf6.

—Todos deben hacer eso —a6nadi6 Claire—, puede que no se hayan preparado bien para lo que est6 ocurriendo, y ahora sufriremos las consecuencias.

—Esperemos que no, a ver que nos dicen. Dios, ¿qu6 co6no estar6 pasando? —dijo Ted.

—Millones de muertos, heridos, y ese grupo descuartizando al reportero, ¿ataque qu6mico, tal vez? Es demasiado para ser s6lo un grupo de violentos —a6nadi6 Claire extra6ada.

—Joder, menos mal que aqu6 hay un gran ej6rcito, y que cada ciudadano tiene derecho a tener un arma —dijo Ted e hizo una peque6a pausa—. Podemos defendernos —a6nadi6 con convicci6n.

—¿Quieres decir lo qu6 creo que insin6as? ¿Tienes un arma? —Sophia dej6 su taza en la mesa. Su caf6 estaba intacto.

—S6, es exactamente lo que quiero decir. Si alguien viene y nos ataca, le pegar6 un tiro. No nos pasar6 nada, y seguro que en unas horas, d6as c6mo mucho, la cosa estar6 controlada.

—Creo que conf6as demasiado en eso. ¿Es qu6 no has visto China? ¡All6 est6 todo descontrolado!

—¿Te piensas que no lo s6, Claire? No soy idiota, joder, pero es mejor no ponernos nerviosos y esperar a ver qu6 tienen que decirnos.

—Shhh —Sophia les cort6 a los dos y todos miraron la pantalla.

Hab6an conectado en directo con la Casa Blanca. A6n no hab6a salido el presidente, pero la sala estaba llena de periodistas y los *flashes* de la c6mara inundaban el lugar.

Claire fue a beber el caf6 que se hab6a preparado, estaba ya fr6o pero no le

importó.

El presidente hizo acto de presencia a los cinco minutos de la conexión.

—Buenos días. Estados Unidos, y el mundo entero, están siendo sacudidos por una violencia nunca vista con anterioridad. Hemos decidido decretar el toque de queda a partir de las veinte horas de hoy, y el ejército hará patrullas por todo el país para garantizar la seguridad de los ciudadanos. La medida es sólo cautelar, y no debe alarmar a la nación. Estamos trabajando para que todo vuelva a la normalidad lo antes posibles. Recomendamos que permanezcan en sus casas por su seguridad y salgan a la calle lo menos posible. En una hora, el vicepresidente McArthur hará un nuevo comunicado con las últimas novedades del asunto. Ruego a todos los norteamericanos que sigan éstas pautas para así conseguir que Estados Unidos consiga resolver esta crisis mundial. Que Dios bendiga América.

Se marchó dejando con la palabra en la boca a todos los periodistas. Uno de sus asesores de prensa, un hombre de unos cincuenta años con traje y con el rostro redondo sudoroso se acercó a los micrófonos y empezó a hablar.

—Señores, sobre las cuatro de la tarde el vicepresidente McArthur saldrá a hablar de nuevo a la nación.

Los periodistas empezaron a hacer preguntas, y el asesor de prensa de la Casa Blanca señaló a uno de ellos.

—Señor Whitman, ¿qué es lo que está ocurriendo exactamente? —dijo una voz femenina.

—Aún no podemos contestar a eso —Whitman señaló a otra persona.

—Disculpe, pero ¿puede decirnos cuál es la gravedad de la situación? —preguntó una voz grave.

—Cómo bien ha dicho el presidente, las medidas son sólo cautelares. Aún no sabemos exactamente el alcance real de la situación.

—Señor Whitman, pero si han decretado el toque de queda, es que el peligro está dentro del país. ¿En qué lugares concretamente? ¿Quiénes son los responsables?

Whitman hizo una pequeña pausa y suspiró.

—Señores, no tenemos más información de la que hemos dado ya —Removió sus papeles—. Esperamos ofrecer más detalles cuando el vicepresidente hable para la nación. No sabemos con exactitud todos los lugares donde hay altercados, ni tampoco quién o qué lo ha provocado, pero esperamos poder informarles mejor más tarde. Muchas gracias.

El asesor Whitman se marchó a toda prisa entre los gritos de protesta de los periodistas.

—Cuanta información nos han dado, si señor —dijo Claire asqueada.

—Joder, eso de que no sepan nada, no me gusta —Ted se levantó y fue a la cocina. Volvió en unos segundos con una cerveza—. No tienen ni puta idea de lo que pasa.

—No, y eso me preocupa —Claire cruzó los brazos sobre su pecho.

—Habrá que esperar a ver que nos dicen más tarde. Voy a llamar a mamá y papá, para ver si están bien —Sophia buscó el número de sus padres y les llamó—. No contestan.

—Estarán bien, ya verás —dijo Claire—. Deberíamos mirar por Internet —Miró a sus hermanos—, seguro que allí nos enteramos mejor de todo y podemos ver qué nos ocultan.

Ted y Sophia asintieron. Su hermano se levantó y fue al piso de arriba, en unos minutos volvió con su portátil. «Bien, ahora veremos qué nos escondéis», pensó Claire mientras Ted encendía el ordenador y escribía tres simples palabras en el buscador: Ola de violencia.

Capítulo 4

Los tres se sentaron en el enorme sofá frente el portátil de Ted. Ola de violencia tenía millones de resultados, cada uno más perturbador que el anterior. Claire no podía creer las cosas que estaban leyendo en Internet, «¿Muertos que caminan? ¿Guerra química? ¿Zombis? Es una locura». En varios blog encontraron fotos de personas siendo devoradas vivas; en otros, de gente con mordeduras en todo el cuerpo. «El mundo se está volviendo loco» pensó alterada. Por todo el habían noticias de ataques, de gente herida y mutilada que atacaba a todos los que se les acercaban. Las fotos reales se mezclan con fotogramas de películas de terror. Ya no se podía saber qué era real y qué ficción.

—No puede ser verdad todo esto, debe ser una jodida broma —dijo Ted al ver por cuarta vez la palabra zombi—. No puedo creerlo, ¿gente muerta que camina? Es como si estuviéramos dentro de una mala película de terror —añadió.

—Dale a ese enlace —Sophia señaló en una imagen que ponía *Devorado vivo*.

—¿Seguro que quieres ver eso? —preguntó Claire, sabía que su hermana era muy sensible.

—No, pero debemos verlo —contestó y suspiró.

—Está bien —dijo Ted y le dio al enlace.

El video era lo que prometía. Un grupo de tres personas se abalanzaban sobre un transeúnte y empezaban a arrancarle trozos de carne entre gritos de dolor. Claire y Ted no apartaron la vista de la pantalla, pero Sophia tuvo que ir corriendo al baño de arriba a vomitar.

—Puede que sea un fragmento de una película —dijo Claire incrédula, «Tiene que ser falso, segur». pensó y se apoyó en el respaldo del sofá.

Claire escuchó el sonido de pasos y vio aparecer a Sophia muy pálida.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí, sí, es por ese maldito video —contestó y se sentó a su lado.

—Pues hay más —dijo Ted y las miró—. No apto para estómagos sensibles, mejor que no mires Soph.

Sophia se levantó y fue a la cocina. Claire pensó en hacer lo mismo, «No, debo verlo, tengo que saber que coño está pasando», miró a su hermano y asintió.

Le dio al *play* y pudieron ver las imágenes unas tres personas con grandes machetes asestándole golpes sin parar a alguien que parecía gravemente herido.

—Joder —dijo Claire y se llevó una mano en la boca.

Ted lo detuvo justo cuando el cámara se acercaba más a la dantesca escena.

—Esto es muy serio —Ted se levantó y empezó a dar vueltas por el salón—. Muy, muy serio. Parece que la gente se está perturbando, ¿qué demonios hacían esas personas? ¡Estaban matando a otra! —Todos se quedaron en silencio.

La televisión estaba de fondo y hacía ya unos minutos que no le prestaban atención, pero en esa pausa pudieron escuchar lo que los presentadores decían.

—Los ataques violentos son ya un problema en todo el mundo. Los servicios de emergencia han sido activados en todo el país y se recomienda que se queden en sus casas hasta que el vicepresidente McCarthur hable a la nación —repetía una y otra vez uno de los presentados añadiendo breves noticias sobre masacres en diferentes lugares del mundo.

—Que esperemos, es lo único que dicen —dijo Claire asqueada—. Llevan diciendo eso todo el rato, que útil.

—En Internet, la gente tiene mucho miedo. Se están atrincherando en sus casas con provisiones por si acaso. Dicen que hay caos y brutalidad en todos lados, y que la gente está perdiendo la razón —comentó Ted sin dejar de mirar la pantalla de su portátil.

Sophia volvió de la cocina.

—He llamado de nuevo a Owen para saber cómo estaban, pero parece que no sabía ni la mitad, ¿cómo puede ser si el Primer Ministro compareció antes que el Presidente?

Claire y Ted se miraron. «Esto se pone cada vez mejor», pensó Claire incómoda. Miró a Ted, que negaba con la cabeza, «Tiene razón, es mejor no decirle nada, sólo empeoraría las cosas».

—Puede que en Londres sea más leve, o que los medios de comunicación no expliquen lo mismo que aquí, no se —dijo Claire sin mirarla.

—¡Joder, mirad esto! —gritó de repente Ted.

—¿Qué ocurre? —preguntó Claire.

—Es un videoblog de una chica. Los comentarios son brutales, tenemos que verlo —Ted entró en su página.

Decorada en colores grises y negros, llevaba por título *Pretty in Black* y mezclaba vídeos creados por ella y reportajes de moda oscura. Ted puso el último video que había subido su creadora, y aunque sólo duraba poco más de cinco minutos, tenía ya millones de visitas.

—Ho-hola a todos, puede que este sea mi última entrada —Era una chica adolescente, de no más de quince años, rubia y de ojos azules, que a pesar de hablar inglés tenía acento francés. Se encontraba sentada delante de la webcam en una habitación en tonos rojos y pósters de grupos de *rock*. Estaba muy alterada—. La televisión dice que nos quedemos en casa, que es sólo una medida cautela, ¡y una mierda! No salgáis por nada del mundo. Yo voy a pagar las consecuencias. La información que nos están diciendo es muy escasa y no sirve de nada. Hay que armarse, con uñas y dientes, y tener mucho cuidado —Se escucharon unos golpes a su espalda y ella miró hacia la puerta de su habitación—. Se que estoy condenada. Estoy atrapada aquí, y no tengo escapatoria —Empezó a llorar y los golpes se iban incrementando—. Sólo quería decir, mamá, te quiero mucho, siento lo que le ha

pasado a Pierre, yo... no debimos ir al parque, pero tenía tantas ganas, y ya sabes cómo se pone, con esos ojos verdes de gatito lastimero, no pensábamos que esto iba a ocurrir. Lo siento tanto, mamá, perdóname —La puerta se abrió de repente y unas cinco personas se lanzaron sobre ella. La chica empezó a gritar con desesperación. Un niño pequeño de ojos verdes se acercó a la cámara. Tenía una grave herida en su pálido rostro. Su mirada estaba vacía, muerta. Emitió un extraño gruñido y se unió al grupo de devoradores de carne humana. La imagen se cortó. Todo se volvió negro.

Capítulo 5

—¿Pero qué coño? —dijo Ted mirando la pantalla del ordenador.

Claire se quedó callada un buen rato «Esa chica está muerta. Le ha pasado lo mismo que al reportero, no puede ser real». Miró a su hermana. Tenía las manos sobre su boca y se le había caído el teléfono móvil al suelo. Los tres estaban en silencio, sólo roto por las voces de fondo de los presentadores del noticiario. Hacía ya rato que no prestaban atención a las noticias, ya que habían decidido indagar un poco a ver qué se decía de todo lo que estaba ocurriendo en Internet.

—A parte del arma, ¿tienes balas suficientes? ¿Y comida? —preguntó Claire.

Sophia dejó escapar un ruido de sorpresa y Ted la miró atónito.

—¿Qué quieres decir? —Su hermano meditó unos segundos—. Sí, sí surgen problemas tenemos balas suficientes. Y tengo comida en lata y botellas de agua en el sótano. Vivo en las afueras, y con el trabajo no tengo demasiado tiempo de ir a la tienda, así que suelo almacenar bastantes cosas.

Claire le miró y esbozó una sonrisa. Se alegraba de que su hermano la hubiera entendido en seguida. Pero Sophia parecía consternada.

—¿Y qué queréis hacer con eso? ¿Estáis insinuando qué...? No puede ser —dijo Sophia apartando lentamente las manos de su rostro.

—Soph, tenemos que prevenir. Ya has visto el video de la chica, y las noticias. Es sólo por si acaso —contestó con voz suave Claire.

«Mi dulce e ingenia hermanita. Ésta vez no podré protegerte», pensó Claire y recordó como cuando eran pequeñas siempre le decía que el hombre del saco no existía, de que los monstruos son sólo imaginarios, y de que siempre cuidaría de ella. Y así había intentado hacer a lo largo de los años, hasta que Sophia se casó con Owen y tuvieron a la pequeña Victoria. Claire pensó que al hacerse mayor se haría más fuerte, pero se equivocaba. Y no podía esconderle lo que estaba ocurriendo, ya no. No podía protegerla de los muertos.

—No puede ser, a lo mejor es una broma. O ese video era sólo *marketing* de alguna estúpida película de terror —dijo Sophia con voz queda.

«Debes ser fuerte, mi pequeña hermana».

—Hay que ser realistas, Soph, ya los has visto tú misma. El mundo se está yendo a la mierda, y tenemos que estar preparados. Al menos por si acaso —dijo Ted intentando parecer tranquilo. Claire podía ver el miedo en sus ojos.

—Pero...

—¡Última hora! —Sophia se detuvo en seco ante esas dos palabras que les sobresaltaron—. Desde la CasaBlancanos informan que el vicepresidente McCarthur no hablará ante la prensa. En su lugar, nos han enviado a todos los medios de comunicación un comunicado con recomendaciones de seguridad.

—¿Pero qué demonios significa eso? ¿Cómo que no va a hablar? —Ted apartó el portátil y miró a la televisión.

Claire no podía creer lo que acababa de escuchar, «¿Cómo es que no va a dar la cara?».

—El gobierno ratifica las palabras antes dichas por el presidente Wilson. El toque de queda se adelanta a las seis de la tarde. El ejército patrullará por todas las ciudades y mediará en los conflictos. Se recomienda a los ciudadanos que permanezcan en sus casas y que almacenen suministros. También se recomienda alejarse de personas que tengan un comportamiento extraño y/o errático. No se acerquen a ellos —El periodista removi6 los papeles y miró de nuevo a cámara—. De todo el mundo nos llegan noticias de que la ola de violencia se ha desbordado. Hay ataques masivos en todas las ciudades y cada vez son más los muertos y heridos —Se quedó en silencio unos segundos, cómo si estuviera meditando si debía continuar—. En varios lugares se hablan de muertos que caminan.

Claire miraba la pantalla cómo si estuvieran hablando de otro mundo. «Ya no es sólo en Internet, ya hasta la televisión lo dice. Esto va en serio».

—Joder, joder, joder —dijo Ted echándose el pelo hacia atrás—. Internet tenía razón. Zombis.

—Pero los zombis no existen, ¿cómo pueden decir eso? ¡Esto no es una película! —Sophia cogió el teléfono del suelo y se marchó a la cocina.

Claire la miró teclear. Estaría llamando a Owen seguro.

—Tenemos que decírselo —Claire miró a su hermano—. Y rápido.

—Lo se —dijo Ted mordiéndose las uñas. Hacía ya años que Claire no veía hacer eso a su hermano. Desde que tenía catorce años.

Se escuchó un estruendo en el exterior y Claire y Ted fueron corriendo a las ventanas. Varios camiones del ejército norteamericano pasaban a toda velocidad hacia Bangor. Claire se alegró de que su hermano se hubiera comprado una casa en las afueras y no en el centro de la ciudad, no quería pensar en cómo estarían las grandes urbes en aquellos instantes.

—Zombis. Y los tenemos cerca —dijo Claire apartando un poco la cortina para ver mejor. Miró a su hermano— La valla es alta, les costará llegar hasta la casa. Si dices que tenemos comida y agua para un tiempo, podremos quedarnos aquí hasta que las cosas mejoren.

—¿Y si no mejora? —preguntó Ted.

—Tendremos que preparar un plan B —contestó Claire—. Aunque aún no sepamos bien lo que es eso —Miró de nuevo por la ventana.

Pasaron unos diez camiones repletos de soldados armados. Desde donde se encontraba, Claire no podía distinguir las caras.

Sophia se acercó a ellos con los ojos llenos de lágrimas.

—No-no contestan —dijo enseñándoles el teléfono—. Owen no coge el teléfono, ¡¿y si les ha pasado algo?! ¡¿Y si...?! ¡Oh, dios mío! —Se llevó de nuevo las manos a

la boca y dejó caer el teléfono móvil de las manos.

Claire la cogió antes de que cayera y la abrazó.

—Ayúdame, Ted.

Entre los dos la acercaron al sofá. Sophia no dejaba de sollozar y murmurar. La sentaron y Claire miró a Ted, éste asintió.

—Soph, tenemos que decirte algo —Sophia miró a sus dos hermanos. Claire suspiró y prosiguió—. Era una sorpresa. Owen y Victoria no están en Londres.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Sophia confusa. Miraba a sus dos hermanos de manera compulsiva.

—Owen y Victoria iban a venir mañana a comer. A las dos cogían su vuelo a Bangor y se iban a hospedar en un hotel. Querían darte una sorpresa —continuó Ted.

—¿Pe-pero? —Sophia no sabía que más decir.

—Ahora estarán en pleno vuelo, puede que por eso no cojan el teléfono. Hasta las ocho no llegarán, aún faltan dos horas —Claire se agachó y miró a su hermana—. Estaban en el aire cuando empezó todo esto, seguro que están bien —Claire intentó sonreír. «Espero que estén bien, por favor, que estén bien».

—Pero... menudo momento han elegido para hacerme una sorpresa —dijo Sophia y puso los brazos sobre su pecho—. Sólo puedo esperar, nada más. Dios, tienen que estar bien. Estarán bien, ¿verdad, Claire? —dijo suplicante.

—Claro, cielo —Claire le acarició un mechón de cabello castaño—. ¿Por qué no te acuestas un rato? En cuanto sean las seis, te despertamos.

—Sí, Soph, descansa, te vendrá bien —añadió Ted y le tendió la mano para ayudarla a levantar.

—Sí, creo que será lo mejor —dijo Sophia y cogió la mano de su hermano—. No hace falta que me acompañéis —Se marchó lentamente.

Los dos la vieron subir las escaleras. Claire vio el teléfono de su hermana tirado en el suelo, lo cogió y lo dejó sobre la mesa. Suspiró y miró a Ted.

—¿De verdad crees que estarán bien? —dijo su hermano con el rostro serio.

—No lo sé, Ted. Pero no podía decirle eso a Sophia, simplemente no podía —Se sentó en el sofá y miró la pantalla de la televisión de su hermano.

Ted se sentó a su lado e hizo lo mismo. Se quedaron en silencio mientras en las noticias repetían una y otra vez el mismo mensaje.

El mensaje que confirmaba que el mundo se estaba desmoronando a su alrededor.

Capítulo 6

El resto del día lo pasaron en silencio. Sophia no volvió a bajar de su habitación, Claire y Ted no se movieron del salón. La televisión no dejaba de emitir los mismos mensajes sobre precauciones y alertaba a los ciudadanos a que no salieran de sus casas.

—¿Quieres cenar algo? —preguntó Ted rompiendo de pronto el silencio—. No hemos comido nada desde el café del desayuno, y ya son las siete de la tarde.

Claire consultó su reloj. Ted tenía razón. Con todo lo que habían visto en Internet y lo que hacia ya unas horas habían empezado a comentar en televisión, perdieron el apetito, pero debían comer y así coger fuerzas.

—Sí, gracias —Le miró y sonrió—, nos vendrá bien comer algo.

Claire siguió a Ted a la cocina. Entre los dos prepararon una ensalada y unos filetes. «Mejor empezar a comer lo fresco, que se estropeará primero, y así guardamos las latas», pensó Claire.

—¿Le preparamos algo a Soph? —dijo Ted con un tercer filete en su mano.

—Es mejor que la dejemos descansar —contestó Claire llevando los cubiertos a la mesa de la cocina—. Si quiere comer algo, ya bajará.

—Es verdad —Ted llevó los platos y se sentó.

Cenaron en silencio, con la voz de los presentadores del noticiario de fondo.

—¿Crees que estaremos seguros aquí, Ted? Quiero decir, la valla es resistente, ¿no?

—Sí, lo es. Además estamos a kilómetros de la ciudad, y no hay vecinos cerca. Estaremos bien, Claire —dijo dándole un mordisco a un pedazo de carne.

Claire asintió, «Tiene razón. Hay valla, tenemos provisiones, y un arma por si la cosa se complica. Podremos resistir un tiempo». Siguieron comiendo en silencio.

Cuando terminaron, recogieron y fueron de nuevo al salón. Se sentaron en el sofá frente el televisor, y Ted encendió de nuevo el portátil.

Las noticias eran las mismas y la palabra zombi cobraba más fuerza. En varios blogs se recomendaba atrincherarse en casa y no salir por nada del mundo. Otros, que la gente debía agruparse en zonas seguras. Habían fotografías y videos de ataques, de gente muerta alzándose del suelo. En la noticias difundía algunas de ellas; empezaron con las que captaban sus correspondientes, pero poco a poco añadieron las que se podían encontrar por Internet.

Estuvieron mirando imágenes de muerte hasta que se hizo de noche.

—Es mejor que intentemos dormir un poco —dijo Claire mirando a Ted.

—Buena idea —Ted se levantó del sofá.

Claire hizo lo mismo y apagaron el televisor y el ordenador. Subieron las escaleras a sus habitaciones, al pasar por delante de la de Sophia, escucharon unos

sollozos. Claire acarició la puerta de madera y suspiró. «Tendría que entrar y consolarla». Puso la mano sobre el pomo y Ted la detuvo. Claire le miró y él negó con la cabeza. «Tiene razón, es mejor dejar que descanse y se desahogue». Apartó la mano y fue a su habitación. Los dos hermanos se despidieron con la cabeza. Claire dibujó una triste sonrisa y entro en su cuarto.

Se puso el pijama y se tendió en la cama. «¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Cómo hemos llegado a un punto en que los muertos se levantan de sus tumbas?». Apagó la luz y se quedó contemplando el techo. Sabía que no iba a poder dormir después de todo lo que había pasado aquél día. Dio varias vueltas en la cama, pero su mente no dejaba de mostrarle las imágenes de la chica del blog, del corresponsal de televisión y de las atrocidades vistas tanto en Internet como en televisión. Y la palabra zombi se le repetía una y otra vez en su cabeza. «Es real. Todo eso real... Estamos realmente jodido?». Cerró los ojos e intentó dormir un poco.

Se despertó cuando ya estaba amaneciendo. Había tenido un sueño inquieto, intranquilo. En él, estaba frente los cadáveres de sus dos hermanos. La miraban con ojos vacíos y ella les llamaba con desesperación. Entonces se levantaban y empezaban a desgarrar su carne.

Claire estaba envuelta en sudor y decidió ir a darse una ducha. Intentó relajarse mientras el agua caliente le recorría el cuerpo, «Dios, cómo voy a echar de menos esto cuando todo se vaya a la mierda». Cogió unos tejanos oscuros y una camiseta negra y bajó a la cocina.

Ted estaba ya sentado frente el sofá viendo la televisión de nuevo.

—Buenas, hay café recién hecho —dijo lacónicamente.

—Buenos días. Gracias, Ted —contestó Claire y se puso una taza.

Sophia bajaba en esos instantes. Llevaba la misma ropa que el día anterior y estaba despeinada.

—¿Café? —le ofreció Claire.

Ella asintió con la cabeza y se sentó junto a Ted en el sofá. Claire preparó los cafés y fue con ellos.

—¿Algo nuevo? —preguntó dando un largo sorbo a su taza.

—La misma mierda de ayer, pero nuevo —dijo Ted suspirando—. La situación está empeorando. Cada vez hay más de esas cosas.

—Zombis —corrigió Claire—. Hay que llamarlos por lo que son.

—Sí, bueno... —Ted se levantó y se dirigió a la cocina.

Sophia seguía en silencio. Su hermano volvió con una caja de galletas de chocolate y se las ofreció. Claire cogió una cuantas pero Sophia no les prestó la más mínima atención.

—Deberías comer algo, Soph —le dijo esbozando una sonrisa—. Son de chocolate, a ti te encantan.

Sophia la miró, asintió y cogió unas cuantas. En cuanto probó una, empezó a comérselas con avidez. Estaba claro que tenía mucha hambre. Claire se alegró de

verla comer y beber.

—Bien —añadió y le dio un gran mordisco a una de las suyas.

De pronto el teléfono de Sophia empezó a sonar. Ella lo cogió en un movimiento rápido.

—¡Es Owen! —dijo con euforia— ¿Owen? ¿Estás bien? ¿Y Victoria? —Se levantó y se alejó un poco de ellos.

Claire miró a Ted y se mordió el labio. «Espero que nos dé buenas noticias», pensó dándole un trago al café.

Sophia volvió más animada.

—¡Están bien! Se encuentran atrincherados en un hostel. Son unas diez personas, y han reforzado el lugar con muebles, tablones y todo lo que tuvieran a mano. Está en las afueras, por lo que no pasa mucha gente. Me ha dicho que uno de los huéspedes ha hablado con su familia en Bangor y que la ciudad es un caos. ¡Pero ellos están bien! ¡Tenemos que ir a buscarles! —dijo sonriendo.

—Soph, me alegro de que estén bien, pero... —Claire miró a Ted—, no podemos salir de aquí hasta que la cosa se calme un poco.

Esas palabras borraron la alegría de la cara de su hermana.

—Pero tenemos que ir a ayudarles... No podemos dejarles allí —dijo suplicante.

—E iremos, en unos días. Te lo prometo —añadió Ted.

Sophia no parecía convencida, pero asintió.

—En unos días —dijo y se sentó con ellos en el sofá.

—Te lo prometo —repitió Ted—. Estarán bien, sé donde están. Es un lugar apartado, de estructura fuerte. Aguantarán. Igual que nosotros.

Sophia sonrió con tristeza y miró al suelo. Claire vio como se guardaba el teléfono en el bolsillo del pantalón. «Está aliviada, pero quiere ir con ellos. Son su familia. Pero salir ahora es una locura; y ella también lo sabe».

Se quedaron mirando el televisor. Parecía que Ted tenía razón, no había nada nuevo, sólo las mismas imágenes de muerte que cuando se fueron a dormir. Aunque Claire pensó que no era así del todo. Algo había cambiado. Lo podía ver en las imágenes. Cada vez habían más ataques, más hordas de muertos; y las personas que registraban las imágenes solían acabar en el suelo.

Había empezado una guerra contra aquellos seres, y los humanos la estaban perdiendo.

Capítulo 7

Claire se dio cuenta de que los presentadores del noticiario que estaban viendo habían cambiado. Ahora eran otros los que repetían una y otra vez los mismos mensajes de precaución, caos y violencia.

Sophia había decidido resignarse y estaba sentada en el sofá con una gran taza de té caliente entre sus manos. Ted miraba tanto la pantalla del ordenador como la del gran televisor.

Siguieron en silencio hasta que Claire decidió romperlo.

—Será mejor que vayamos a dormir un poco. Es tarde y nos vendrá bien descansar.

Sus hermanos asintieron. Se levantaron del sofá y fueron cada uno a sus habitaciones despidiéndose con un escueto *Buenas noches*.

Claire se puso el pijama, se tendió en la cama y apagó la luz. «Tenemos que planear algo. Estamos en un lugar seguro, alejado de todo, eso nos dará margen para sobrevivir y que el gobierno arregle las cosas... Y si no lo consiguen, al menos tendremos un tiempo para planear que haremos entonces. Y está el tema de Soph». Cerró los ojos, intentando no pensar en nada y trató de dormir aunque fueran un par de horas.

A la mañana siguiente, Claire fue la primera en despertarse. Preparó café para todos y unas tostadas con mermelada de cerezas. Preparó la mesa y esperó a sus hermanos. El primero en bajar fue Ted, que le agradeció el desayuno y empezó a comer mientras esperaban a Sophia. Su hermana menor bajó en pijama y al ver la mesa esbozó una sonrisa.

—Gracias, hermanita —dijo y se sentó con ellos en la mesa de la cocina.

—Bien, habría que hacer un recuento de provisiones, y poner algo contra las puertas y las ventanas del piso inferior. Sólo por si acaso —dijo Claire y suspiró.

Su hermana dio un largo trago del humeante café, la miró y asintió.

—Tengo algunos tablones en el sótano. Quería hacer un cobertizo para guardar herramientas, podríamos usarlas —añadido Ted.

—Perfecto entonces —Claire sonrió.

Los tres acabaron el desayuno y bajaron al sótano para empezar a trabajar. Cogieron varios tablones, clavos y dos martillos y fortificaron la casa con las cosas que tenían. «Así me sentiré más segura —pensó Claire—. Espero que no tengamos muchos problemas».

Cuando terminaron, decidieron hacer algo rápido de comer. Miraron en la nevera y cogieron un pollo.

—Gracias a dios que aún tenemos luz, agua y gas —dijo Ted sonriendo.

—Sí, esperemos que dure —contestó Claire.

—Debería haber comprado placas solares, mira que estuve a punto, pero eran muy caras —añadió su hermano mientras metía el pollo en el horno.

—Hubiera estado bien, sí, pero ¿quién nos iba a decir que esto ocurriría? —dijo Claire.

—Nadie —contestó escuetamente Sophia mientras cortaba unos tomates para hacer una ensalada.

—Nadie —repitió Claire mirándola.

Sophia estaba ausente, «Está pensando en su familia», Claire se acercó a ella y la abrazó. Su hermana le devolvió el abrazo.

—Gracias —susurró—. Estoy bien, no te preocupes —añadió y siguió preparando la ensalada.

Claire cogió el mando de la televisión y la encendió.

—A ver si hay alguna novedad.

Sólo había un presentador, un hombre de unos cuarenta años con rostro severo. Llevaba una camisa empapada en sudor y miraba a la cámara claramente alterado.

—¿Pero qué...? —empezó a decir Claire y subió el volumen. Sus hermanos dejaron de preparar la comida.

—Sentimos comunicarles que debemos cortar la emisión en directo. Ya no habrá más comunicados del gobierno. Ya no habrá más retransmisiones en directo —Se escuchó un gran estruendo y el periodista hizo una pausa—. Están dentro. Se encuentran por todas partes. Lo único que podemos hacer es intentar sobrevivir —Removió los papeles y miró a cámara con seriedad—. Buena suerte.

La retransmisión se cortó, dejando la pantalla con una imagen del logotipo de la cadena.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sophia.

—La radio —dijo Claire en un impulso.

Ted puso la radio que tenía en la cocina y buscó alguna emisora que aun funcionara. En la mitad sólo había interferencias, y en las otras, el mismo comunicado de precauciones que el gobierno había difundido hacía ya dos días.

Entonces encontraron una voz aguda, asustada.

—Estamos atrapados en la emisora WG, edificio Greyhook, en Portland. Por favor, si alguien nos escucha, que venga a ayudarnos. Esas cosas están aquí; sólo una puerta nos separa del infierno, por... por favor, que alguien nos ayude —Empezó a sollozar—. Necesitamos ayuda... —Se escuchó un golpe, seguido de gritos de al menos tres personas diferentes, y Ted cambió de dial.

—No hace falta que escuchemos más —dijo en tono sombrío y tanto Claire como Sophia asintieron.

Siguió buscando otra emisora y dio con otra que aún emitía en directo.

—Washington ha caído. Desde hace ya horas que no sabemos nada del gobierno.

El presidente Wilson y todo su gabinete han sido evacuados y se desconoce su paradero. No se acerquen a los hospitales ni a las grandes ciudades, permaneced en lugares seguros y sobretodo, no dejéis que os cojan.

Los tres hermanos se miraron. «Todo se desmorona a nuestro alrededor», pensó Claire mientras Sophia volvía a la cocina y Ted no se apartaba de la radio. De pronto, se escuchó como una explosión a lejos.

Claire, Ted y Sophia subieron corriendo por las escaleras para poder ver lo que había ocurrido por las ventanas del piso superior.

A través del cristal que daba al jardín trasero vieron a lo lejos la ciudad de Bangor envuelta en llamas.

Capítulo 8

«No puede ser verdad». Claire se llevó una mano a la boca mientras veía como la ciudad ardía. Un helicóptero que volaba bajo chocó contra uno de los edificios de la periferia.

La luz se cortó con un chasquido, y la luz de las llamas impedía que se quedaran totalmente a oscuras. Sophia cogió del brazo a Claire.

—No te preocupes, Soph —dijo y la miró—. Estaremos a salvo aquí.

—¿Y qué pasa con Owen y Victoria? ¡Ellos se encuentran en la ciudad! — Empezó a llorar.

—Puede que estén bien, por lo que veo, el fuego es muy espectacular pero está localizado en la zona este de la ciudad —añadió Ted sin apartarse de la ventana—. ¿Sabes cómo se llama el hostel?

—Green no se qué —contestó con nerviosismo.

—Green Hollow, es el único con ese nombre —Ted se quedó pensativo unos segundos—. Está en la zona oeste, en las afueras, así que están bien —añadió sonriente—. Si el fuego llegara a esa parte, les daría tiempo de evacuar el lugar.

—Pero ¿y los muertos? Quiero decir, los zombis, son un peligro, ¿no? Si salen, están perdidos —dijo Sophia con un hilo de voz.

—Soph, no son tontos. Estarán preparando armas, tendrán vehículos cerca, sabrán como arreglárselas —Sonrió y le acarició el rostro—. Ya lo verás.

—Voy a llamarle. Les diré que vengan aquí, que hay un incendio y no están a salvo en ese lugar —Sophia empezó a alejarse de ellos y fue hacia su habitación.

Ted miró a Claire y frunció el ceño.

—¿De verdad te crees eso, Claire? —dijo y se apoyó contra el cristal.

—Hay que tener esperanza, ¿no? En estos momentos no nos viene nada mal — Cruzó los brazos—. Vamos a buscar velas, anda.

Los dos hermanos bajaron y fueron a la cocina. En uno de los armarios había cinco grandes velas blancas.

—¿Hay más? —preguntó Claire.

—Claro, en el sótano —contestó Ted mientras encendía una de las velas.

—¿La cocina va por cañerías o bombona? —quiso saber Claire.

—Bombona; las cañerías no llegaban hasta aquí. Es una suerte —Sonrió.

—Bien, ¿y cuántas tienes en el sótano?

—Pues para unos meses, creo —dijo Ted colocando las velas por todo el salón—. También tengo estufas y unas cuantas bombonas pequeñas. Ah, y la caldera. Tendremos agua caliente hasta que no llegue el agua.

—Estupendo. A ver cuantos días tarda en fallar el agua —añadió Claire con sarcasmo—. Supongo que no tendremos la suerte de contra con pozo propio.

—No. El agua es de la ciudad, así que en un par de días, como mucho, ya no tendremos —Genial. ¿Y si llenamos la bañera de agua? La podríamos usar para el inodoro —propuso Claire.

—Sí, esa es buena hermanita —Ted asintió con la cabeza y le revolvió el pelo a Claire.

—Anda, aparta —dijo Claire riendo—. No me hacías eso desde que era pequeña.

Sophia bajó corriendo las escaleras y se unió a ellos.

—¡Chicos! ¡Chicos! ¡Owen me ha dicho que están bien! —Les abrazó—. En cuanto la cosa se calme, vendrán. Tienen un par de coches y camionetas en la entrada, recogerán provisiones y se unirán aquí con nosotros —Se la veía entusiasmada.

—¿Ves cómo te dije que estarían bien? —dijo Claire, «Menos mal que están bien, Dios, menos mal».

—Bien, pues ahora ayúdanos a encender velas y llenar la bañera de agua —añadió Ted.

—¿La bañera? —Sophia les miró extrañada.

—Sí, así cuando nos la corten tendremos agua para el poder tirar de la cadena, ya sabes —contestó Claire y le guiñó el ojo.

—Aaah, claro, pero... ¿Cómo nos duchamos hasta entonces?

—Eso no es problema, en mi habitación hay un pequeño baño con ducha —dijo Ted.

—Genial —añadió Claire—. Propongo que nos duchemos cada día; no sabes cual será el último.

—Buena idea —dijo Ted—. Bueno, chicas, es mejor que empecemos a movernos antes de que se haga más de noche.

Sophia y Claire asintieron y los tres bajaron al sótano. Cogieron diez velas más para ponerlas en las habitaciones y en el baño y una bombona para tenerla arriba cuando se acabara la que estaba puesta.

Ted fue al baño y llenó la bañera con agua mientras sus hermanas encendían las velas.

—¿Crees que todo saldrá bien? —preguntó Sophia.

—Claro, aquí estamos a salvo, y en cuanto vengan Owen y Victoria con los demás, tendremos más armas para defendernos —contestó Claire y sonrió.

«Pero eso no es lo que debería preocuparte, si no los zombis. Sólo espero que no se encuentren con muchos por el camino». Pensó Claire. Tenía mucho cariño al marido y a la hija de su hermana, y la idea de que les ocurriera algo le aterraba.

—¡Chicas! Tenéis que ver esto —Ted se quedó en los dos últimos peldaños de la escalera.

Claire y Sophia no dudaron y subieron las escaleras. Las condujo a la habitación donde tenía el ordenador.

—Estaba buscando unas linternas —dijo mientras caminaban—, cuando al mirar por la ventana vi eso.

Ted se quedó en la puerta de la habitación. Claire y Sophia se aproximaron al cristal.

—Dios, no —Sophia se apartó y chocó contra la mesa del ordenador.

Claire miró con atención en la negra noche. Por la carretera que les había llevado hasta la casa de su hermano, un grupo de personas caminaban lentamente sin rumbo fijo. Agudizó la vista, pero no conseguía verles bien.

—¿Tienes prismáticos? —Miró a su hermano.

—Un momento —dijo Ted y se marchó.

Sophia seguía apoyada contra a mesa, mientras Claire observaba la puerta esperando a su hermano.

Unos minutos después apareció Ted con rostro triunfante.

—¡Los encontré! —Se los pasó a Claire—. Aunque no creo que los necesites para saber qué significa eso.

Claire consiguió distinguir a una de ellos; era una mujer con el cabello largo y claro pegado a la cara. Gracias a la luz del incendio de la ciudad, podía ver algunos detalles aunque no los colores. Tenía la ropa desgarrada y manchada con algo oscuro. Parecía aturdida y torpe. Antes de girarse para hablar con sus hermanos sobre lo que pasaba fuera, vio como la mujer cambiaba de dirección y dejaba al descubierto una espalda destrozada.

Claire apartó los prismáticos y suspiró.

—Ya llegan —sentenció sin apartar los ojos de la ventana.

Capítulo 9

—¡Rápido! ¡Apagad las velas! —dijo Claire con nerviosismo y apagó la que Ted llevaba en la mano.

Los tres fueron por la casa hasta que se hizo la oscuridad. La luz de las llamas del gran incendio de Bangor les daba claridad dentro del recinto, por lo que podían distinguir formas y seguir observando lo que ocurría en el exterior.

—¿Y si bajamos las persianas? —preguntó Sophia casi en un susurro.

—Haríamos demasiado ruido —contestó Claire y miró a sus hermanos—. Tenemos que evitar hacer ruido y que no nos vean. Esperemos que así pasen de largo.

Ted y Sophia asintieron. Claire fue hacia la ventana y vigiló al grupo de cadáveres que se aproximaban a ellos con los prismáticos.

—¿Se acercan? —dijo Ted acercándose hacia ella.

—Van dando tumbos, pero parece que no les llamamos la atención. Al menos por el momento.

A pesar de que ya era de noche, Claire podía ver a esos seres; personas mutiladas y demacradas que iban sin rumbo fijo en busca de presas. «Que dios nos ayude».

—¿Qué es eso? —preguntó Ted señalando hacia el bosque de detrás de la carretera. Sophia se puso tras ellos y se apoyó en sus hombros de Claire—. Allí, mira.

—No... no lo distingo bien —Claire intentó agudizar más la vista hasta ver algo que le hizo estremecer—. No puede ser verdad...

—¿Qué pasa? —Sophia le apretó los hombros.

—Es un hombre. Corriendo. Huyendo —dijo con un hilo de voz.

Los tres se pegaron al cristal para ver lo que estaba ocurriendo. Claire vio todo lo ocurrido: el hombre corriendo, tras él, un grupo de diez zombis siguiéndole sin tregua. El pobre se tropezó con un tronco, y los muertos se le echaron encima.

En ese momento su hermana se alejó de la ventana y se apoyó contra la pared.

—Se lo están comiendo vivo... a escasos metros, y no podemos ayudarle —Se llevó una mano a la boca y empezó a llorar.

Ted la abrazó, susurrándole cosas para calmarla. Claire desvió la vista y continuó espionando al grupo que se les aproximaba.

«Están acechando, esperando el menor movimiento para ir hacia él. Son como animales».

Uno de los seres miró hacia ella y sacó los dientes, y aunque sabía que no podía verla, sintió una punzada en el estómago. El zombi, un hombre gordo, giró y se marchó por el lado contrario de donde se encontraba la casa. «Demonios, parecía que me había visto».

—¿Se acerca? —preguntó Ted sin soltar a Sophia.

—Parece que no; lo de apagar todo y no hacer ruido a funcionado —Miró a sus

hermanos y sonrió—. Creo que será mejor que vayáis a dormir. Yo me quedaré haciendo guardia un rato más, por si acaso —dijo con calma.

—¿Estás segura? —dijo Ted dubitativo.

—Sí, no creo que tengamos problemas. Y si los tuviéramos, me daría tiempo de despertaros y prepararnos. Además, la verja de metal les detendrá durante un largo rato —Guiñó el ojo.

—Está bien —contestó su hermano y se llevó a Sophia a su habitación.

—No te preocupes, Soph, todo irá bien —dijo Claire antes de que se marcharan.

Su hermana sonrió y asintió con la cabeza. Ted y Sophia fueron a dormir. Claire se quedó en la ventana durante unas horas para vigilar a los zombis.

Cada vez habían más, pero eran lentos, torpes y lo mejor, no se percataban de su presencia. Algunos miraban a la casa para pasar de largo a los pocos segundos. Claire vio la mitad de un niño en la carretera arrastrándose; dejaba a su paso un reguero de algo oscuro.

Pasaron también un par de coches por la carretera a toda velocidad, esquivando a los muertos. Uno no lo consiguió y chocó contra un árbol. Su conductor, una mujer de mediana edad, salió aturdida del vehículo y fue rodeada en segundos; cada grito de dolor de la mujer era una cuchillada en el cerebro de Claire. «La gente muriendo a nuestro alrededor, y no podemos hacer nada para evitarlo».

Cuando ya eran las tres de la madrugada, se marchó a dormir a su habitación. Sus pisadas contra el *parquet* resonaron en el pasillo debido al silencio que reinaba en todo el lugar. Claire se puso el pijama de cuadros escocés que su padre le había regalado las navidades pasadas y se tendió en la cama. «Papá, mamá. Espero que estén bien», pensó. No habían podido contactar con ellos desde que empezó todo éste infierno, y eso no auguraba nada bueno. Intentó dormir unas cuantas horas. Dio vueltas en la cama, reviviendo lo que había visto como si fuera una película hasta que al fin consiguió quedarse dormida.

Despertó con la luz del sol acariciándole el rostro. Se levantó, cogió algo de ropa limpia «Un lujo que puede que en unos meses dejemos de tener», y fue a la habitación de su hermano. No había nadie así que se dirigió al baño para darse una ducha. Comprobó con alegría que había agua y se relajó durante unos minutos.

Cuando acabó, bajó las escales y vio a su hermano en frente mirando por una ranura entre dos tablones de madera que había al lado de la cocina y a Sophia a su izquierda hablando por teléfono en el sofá del salón.

—¿Es Owen? —le dijo Claire sonriendo.

—Sí —Apartó un poco el teléfono—. Siguen aguantando, aunque no saben cuando podrán venir hacia aquí.

—Bueno, lo importante es que estén bien —Claire le acarició el rostro a su hermana y fue hacia la cafetera. «Al fin una buena noticia», pensó alegremente.

—¿Y tú? ¿Pero qué haces? —preguntó Claire preparándose una taza de café.

—Ven, y lo sabrás —contestó Ted y se apartó cruzando los brazos sobre el pecho.

Claire caminó hacia lo que antaño había sido un gran ventanal de madera blanca y miró por el pequeño hueco.

—Joder... —Es lo único que pudo decir al ver dos zombis dando golpes contra la valla de entrada a la casa.

Capítulo 10

—¿Qué pasa? —preguntó Sophia acercándose a sus hermanos.

—Tenemos visita —contestó Claire y suspiró, «Esto mejora por momentos».

Sophia se acercó y dio un chillido.

—No puede ser. ¿Ahora qué hacemos?

—Tranquila, Soph, sólo es uno —dijo Ted sonriente.

—De momento —Claire les miró—. Si empiezan a aglomerarse en la puerta, dudo que podamos salir cuando se acaben las provisiones —Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tú siempre tan optimista —dijo Ted con reproche.

Claire entornó los ojos.

—No es pesimismo, es realismo —le miró—. Además, solo digo que tenemos que hacer algo, ahora que es solo dos.

—¿A-a qué te refieres? —dijo Sophia con voz temblorosa.

—Tú no te preocupes por eso, Soph —Claire se acercó a ella y le apartó un mechón de pelo castaño—. Ve a desayunar, anda.

Sophia la miró enfadada y Claire se sorprendió, «¿Pero qué le ocurre?». pensó apartando lentamente la mano.

—No soy un bebé, Claire. Sé en la situación que nos encontramos, y no podéis dejarme al margen sólo por ser algo más pequeña que vosotros —dijo alzando cada vez más la voz—. Ya no tenéis que protegerme.

—Soph, yo... —empezó a decir Claire.

—Es la costumbre, hermanita, pero ya te estás haciendo toda una guerrera —dijo Ted y le dio con el puño en el hombro.

—Estoy casada y soy madre, soy más dura de lo que pensáis —sentenció y sonrió—. Sólo quiero que lo tengáis en cuenta.

—¿Cuándo has crecido tan pronto? —dijo Claire sonriendo, «Mi dulce hermanita, la princesa en la torre».

—Pues desde hace algún tiempo, sí —Miró de nuevo por la ventana y se apartó—. ¿Qué pensáis hacer con él? —preguntó nerviosa.

Claire sonrió aún más, «Era sólo fachada, sigue siendo una niña asustada. Quiere saber, pero no quiere enfrentarse a nada».

—Creo que lo suyo sería pegarles un tiro, ¿no? —propuso Ted poniendo las manos en los bolsillos del pantalón tejano oscuro.

—Sí, lo mejor es llamar la atención con el ruido de la detonación —dijo Claire y se acercó a él—. Genio —le dio una colleja.

—Entonces, ¿qué propones tú? —preguntó Ted acariciándose la nuca.

—¿Tienes una pistola de clavos? ¿O un martillo?

—Dios, no pretenderás acercarse a esos z... a esas cosas —dijo Sophia poniendo un pucho sobre el pecho.

—Es lo único que podemos hacer, dudo que tengamos arcos y flechas aquí, así que para no hacer ruido y evitar que vengan más, debemos acabar con ellos y en silencio.

Sophia suspiró y asintió. Ted meditó unos segundos.

—Pistola de clavos no tengo, martillo sí, pero ¿quién lo va a hacer?

Todos se miraron. Claire pensó en sus hermanos, «Sophia está claro que no, o Ted o yo. Y Ted, no se si».

—Lo haré yo —dijo Ted tajante.

—¿Estás seguro? —preguntó Claire. «Gracias, hermano». Ted asintió—. Bien, te ayudaré.

Los tres hermanos fueron a buscar un martillo en el sótano donde Ted guardaba la caja de herramientas. Sacaron un martillo de tamaño medio, con empuñadura de madera color claro y franja roja.

Volvieron al salón, Ted estaba visiblemente nervioso, «¿Será capaz de hacerlo? —Pensó Claire—. Si no le cogeré el martillo y lo haré yo».

—Vamos, mejor hacerlo cuanto antes —dijo Claire y puso la mano sobre el pomo de la puerta—. Soph, quédate aquí mejor, por si algo sale mal.

—Debería ir —Les miró con tristeza.

—Sé quieres ayudar pero, si el zombi logra traspasar la verja, tendrás que ser rápida y abrirnos la puerta —Claire sonrió y Sophia asintió.

—Bien, vamos —dijo Ted y abrió la puerta.

Claire y Ted salieron lentamente de la casa y fueron hacia la valla. Sophia cerró la puerta y Claire pudo escuchar como apoyaba su cuerpo contra ella. «Estará mirando por la mirilla, seguro».

Cuando estuvieron cerca, el zombi empezó a gruñir cada vez más fuerte. «Menos mal que el otro se ha ido», pensó Claire aliviada al ver que uno de los dos muertos que les acechaban ya no estaba. Nunca antes habían visto uno tan de cerca y en directo. Ted emitió un ruido de sorpresa, y Claire observó al muerto con atención. Había sido una mujer de unos cuarenta años, alta y esbelta. Tenía el pelo rubio acartonado por la sangre coagulada, la ropa estaba desgarrada y sucia. Le faltaban trozos de carne en la cara y en los brazos, los cuales estaban entre los barrotes intentando atraparlos.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Ted con el martillo en alto.

Claire miró a la mujer que no dejaba de dar dentelladas al aire.

—Podríamos atraerla hasta la puerta, abrirla y pum.

—¿Y si se escapa? ¿Y si se abalanza contra nosotros y nos muerde?

—¿Quieres que lo haga yo? —dijo Claire cortante. Suspiró para tranquilizarse «Como sigamos así, tendremos más visitas indeseadas por culpa de nuestra indecisión».

—No, ya lo hago yo —contestó con tono seco.

—Lo siento, Ted, pero es que como sigamos dudando, vendrán más de esas cosas —dijo Claire con un tono más suave.

Ted asintió y rebuscó en su pantalón. Sacó una pequeña llave con un mando a distancia.

—Lo haremos manualmente, ya que si la abrimos automáticamente hará mucho ruido. Así también podemos controlar más fácilmente cuando tenemos que abrir — Ted habló con decisión.

—Me parece perfecto.

Fueron hacia la puerta de la verja. Claire se acercaba al zombi como señuelo, el cual la siguió sin dudarlo un segundo. «Son como animales sedientos de carne, no se dan cuenta de nada».

Se puso delante de la puerta de la verja, su hermano al otro lado esperó a que ella estuviera preparada. Claire respiró un par de veces y asintió. Ted abrió la puerta y el zombi se abalanzó sobre ella y lentamente.

—¡Cierra la puerta, Ted! —dijo Claire caminando marcha atrás.

Su hermano cerró la puerta con rapidez y fue hacia el zombi con el martillo en alto. Le asestó dos fuertes golpes en la cabeza. El zombi se giró, tambaleante, y alargó sus brazos hacia Ted. Claire se puso entre ellos, dando vuelta alrededor de la mujer para distraerla. Ted se puso de nuevo detrás del zombi y le dio varios golpes más. Consiguió que cayera al suelo y continuó dándole hasta que la cabeza de la mujer quedara convertida en una masa roja.

Cuando acabó, tiró el martillo, temblando y con el rostro lleno de lágrimas. Claire se acercó a su hermano y lo abrazó.

—¿Estás bien? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

—Estoy, que ya es mucho. Pensé que no podríamos con ella —contestó alterado.

—Vamos a casa. Te vendrá bien una ducha.

—¿Y qué hacemos con ella? No podemos dejarla así —dijo Ted sin apartar los ojos del cadáver.

—Ya nos ocuparemos luego —Rodeó a su hermano por los hombros y fueron juntos hacia la casa.

La puerta se abrió y Sophia les miró con horror al ver las manchas de sangre de Ted.

—No te preocupes, Soph, estoy bien. Voy a ducharme.

Claire vio a Ted alejándose caminado como si tuviera la cabeza en otra parte. «Lo que ha visto, es algo que no podrá borrar nunca de su cabeza —pensó y suspiró—. Ni yo tampoco».

—¿Seguro que no le han herido? —preguntó Sophia con preocupación.

—Eso creo. Vamos a preparar algo de comer, le irá bien —contestó Claire y fueron a la cocina en silencio.

Capítulo 11

Prepararon unas verduras salteadas y bacón frito, el plato favorito de Ted. Claire dio gracias a que su hermano no instalara una cocina eléctrica, ya que la luz no funcionaba desde el día anterior. Tenían que acabar todos los alimentos de la nevera antes de que se echaran a perder, y dado que era otoño, tardarían aún unos días en marchitarse.

—Creo que deberíamos tapar todos los resquicios y poder así encender velas por toda la parte baja. Para vigilar a los muertos ya tenemos el piso de arriba —dijo Claire cortando una zanahoria en tiras.

—Es buena idea —contestó Sophia mientras ponía la mesa—. Tenemos que ponernos en cuanto comamos, oscurecerá pronto.

Claire asintió. Cuando tuvieron todo preparado, subió a avisar a su hermano mayor. «Espero que se encuentre bien». Llamó a la puerta con los nudillos y suspiró.

—Ted, hemos preparado algo para comer. Y hay bacón —Esperó a que su hermano respondiera.

—No tengo hambre —Fue su escueta respuesta.

—Pero si el bacón te encanta —añadió Claire esperando que Ted recapacitara.

—No tengo hambre, de verdad, Claire. Ya bajaré más tarde.

—Como quieras, Ted —dijo Claire y volvió a la cocina.

—¿No viene? —preguntó Sophia nada más verla.

—Dice que no tiene hambre. Comamos sin él, es mejor dejarle tranquilo.

Las dos se sentaron en la mesa y acabaron sus respectivos platos con rapidez. Claire repasó en su cabeza lo ocurrido horas antes; el zombi atacándoles, y Ted destrozando el cráneo del muerto hasta convertirla en una masa de huesos, sangre y cerebro. Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos de su mente y se centró en la comida.

Sophia se levantó de la mesa en cuanto acabó y le tendió a Claire un yogurt aguado.

—Gracias, Soph.

Su hermana sonrió y las dos se lo comieron con calma.

—Voy a apagar el móvil durante el día —dijo Sophia llenándose una cucharada de yogurt a la boca—. Así la batería durará más y podré llamar a Owen y a Victoria una vez al día.

—Es una gran idea, Soph —Claire dibujó una sonrisa en los labios—. Haré lo mismo.

—Aún no has conseguido contactar con mamá y papá, ¿no? —preguntó Sophia con preocupación.

Claire negó con la cabeza.

—Aún no. Espero que estén bien —dijo Claire. «Aunque dadas las circunstancias, lo más probable es que estén muertos», pensó con el rostro sombrío.

En cuanto acabaron, cogieron unas mantas del sótano, una caja de clavos y dos martillos pequeños y empezaron a cubrir cada rincón que entraba algo de luz con ellas. Al acabar, llenaron todo de velas.

Sophia cogió la radio y empezó a cambiar las emisoras hasta dar con una que diera señal.

—... Los supervivientes deben dirigirse a las zonas seguras de la ciudad. Allí encontrarán suministros, medicamentos y protección. Las zonas seguras por ciudades son las siguientes: Augusta, Instituto Cony; Bangor, Instituto John Bapst Memorial...

—Sophia apagó la radio.

—Teniendo en cuenta el incendio que hay, ésta información es antigua —dijo y suspiró.

—Voy a ver si nuestros amigos han decidido venir a visitarnos de nuevo —Claire fue a la habitación donde su hermano tenía el ordenador y que poseía las mejores vistas para controlar la entrada de la verja.

Vio a varios zombis deambulando por la estrecha carretera, al acecho de alguna presa que cazar. Claire cogió los prismáticos y miró hacia Bangor. En la ciudad aún habían varios incendios sin control; las luces estaban apagadas, y las llamas le daban un aire mágico y perturbador.

Abrió la ventana y dejó que el aire del anochecer le acariciara la cara, y el olor a pinos y humo inundaron sus fosas nasales.

Contempló a los zombis que se aproximaban a la casa, y ver como se alejaban de ella sin ni siquiera pararse le produjo una sensación de alivio, «Así no tendremos que volver a salir a darles el último golpe. Al menos por un tiempo». Claire sabía que tarde o temprano tendrían que enfrentarse a ellos, ya fuera porque sintieran curiosidad por su refugio, como cuando se les acabaran las provisiones y tengan que salir a algún lugar en busca de más.

Dejó los prismáticos y fue a llamar de nuevo a su hermano.

—Ted, ¿estás bien? ¿Puedo pasar? —preguntó tímidamente.

—Adelante.

Claire entró dubitativa y se encontró a Ted aún con la ropa manchada de sangre, sentado en el borde de la cama.

—¡Por dios, Ted! ¿Qué haces así? —dijo Claire acercándose a su hermano.

—He matado a alguien, Claire —contestó sin ni siquiera mirarla.

—No has matado a nadie —dijo Claire agachándose y cogiendo el rostro de su hermano—. Esa persona ya estaba muerta, y nos hubiera devorado a los dos si tú no le llegas a atacar. Nos has salvado —Al ver el rostro de Ted, vio que tenía los ojos rojos y húmedos—. Hiciste lo que tenías que hacer —Ted asintió lentamente, como si estuviera en trance—. Y ahora ve a ducharte, que hueles a rayos y después bajarás a comer algo; no admito discusión.

Eso hizo que Ted dibujara una leve sonrisa en los labios.

—Tu siempre tan mandona —dijo y se dirigió al baño.

Claire aguardó en la habitación a que su hermano terminara de ducharse y cambiarse y se sentó en la cama. Sus ojos se le llenaron de lágrimas; entendía cómo se sentía Ted. La culpa la acompañó durante horas, pero la verdad era que esa persona que les había atacado era una amenaza real. Era cuestión de vida o muerte.

Ted tardó casi una hora en asearse. Cuando salió del baño, Claire se levantó y fue hacia la puerta.

—Ahora vuelves a parecerte al presumido de mi hermano —Abrió la puerta y le indicó que saliera.

Lo dos bajaron las escaleras sin prisas y se encontraron con Sophia aferrada a la radio.

—Tenemos problemas —dijo con un hilo de voz y el rostro sombrío.

Capítulo 12

—¿Qué clase de problema? —preguntó Claire asustada. «Dios, esto no puede ir a peor».

Ted no hablaba, miraba a Sophia atentamente.

—La radio. He encontrado una emisora que aún funcionaba y —hizo una pausa—, y dijeron que el gobierno había caído.

—¿Cómo que el gobierno ha caído? Eso es imposible —dijo Ted atónito.

—Pero no puede ser, ¿y el ejército? ¿No dicen que es el más poderoso del mundo? ¿Dónde está?

Sophia suspiró y dejó la radio sobre la mesa del salón.

—Todo ha caído. No habrá ayuda.

—¿Qué no vendrá ayuda? No puede ser... —Ted se llevó las manos de la cabeza—. Esto es una jodida pesadilla —Se sentó en el sofá.

—¿Qué han dicho exactamente, Soph? —preguntó Claire poniendo los brazos sobre el pecho.

—Han dicho que estaban atrapados en el edificio, y que querían informar a la población de que el Presidente de los Estados Unidos y todo su gabinete habían perecido en medio de un ataque entre el ejército y los muertos en Washington. Las grandes ciudades son una trampa mortal, una ratonera. El ejército está acabado, no dan abasto. Ellos ganan.

Sophia se acercó a Ted y se sentó a su lado. Claire intentaba asimilar toda la información que su hermana pequeña le había proporcionado. No podía creer que ese fuera el fin de todo, «No vendrá ayuda, moriremos aquí de hambre o nos comerán vivos allí afuera».

—Así que estamos solos, ¿no? —Ted fue el primero en romper el hielo.

—Eso parece —Sophia tenía la mirada perdida. Sacó el móvil del bolsillo y lo encendió.

—Si no va a venir nadie a ayudarnos, tendremos que prepararnos bien —Se puso frente a sus hermanos—. Por lo que pudiera pasar.

—Vamos a morir, eso es lo que va a pasar —dijo Ted con ira—. ¿No lo entiendes? Es lo que pasó antes en el jardín; tuvimos que acabar con ese zombi antes de que nos matara, pero era sólo uno. Cada vez hay más; estamos perdidos.

—Cállate, Ted —le espetó Sophia—. Hay que pensar qué vamos a hacer ahora, Claire tiene razón. Voy a llamar a Owen e informarle de lo que acabo de escuchar en la radio —Se levantó y fue hacia la cocina.

—Ted —Claire se acercó a él con cautela—. Se que la situación es difícil, y que estás alterado por lo que pasó pero debemos pensar con la cabeza fría. Tenemos provisiones, agua, al menos de momento, y luz gracias las velas. También gas y

bombonas, podemos atrincherarnos aquí y aguantar un tiempo.

Ted la miraba, Claire dibujó una sonrisa en los labios tratando de tranquilizarle. Su hermano se levantó bruscamente y empezó a caminar hacia la cocina.

—Voy a hacer un té.

Claire le siguió, «Se está desmoronando». Ted puso un cazo con agua a calentar y Claire apoyó una mano en su hombro.

—No te vengas a bajo, hermanito.

—Eso intento —contestó intentando sacar una bolsita de té que se había enredado con otra. Al no poder, la tiró con impotencia contra el mármol.

Claire la cogió y la desenredó por él.

—Gracias.

Sophia se acercó a ellos guardando el teléfono en el bolsillo.

—Ya lo sabían. Se ve que escucharon el mismo programa que yo. Dicen que cada vez son más los que están contra la puerta. No saben cuanto resistirán —dijo conteniendo las lágrimas—. ¿Me haces uno, Ted? —añadió algo temblorosa.

Claire se fijó en que cuando les dio la información de que todo se desmoronaba se mostró seria y fuerte, pero el hablar con su marido y su hija siempre le entristecía.

—Soph, yo... —empezó a decir Claire. Su hermana la miró y sonrió.

—Estoy bien, no te preocupes —contestó cogiendo una taza y acercándosela a Ted.

Claire también se animó y tomaron un té caliente en la cocina en absoluto silencio. Se estaban convirtiendo en una costumbre de los tres hermanos, antes con Ted era imposible que hubiera tranquilidad, siempre hacía alguna broma tonta o contaba una anécdota divertida; y Sophia siempre reía. Pero desde que empezó todo, habían cambiado. «Ya no hay tiempo para los buenos momentos, al menos por ahora», pensó Claire con amargura.

Hubo un sonido de frenos de coche fuera de la casa.

—¿Qué demonios...? —dijo Ted extrañado.

Claire corrió escaleras arriba y fue directa a la habitación con las mejores vistas. Cogió los prismáticos y vio un par de furgonetas con unas personas disparando a todos los muertos que se encontraban. Parecía que disfrutaban haciendo eso. «Panda de sádicos locos».

—¿Ocurre algo? —preguntó Sophia su espalda.

—Sólo unos paletos matando. Espero que pasen de largo.

Claire los siguió con los prismáticos, y vio alejarse a los dos vehículos entre gritos y disparos.

—Menos mal —dijo y miró hacia la verja de entrada.

Habían cuatro zombis que se dirigían hacia ella.

—Estupendo. Gracias a esos imbéciles tenemos compañía. El sonido de los disparos les ha llamado la atención.

—Pero si no hacemos ruido, pasarán de largo, ¿no? —dijo Sophia preocupada.

—A ver... —Claire les observaba, parecía que iban a pasar de largo.

—No puedo hacerlo otra vez —dijo Ted con nerviosismo.

Claire dejó los prismáticos y se acercó a su hermano.

—No tendrás que hacerlo, tranquilo, pasarán de largo.

—No, no es cierto. Lo tendré que hacer, tarde o temprano todos tendremos que hacerlo o moriremos.

—Cálmate, Ted, todo irá bien —dijo Sophia con calma.

Ted suspiró y salió de la habitación. Sus hermanas lo siguieron de cerca.

—¿A dónde vas, Ted? —preguntó Claire temiendo lo peor.

—Hay que hacerlo ya, rápido —Fue a su habitación, abrió la mesilla y sacó una pistola—. Si les disparamos, no habrá que destrozarles el cráneo —dijo con una chispa de locura en sus ojos.

—Pero si les disparamos, atraeremos a más como ellos. Es mejor dejar que pasen de largo, que es lo que estaban haciendo.

Ted dejó la pistola de nuevo en el cajón y lo cerró.

—La próxima vez, les dispararé. No pienso acercarme tanto y ponernos en peligro —dijo temblando. Claire se fijó que estaba sudando.

—Ted, ¿estás bien? —Puso la mano en la frente de su hermano. Estaba ardiendo—. Tienes fiebre, deberías descansar.

—¡No puedo! ¡Ellos nos matarán!

—Ted, estamos a salvo. Échate en la cama y descansa. Todo irá bien —dijo Sophia obligándole a tenderse.

—Soph tiene razón. Descansa —añadió Claire.

—E-está bien —Se estiró sobre la cama y suspiró.

Claire le hizo un gesto a Sophia de salir de la habitación.

—¿Qué le pasa? Nunca le había visto así, estaba...

—Paranoico —terminó Claire—. Es por la fiebre. Puede que sean los nervios, o que tenga una herida infectada.

—¿Infectada? ¿Por lo de...? —Sophia no pudo terminar. Claire asintió.

—Estaba todo manchado de sangre. Puede que se diera con el martillo, y estaba oxidado.

—¿Se recuperará? —preguntó preocupada.

—Si tenemos los medicamentos adecuados, sí.

—¿Y si no...?

—Si no, tendremos que ir a buscarlos —respondió Claire sabiendo que eso podría traer terribles consecuencias.

Capítulo 13

—Pero no podemos salir —dijo Sophia con preocupación.

Claire suspiró. Sabía que era peligroso alejarse de la seguridad de la casa de Ted, pero si su hermano tenía una infección grave, y todo apuntaba a que sí, debía hacerlo.

—Lo sé, Soph, pero Ted está mal. No podemos dejarle así —Claire miró suplicante a Sophia—. Si vemos que empeora, tendré que salir a buscar medicamentos.

Sophia no dijo nada, sólo asintió con la cabeza.

—Bien —continuó Claire—, dejaremos que descanse ésta noche. Haremos turnos para vigilarle la fiebre hasta que amanezca.

—Me parece bien —contestó Sophia—. Deberíamos prepararnos algo para cenar, y organizar los horarios.

—Cierto —Claire sonrió.

Bajaron las escaleras y fueron a la cocina. Se prepararon unos sándwiches de jamón, mostaza y lechuga, y comieron a la luz de una vela.

—¿Queda aún mucha comida en la nevera? —preguntó Sophia dando un buen mordisco a su cena.

—Para una semana, diría yo —Claire dio un sorbo a la cola que se había servido para acompañar la cena—. Tenemos que acabarlo todo antes de que empiece a pudrirse.

—Sí —añadió Sophia—, aunque últimamente no tenemos demasiada hambre.

Claire sonrió con resignación.

—Bueno, yo haré el primer turno, tres horas o mejor, cuatro, así dormimos un poco más —empezó a decir Claire—. Después te tocará a ti y a ver qué tal despierta mañana.

—Esperemos que bien, la cosa no está como para ir de excursión en busca de medicamentos —dijo Sophia y Claire se la quedó mirando—. ¿Qué pasa? —preguntó extrañada.

—Nasa, sólo que ese sarcasmo es la primera vez que lo veo —contestó Claire sonriendo.

—Vaya, parece que se me está pegando de ti —Guiñó un ojo a su hermana.

—Y otra vez, creo que después de todo esto necesitarás desintoxicarte un poco de mi influencia.

—No creo que las cosas vuelvas a estar como antes, Claire —dijo Sophia con tristeza.

Claire miró su plato. Tenía razón, todo ha cambiado ahora, y ya no había marcha atrás.

—En fin —Miró a su alrededor—, espero que Ted tenga patatas fritas, cacahuetes

o algo de picoteo por aquí, que si no me voy a dormir mientras le vigilo —dijo Claire cambiando de tema.

—Sabes como es Ted, seguro que tendrá un arsenal de comida basura por algún sitio —sentenció Sophia.

Se levantaron de la mesa y recogieron los platos y la cocina. Claire buscó por los cajones algo de comer durante su guardia; encontró patatas, frutos secos, galletas, tanto dulces como saladas. Cogió una bolsa de ganchitos, una de pistachos y otra cola y se fue a la habitación de Ted.

—¿Ya vas a ir? —preguntó Sophia—. No son ni las ocho.

—Sí, prefiero que no esté solo tanto tiempo —respondió Claire—. Tú quédate si quieres un rato más en el salón, lee un libro o intenta encontrar algo en la radio.

—Está bien —dijo Sophia—, cualquier cosa, infórmame.

—Sabes que lo haré —Claire puso una mano en el hombro de su hermana y se abrazaron—. No te preocupes, Soph, todo irá bien.

—Lo sé —contestó escuetamente y se marchó al sofá.

Claire subió de nuevo al piso de arriba y entró en la habitación de su hermano. Ted seguía tendido en la cama, sudando pero tranquilo. Se acercó a él y puso la mano en su frente, «Está caliente, pero no ardiendo, al menos por ahora».

Se sentó en una silla al lado de la cama y abrió la bolsa de ganchitos y la lata de cola. «¿Y dónde encuentro yo una farmacia?», pensó con resignación «Tendré que molestar a Ted, si no, me perderé en medio de una ciudad de fuego y muertos».

Pasaron dos eternas horas sin cambios. Ted dormía placidamente en la cama y Claire seguía disfrutando de su tentempié nocturno. La cola hacía tiempo que la había acabado, por lo que tuvo que bajar a la cocina a buscar otra. Al volver, decidió asomarse por la ventana de la habitación del ordenador de su hermano para ver cuantos zombis se había acercado a la casa aquella noche.

Cogió los prismáticos y se alegró de ver a sólo un par de ellos, «Al menos no hay más».

Volvió a la habitación de Ted, que seguía sin despertarse. Se sentó de nuevo en la silla y esperó a que las dos horas que le quedaban de guardia pasaran rápidamente. Miró en el cajón de la mesilla de noche de su hermano y encontró un libro de fantasía épica, «Al menos ya tengo entretenimiento». Claire abrió el libro, cuando de repente Ted empezó a tener pequeñas convulsiones.

Se acercó rápidamente a su hermano y le tocó la frente, «Mierda, está más caliente». Fue al baño y cogió el botiquín en busca de un termómetro, encontró uno digital y volvió a la habitación para tomar la temperatura a Ted. «Treinta y nueve grados y medio, está peor». Negó con la cabeza, deseando que eso fuera sólo un equivocación y le volvió a tomar la temperatura. El termómetro volvió a marcar la misma, y Claire maldijo en voz baja, «Como siga así, tendré que salir, y sola. No sé si seré capaz de hacerlo».

Contuvo las lágrimas y se llevó un puño a la boca para no gritar de rabia. Estaba

asustada, no sabía si su hermano se recuperaría, y la única forma de hacer que mejorara sería que dejara la seguridad de la casa y se enfrentara a un mundo apocalíptico lleno de muerte.

Capítulo 14

—¿Te encuentras bien? —La voz de Sophia le sobresaltó. Estaba apoyada en el marco de la puerta con los brazos sobre el pecho.

—Sí, no te preocupes —dijo Claire limpiándose las lágrimas del rostro.

—Pues no lo parece —Sophia se acercó a ella y miró a Ted—. ¿Cómo está?

—Peor, tendré que salir —Sacudió la cabeza—. Le ha subido la fiebre, necesita medicación.

—¿Pero qué le pasa? —preguntó Sophia—. No puede ser que en cuestión de horas esté así sin razón.

Claire se levantó y se inclinó sobre Ted, que seguía durmiendo. Le subió la camiseta y le examinó. En el brazo izquierdo tenía una venda manchada de sangre seca.

—Premio —dijo Claire mientras le apartaba la venda para poder ver lo que ocultaba.

—¿Qué es? —Sophia se aproximó a ella para poder ver mejor.

Claire quitó el apósito y dejó a la vista una extraña herida que parecía infectada.

—¿Cómo se ha hecho eso? ¿No le habrán mor...? —Sophia puso una mano sobre la boca, «Mordido, querías decir mordido— pensó Claire y suspiró—. Dios, por favor, que no lo hayan mordido».

Analizó la herida con cautela, no quería equivocarse en el diagnóstico. Tenía una forma alargada, profunda y sucia. Claire la olió, no había duda de que se estaba infectando. Como llevada por una corazonada, se apartó de sus hermanos y se dirigió hacia el baño de la habitación de Ted.

—¿Qué ocurre, Claire? —preguntó su hermana extrañada.

Claire le hizo un gesto con la mano de que esperara y entró en el baño. Vio en la papelería los envoltorios de la venda y el apósito, y algo manchado de sangre. Claire lo sacó con mucho cuidado y lo miró con atención. Parecía un clavo manchado de sangre. Lo lavó con agua del grifo y comprobó que estaba oxidado. Claire suspiró y contuvo las lágrimas al descubrir que su hermano no iba a convertirse en uno de esos zombis que les acechan. Pero debía darse prisa, si la infección iba a más, moriría, y el que no le hayan mordido no importaba; se transformaría en uno de ellos.

—¿Claire? —gritó Sophia.

Claire salió con el clavo oxidado en la mano.

—Se lo ha clavado en el brazo. No le han mordido, Soph —Vio como su hermana sonreía—. Sé que son buenas noticias, pero no del todo, si no le tratamos con penicilina, empezará a convulsionar y será incapaz de respirar. Morirá de todas formas. Puede que no hoy, ni mañana, pero tarde o temprano, lo perderemos.

—Pero no sabemos dónde hay una farmacia. ¡Salir allá afuera es un suicidio! —

dijo Sophia con nerviosismo.

—Shhh lo vas a despertar —Claire suspiró, la cogió del brazo y la llevó al baño—. Es nuestra única opción, no podemos dejar que muera así.

—¿Cómo se habrá clavado eso? —dijo Sophia con voz queda.

—Creo que cuando fuimos a acabar con el zombi —Claire pensó en aquel momento. De eso sólo hacía unos días, pero era algo que nunca olvidaría—. En el forcejeo, ¿recuerdas que Ted quería construir un cobertizo? Por eso tenía las maderas en el sótano, y algunas tiradas en el jardín, ya sabes lo desastre que es. Seguro que se olvidó de guardar esos clavos, y con la lluvia y la humedad de Maine se han oxidado.

Sophia asintió en silencio.

—Nuestro Ted, siempre igual —dijo dibujando una leve sonrisa en sus labios.

—Sí —Claire le devolvió la sonrisa—, voy a dormir un rato, ¿le vigilas por mí? En cuanto amanezca, iré a la ciudad a buscar las medicinas.

Sophia hizo un gesto de añadir algo más, pero miró al suelo con tristeza.

—Está bien, Claire, descansa —dijo y se sentó en la silla que minutos antes había ocupado ella.

Claire fue a su habitación y se tendió en la cama sin cambiarse, «Tengo que dormir un rato y recargar fuerzas. Va a ser un día muy duro. Sólo espero seguir con vida».

Se durmió, envuelta en un sueño de sangre y muerte.

Un rayo de sol le acarició el rostro y Claire abrió los ojos. La noche se le hizo corta, y aún se sentía cansada. Se levantó, fue al baño y volvió a la habitación de Ted para ver como estaba. Sophia seguía sentada, mirándole. Habían varios pañuelos sobre la mesilla de noche, prueba de que había estado llorando durante toda la noche.

—Buenos días, Soph, ¿cómo está Teddy? —preguntó Claire.

—Igual, con fiebre y ha tenido algunos temblores —Sophia se estiró— ¿Me haces un café, por favor?

—Vamos a desayunar juntas —contestó Claire—. No pasa nada por dejarle sólo unos minutos.

Sophia asintió y siguió a Claire hasta la cocina. «Así desconecta un poco y estira los músculos».

Prepararon café y encontraron unas galletas de chocolate en la despensa. Desayunaron en el salón.

—¿Cómo vas a encontrar una farmacia en ese caos? Puede que el incendio la haya convertido en cenizas —dijo Sophia con la taza en la mano.

—Creo que vi una en las afueras de la ciudad, mientras tú dormías en el coche —contestó Claire—. Si no, tendré que indagar por la ciudad.

—Es muy peligroso, ¿y si no vuelves? —Sophia tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Volveré, Soph. No te preocupes por mí, soy más dura de lo que parece —dijo Claire y dio un gran mordisco a una galleta—. Cogeré una mochila de Ted y la llenaré con algo de comida y agua. Espero que tenga un mapa del lugar en el

despacho, eso facilitaría mucho las cosas.

—Ese mapa sería casi la salvación —dijo Sophia.

—Cierto —Claire apuró la taza de café y se levantó—. Es mejor que preparé todo ya, cuanto antes me vaya, antes volveré.

—Eso espero, que vuelvas —añadió Sophia, cogió las tazas y las llevó a la cocina.

Claire la observó. Su hermana estaba abatida. Debía volver por ella y por Ted. Si perecía en el camino, la dejaba sola, y al morir Ted, tendría que enfrentarse a su hermano o morir devorada por él. «No lo permitiré. Volveré, Ted mejorará y sobreviviremos a todo esto juntos».

Encontraron una mochila negra y la llenaron con dos botellas pequeñas de agua, un paquete de galletas saladas y una chocolatina. Claire registró el despacho de Ted y encontró un mapa de Maine. La farmacia estaba justo donde recordaba, «Podría estar de vuelta al anochecer», pensó y la guardó en el bolsillo del pantalón.

Visitó a Ted por última vez; seguía durmiendo y había empezado a tiritar.

—No te preocupes, Teddy, te pondrás bien —Le dio un beso en la frente y fue hacia Sophia—. En un rato, incorpórale el tronco y dale agua. Debe estar hidratado. También intenta que coma algo, si ves que no puede, intenta que beba un zumo.

—No te preocupes, Claire, le cuidaré muy bien —dijo Sophia y la abrazó con fuerza—. Por favor, vuelve —dijo sin soltarla.

—Volveré —Claire se apartó un poco—. Tendré mucho cuidado.

—Ten —Sophia le tendió el arma de Ted—. Llévatela, así podrás defenderte.

—No la necesito; si disparo en campo abierto, atraeré a más de esas cosas, y será peor. Prefiero un arma más silenciosa.

—¿Estás segura? —preguntó Sophia.

—Lo estoy —Claire sonrió y la abrazó de nuevo.

—Está bien —contestó Sophia.

Bajaron al sótano y buscaron algo adecuado para defenderse. Encontraron un pequeño hacha que resultaría muy útil si no herraba el golpe.

—Esto servirá —dijo Claire y lo guardó en la mochila.

—Tendrás que acercarte mucho a ellos; es muy peligroso —Sophia estaba insegura.

—Soph, tranquilízate. Soy yo quien va a salir, tendría que ser la que se sube por las paredes —dijo Claire y sacó la lengua—. Intentaré que no se me acerquen, iré con mucho sigilo. Con suerte, no tendré ni que usarla.

Subieron al piso principal y se detuvieron frente la puerta. Sophia sonrió con tristeza y le dio dos besos.

—Sé que me repito pero, por favor, vuelve.

—Estaré aquí para la cena —Claire se puso la mochila y caminó hacia la puerta.

Salieron al jardín. El cadáver putrefacto del zombi que había provocado que Claire tuviera que aventurarse en la ciudad se estaba descomponiendo al sol. Claire le

echó un vistazo rápido y puso cara de desagrado. Llegaron a la puerta de la verja, por suerte no habían aparecido más zombis.

—Bien, ahora abrimos, salgo y cierra rápido, ¿entendido? Nunca se sabe qué puede estar escondido entre los árboles —Sophia asintió—. Espero estar de vuelta antes de que anochezca. Ve vigilando desde el despacho de Ted cada media hora, por si acaso. Y Soph, ya verás como todo irá bien —Le cogió el rostro con las manos y la besó en la frente, al igual que había hecho con Ted. Era una costumbre que tenía desde pequeña, como lo de llamar Teddy a su hermano.

—Ten mucho cuidado —dijo Sophia abriendo la verja.

—Lo tendré —contestó Claire y salió del recinto—. Nos vemos para la cena.

Vio sonreír a Sophia. Claire le guiñó el ojo y se dio la vuelta. Caminó con paso decisivo por la carretera sin mirara atrás; sabía que si se daba la vuelta la idea de volver a la seguridad de la casa la tentaría demasiado. Cogió las asas de la mochila con fuerza, intentando no echarse a llorar, «Debo ser fuerte. Por Ted. Por Sophia. No puedo abandonarles en un mundo que agoniza».

Capítulo 15

Claire caminaba con paso firme por el asfalto. Estaba atenta a cualquier sonido que llegara a sus oídos y no paraba de mirar a su alrededor.

La carretera estaba rodeada de un espeso bosque, y la temperatura era fresca a pesar de que el sol iluminaba el cielo.

Andaba con sigilo, y estaba nerviosa. Ya habían pasado varias horas desde que dejó la seguridad de la casa de Ted, y salvo por ver a algún zombi a lo lejos, el trayecto había ido sin incidentes.

Vio un coche rojo destartado en medio de la carretera y decidió sacar el pequeño hacha que llevaba para protegerse. Bordeó el vehículo y se encontró con el cadáver de un hombre, o lo que antes había sido un hombre, que intentaba levantarse. Tenía la piel desgarrada, y las piernas estaban arrancadas y esparcidas por la carretera.

Al darse cuenta de la presencia de Claire, el zombi alargó los brazos para alcanzarla, y al comprobar que no era una amenaza, Claire prosiguió su camino mientras escuchaba los leves gemidos del muerto.

Tenía algo de hambre, así que sacó la chocolatina que había guardado en la mochila. Se apartó de la carretera, se sentó con la espalda contra un tronco, dejó el hacha a un lado en el suelo y empezó a comer.

«Espero que todo salga bien. De momento ha sido un viaje tranquilo, pero no sé que voy a encontrarme al llegar a la ciudad», pensó con preocupación. Escuchó pasos a su espalda y paró de masticar. Un gemido familiar le llegó a los oídos y todo su cuerpo se puso en alerta. El sonido provenía de su derecha, y estaba muy cerca.

Guardó la chocolatina en el bolsillo, intentando hacer el menor ruido posible, cogió de nuevo el hacha y se incorporó apoyándose en el árbol. Lentamente y con la espalda contra el tronco, giró hacia la izquierda, intentando evitar al zombi. Se quedó quieta, esperando a que pasara.

De pronto, un hombre alto y delgado apareció detrás del tronco caminando con torpeza. Claire le miró de reojo; tenía la piel cetrina, y le faltaban varios trozos de carne por los brazos. La ropa, un pantalón tejano y una camiseta de manga corta azul claro, estaba hecha jirones, sucia de tierra y sangre. Su cara era aterradora; se le marcaban las cuencas de los ojos, y uno de ellos descansaba en su mejilla.

Claire tenía la esperanza de que no la viera y siguiera su camino, pero el zombi se detuvo en seco. Empezó a girar la cabeza en dirección a Claire. «Oh, dios, no, por favor».

El zombi la vio, emitió un gruñido y fue directo hacia ella. Claire levantó el hacha e intentó asestarle un fuerte golpe en la cabeza; pero erró.

Cayó de espaldas al suelo, perdiendo el hacha, y se clavó la mochila en la

columna. Sintió un fuerte dolor, pero no podía permitirse preocuparse por eso en aquél momento. El zombi se abalanzó sobre ella y puso las manos putrefactas en sus hombros, intentando llevársela a la boca. Claire apartó uno de los brazos del muerto y le hizo caer a un lado. Claire se levantó con un movimiento rápido y buscó el hacha con la vista. Mientras el zombi trataba de levantarse, Claire lo localizó cerca del árbol donde antes se había sentado; lo cogió y se puso en cuclillas sobre él.

Sostuvo el hacha con las dos manos y empezó a golpearle en la cabeza con todas sus fuerzas.

El zombi se convulsionaba e intentaba en vano atacarle, pero Claire acabó con él en cuestión de segundos.

Cuando dejó de moverse, se apartó del muerto y se sentó en el suelo, jadeando.

Sacó una botella de agua de la mochila y bebió con avidez, intentando serenarse. Escuchó más pasos a lo lejos, se levantó rápidamente, se puso la mochila, y volvió con paso rápido a la carretera.

Siguió su camino hacia la ciudad sin detenerse en ningún momento. Se sentía acechada e inquieta, y lo único que deseaba era volver con sus hermanos.

«Debo hacerlo, por Ted y Sophia». Se repetía una y otra vez a si misma. Pero el miedo se apoderaba de ella por momentos.

Después de un par de horas caminando, llegó al fin a la entrada de la ciudad. El ambiente estaba cargado de humo y el hedor a quemado y muerte lo inundaba todo.

La farmacia estaba en las afueras, y Claire esperaba no encontrarse con muchos zombis por el camino.

Con el hacha manchada de sangre coagulada aún en la mano, sacó el mapa de la mochila y buscó la farmacia.

Las calles de la ciudad estaban llenas de cadáveres y vehículos destrozados. Varios zombis deambulando sin rumbo fijo, pero Claire les esquivó con facilidad.

Llegó a la farmacia y dio las gracias a que estuviera aún en pie. La puerta estaba abierta de par en par, Claire entró con cuidado; no sabía qué podría encontrarse ahí dentro.

En el mostrador, el cuerpo de un dependiente estaba tendido con las tripas por fuera. El olor a podrido impregnaba el lugar, y Claire se llevó una mano a la cara para tratar de disimularlo un poco. Los fluorescentes estaban apagados, pero gracias a la luz del día se veía con claridad.

Caminó con cautela por los pasadizos del local; habían productos tirados por el suelo y sangre por todas partes.

Encontró un brazo mutilado en una de las estanterías. Era pequeño, de un niño. Claire intentó no llorar, pero los ojos se le llenaron de lágrimas.

Llegó a la parte de la trastienda, donde guardaban los medicamentos. Abrió lentamente la puerta y comprobó si había alguien o algo; nada.

Todo estaba oscuro, Claire dio al interruptor por inercia, pero la electricidad hacía ya días que no funcionaba. Volvió a la tienda y buscó una linterna y unas pilas.

Una vez preparada, entró en la trastienda y buscó la mediación que Ted necesitaba. «Penicilina, penicilina... ahí estás». Se guardó varios botes en la mochila y cogió otras medicinas que podrían ser útiles.

Cuando acabó, cerró la puerta y echó un ojo por la tienda. Encontró otra mochila y la llenó con las pocas latas que quedaban, dos linternas más, pilas, y galletas; mientras guardaba estas últimas, algo la sobresaltó.

Un zombi gordo con la cara destrozada y un mono gris de trabajo estaba en medio del pasillo, observándola.

Claire respiró con dificultad por los nervios, se puso la nueva mochila en uno de los hombros y buscó la salida; estaba justo detrás del zombi. Se dio la vuelta, desesperada, para ir por otro pasillo y así poder salir de la farmacia. Escuchaba los pasos del gran muerto siguiéndola. Claire se giró y vio que a pesar de ir lento y arrastrar una de las piernas, el zombi no desistía en su empeño.

Llegó al siguiente pasillo y se encontró con otro zombi, ésta vez una mujer, que ladeo la cabeza al verla y le sacó los dientes, desafiante.

Claire emitió un grito de sorpresa que lamentó a los pocos segundos. La zombi fue a por ella pero de pronto, cayó al suelo.

Justo ante la puerta, había un hombre con un rifle.

—¡Agáchate! —gritó y Claire obedeció.

El hombre disparó hasta tres veces al gran zombi para abatirlo. En un descuido, Claire corrió y salió de la farmacia. Tenía miedo de que aquél desconocido no fuera amistoso y le robara todo lo que tenía.

Empezó a correr hacia la carretera que llevaba a casa de su hermano, «Por favor, que no me siga, que no me siga».

—¿Tía Claire? —dijo una vocecilla aguda.

Esa voz la hizo detenerse en seco. Claire se quedó parada durante unos segundos, asimilando lo que acababa de oír.

—¿Victoria? —preguntó con un hilo de voz.

Se giró y vio a la pequeña Victoria con Owen, el marido de su hermana. Empezó a llorar desesperadamente y Victoria corrió hacia ella y la abrazó con fuerza.

Capítulo 16

Claire seguía en *shock*. La pequeña Victoria la tenía abrazada por las piernas; Owen se acercó a ella.

—Me alegra mucho verte, Claire —Hizo una pequeña pausa y miró a su alrededor—. ¿Dónde está Sophia? —preguntó con preocupación.

—E-Está bien, en casa con Ted —Claire tenía el rostro cubierto de lágrimas—. Yo... —No pudo continuar.

Se agachó y estrechó entre sus brazos a la niña.

—Oh, pequeña...

—Tía, ¿estás bien? ¿Te duele algo? —preguntó Victoria con inocencia.

—No, cielo —contestó Claire con una sonrisa en los labios—. Es sólo que me alegra mucho verte.

—Pero estás llorando —dijo la niña ladeando la cabeza.

—Son lágrimas de alegría —Claire empezó a limpiarse el rostro—. Y ya verás cuando te vea tu madre.

—¿Mamá? —dijo Victoria entusiasmada.

—¿Nos llevarás con ella? —preguntó Owen.

—Claro, ya tengo que volver —Claire se levantó y Victoria fue con su padre y le cogió de la mano—. Ted está herido.

Escuchó ruidos de preocupación y Claire se fijó por primera vez en el grupo con el que estaba su familia; eran siete, sin contar a Owen y Victoria, tres mujeres, tres hombres y un niño. La persona que le había salvado la vida en la farmacia era un chico joven, de pelo castaño y ojos marrón verdoso no muy alto, con un rifle en la mano y una gorra en la cabeza. Claire le miró y sonrió.

—Gracias por ayudarme antes.

—No las des, tenemos que ayudarnos —contestó el joven, se acercó a ella y le tendió la mano—. Soy Liam.

—Claire —contestó y miró al resto.

—Ah, ellos son Sam y Tim; ellas, Anna, Emily y Lena. Y éste es el pequeño Thomas.

Claire observó a los cinco que iban saludando con la mano en cuanto decían su nombre. Sam era un hombre grande de unos cuarenta, de rostro severo y calvo. Tim en cambio, era alto y esbelto, de pelo rubio claro y de la edad de Claire. Las mujeres eran de estatura media. Anna, la más mayor, debía tener más de cincuenta, llevaba el pelo encanecido trenzado y sus ojos eran de un verde intenso; Emily, una veinteañera con una cascada rojiza sobre la espalda, hablaba con Lena, una chica de piel oscura que tenía el pelo castaño recogido en una coleta alta. Thomas estaba escondido tras Lena, y viendo que tenían rasgos similares, Claire dedujo que era su hermano

pequeño.

Owen se acercó a Claire.

—¿Qué le ocurre a Ted? —preguntó. En el grupo se hizo el silencio.

—No le han mordido, que es lo que todos pensáis —contestó algo seca—. Se clavó un hierro oxidado, y necesita penicilina.

Owen asintió.

—Pues vamos, pues —Se giró y miró al resto—. La casa es un buen refugio, tenemos comida y agua corriente, al menos de momento. También una gran despensa con comida, y cuantos más seamos, más fácil será de reponer.

Los siete empezaron a hablar entre ellos; Owen se unió al grupo. Claire podía oír lo que decían. A la mayoría le parecía buena idea, menos a Anna que parecía algo inquieta.

—No les conocemos —dijo intentando que Claire no la escuchara.

—Es buena gente, confía en mí, Anna. Son mi familia —dijo Owen poniendo una mano sobre la espalda a Anna.

—Está bien —Miró hacia Claire—. No te lo tomes cómo algo personal, es que hay que ser prevenidos.

—Lo comprendo. Yo estuve a punto de salir corriendo cuando Liam me ayudó —dijo y cruzó los brazos sobre el pecho—. Es mejor que nos marchemos ya, antes de que oscurezca.

—No hace falta ir con prisas —dijo Liam con una sonrisa traviesa.

—¿A qué te refieres? El camino es largo y puede que nos encontremos con alguno de esos zombis.

—Se refiere a que hemos conseguido medio de transporte —contestó Owen entornando los ojos—, pero en vez de decírtelo directamente, ha preferido ponerse misterioso.

—Hey, que era una pequeña broma —dijo Liam rascándose la cabeza—. Tenemos pocos momentos de relax y hay que aprovecharlos.

—Eso es cierto —concluyó Owen. Claire le miró impaciente—. Ese coche y la moto de ahí son nuestros —Señaló con la mano a su derecha.

—Perfecto —Claire sonrió. Era una excelente noticia—, antes de ponernos en marcha, ¿cuántas provisiones habéis cogido? —preguntó. «Si tenemos vehículos, podríamos llevarnos más comida de las tiendas cercanas».

—No te preocupes por eso, el maletero está lleno —dijo Anna.

Claire miró hacia el horizonte. Al encontrarse en las afueras, los edificios del lugar estaban a salvo del incendio, al menos de momento. Vio a un grupo de unos diez zombis que se acercaban a ellos.

—Tenemos compañía —dijo poniéndose en alerta. Liam, Sam y Emily apuntaron a los muertos—. ¡No! —gritó y los tres la miraron—. Es mejor ahorrar balas.

—Tiene razón —añadió Lena. Se agachó y cogió a Thomas de los hombros—. No te preocupes, no nos pasará nada.

—Pues entonces —dijo Liam y puso el rifle sobre su hombro—, mejor vayámonos antes de que vengas más.

Claire les siguió hasta los vehículos. Liam subió en la moto, detrás se puso Anna. Los demás fueron al coche.

—Tú, en el asiento del copiloto, así me guiarás hacia la casa —le dijo Tim abriéndole la puerta.

Claire asintió, dejó las dos mochilas en el suelo del asiento y entró en el coche. Tim arrancó y Claire dio las primeras indicaciones. La motocicleta les seguía de cerca.

Por el camino encontraron varios zombis que Tim esquivó con facilidad. Rodearon el coche con medio cadáver que antes había intentado alcanzarla en mano.

El viaje se hizo en silencio, sólo roto por la voz de Victoria, que intentaba animar a Thomas. Claire se giró hacia su sobrina y el pequeño.

—Thomas, ¿verdad? —El niño asintió. Estaba sentado sobre Lena—. ¿Cuántos años tienes?

Thomas la miró tímidamente.

—Vamos, Thomas, díselo —le animó Lena.

—Tengo ocho —contestó sin mirarla.

—¿Es tu hermano? —preguntó Claire a Lena.

—Sí, mi pequeño trasto —Le abrazó.

Claire sonrió y volvió a mirar a la carretera. Owen le dio unos golpes en el hombro.

—Menudo susto le habremos dado a Sophia. Estará muy preocupada.

—Le contamos que estabais aquí al poco de que empezara a descontrolarse todo. Lo debía de saber.

—Lo sé, me lo dijo por teléfono —Se lo enseñó—. Lo malo es que no tengo batería desde ayer.

—Entonces habrá puesto el grito en el cielo —dijo Claire sonriendo.

Owen rió también. Victoria miró a su padre con curiosidad.

—¿Por qué os reís?

—Nada, cielo, son cosas de mayores —contestó Owen dándole un beso en la mejilla.

—Pero ya soy mayor —dijo Victoria cruzando los brazos en modo de enfado.

—Sí, mi pequeña gran princesa.

—¿Es esa casa de allí? —preguntó Tim.

Claire miró. Estaban a escasos metros de la casa. La verja de acero negro estaba cerrada, y la casa sumida en la oscuridad.

—¿Seguro que ahí hay alguien? —preguntó Emily.

—Están mis hermanos. Pensamos que era mejor que estuviera todo apagado, para no llamar la atención de visitas indeseadas —contestó Claire.

—Ah.

—Será mejor que paremos aquí. Si hay que esperar a que se abra del todo la verja, podemos esperar a que esos hijos de puta se presenten en un santiamén —dijo Tim aparcando a escasos metros de la entrada.

—Buena idea —dijo Claire, bajó del coche y se puso las dos mochilas sobre los hombros.

El resto bajó del coche y empezaron a sacar algunas cosas del maletero.

«He vuelto, sana y salva. Y con Victoria y Owen», pensó Claire delante de la entrada.

Vio como la puerta de la casa se abría y Sophia salía con cautela. Claire le saludó y su hermana empezó a caminar a grandes zancadas hacia ella.

Owen se puso a su derecha con Victoria de la mano y Sophia se detuvo unos segundos y empezó a correr hacia la puerta. «Los ha visto. Lo hemos conseguido».

—¡Cuidado! —gritó Sam y empezaron a sonar disparos.

Claire miró hacia donde estaba el grupo. Unos cinco zombis les habían cogido distraídos. De entre los árboles, uno de ellos se abalanzó sobre Owen y le dio un gran mordisco en el cuello que le desgarró la yugular.

—¡Papá! —Victoria cayó al suelo del susto.

Claire corrió y la cogió en brazos.

—¡Abre, Sophia! —dijo sacudiendo los barrotes.

Sophia se encontraba delante de la puerta, con el rostro congestionado por el dolor. Le temblaba el labio y estaba paralizada.

—¡Ábrenos, joder! —Tim se puso al lado de Claire.

Se escucharon más gritos y disparos. Todo se desmoronaba en cuestión de segundos.

Capítulo 17

—¡Mamá! —chilló Victoria aterrada.

Y Sophia, como sacada de un pequeño trance, reaccionó. Hizo una gran exhalación y caminó los pocos pasos que le faltaban para llegar a la puerta. La abrió y entraron corriendo. Los últimos fueron Liam y Anna, que cerraron la puerta con rapidez. Estaban cansados y respiraban con dificultad.

Sophia apartó a Victoria de los brazos de Claire.

—Mi niña, mi pequeña —la abrazó con fuerza entre sollozos.

—Lo... lo siento mucho, Soph —Fue lo único que pudo decir Claire.

Sophia no le contestó, se dio la vuelta y fue hacia la cadera con su hija en brazos. Claire la observó mientras se alejaba, «Hemos estado tan cerca de tener un poco de luz, un rayo de esperanza. Todo parecía tan perfecto». Las lágrimas empezaron a deslizarse por el rostro.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Tim—. ¿Y Emily? ¿Sam?

Anna negó con la cabeza.

—¡Joder, joder, joder! —dijo Tim desesperado—. ¡Putos zombis!

—¿Owen? —dijo Liam.

—No lo ha conseguido —contestó Claire sin mirar.

—Lo siento —Liam se acercó a ella y le puso una mano en el hombro—. ¿La niña está bien?

Claire le miró y asintió. El chico le devolvió la sonrisa.

—¿Hemos podido coger alguna de las bolsas? —preguntó Tim.

—Sí, pero pocas —contestó Anna—. Pero podemos encargarnos de los zombis y enterrar a nuestros muertos antes de que...

—Ya, ya. No hace falta que sigas —le cortó Tim.

«Antes de que se conviertan en zombis ellos también», pensó Claire. Se giró para ver del lugar de donde habían conseguido escapar. El coche tenía las puertas traseras abiertas, y la motocicleta se encontraba tirada en el suelo. Había varios cadáveres en el suelo, incluido el de la chica con la que jamás volvería a hablar, Emily. Sam y Owen estaban siendo devorados por varios zombis. Claire le quitó el rifle a Liam, que no puso resistencia, y se acercó a la verja. Apuntó como mejor pudo a los dos que estaban dándose un festín con el cuerpo de su cuñado, y les disparó. Tuvo que hacerlo cinco veces hasta acabar con ellos. Le devolvió el rifle a Liam y éste hizo lo mismo con Sam, pero le dio un disparo en la cabeza a su amigo.

—Si no, se levantará —dijo tendiéndole el rifle de nuevo.

Claire suspiró. Sabía que debía hacerlo, pero no si podía. Levantó el arma dubitativa e intentó apretar el gatillo contra Owen. Le temblaba el pulso y los ojos se le empañaron por las lágrimas. Liam le quitó el rifle e hizo un gesto a Tim, que la

rodeó con los brazos y la apartó del lugar. Mientras se alejaban, escuchó un único disparo. La confirmación de que Owen no volvería jamás.

La verja chirrió al abrirse, y Claire comprendió que iban a por los cuerpos de Sam, Emily y Owen.

—En esa caseta hay herramientas. Enterradles junto a los rosales. Es un lugar muy bonito —dijo por encima del hombro.

—Voy a ayudarles —dijo Tim intentando sonreír. Claire asintió.

Lena y Thomas se acercaron a ella.

—Si no te importa, no quiero que Thomas lo vea —dijo la chica con tristeza.

—No te preocupes —contestó Claire.

La puerta de entrada a la casa estaba abierta. Vio a Sophia abrazada a Victoria en el sofá.

—Lo-lo siento —dijo sin mirarles—. Siento haber tardado tanto en...

—No te preocupes, Soph. Estamos bien —Claire fue hacia su hermana y la abrazó.

El resto se quedaron en la puerta.

—Soph, ¿cómo está Ted?

—Le ha subido la fiebre —la miró—. ¿Conseguiste las medicinas?

Claire entró en pánico. Se tocó los hombros y comprobó que aún llevaba las dos mochilas. Suspiró y sonrió.

—Sí —Fue hacia las escaleras y se detuvo en el primer peldaño—. Soph, ellos son los que ayudaron a Owen y Victoria a sobrevivir.

Su hermana les miró y empezó a llorar. Claire subió rápidamente las escaleras mientras escuchaba como hablaban entre ellos.

Entró en la habitación de Ted. Sophia le había puesto una manta, y no paraba de tiritar. Claire se acercó y le tomó la temperatura. Estaba ardiendo. Sacó la penicilina, la preparó y se la inyectó. También le suministró un antitérmico para que se normalizara. Se sentó en la silla y esperó.

Mientras pasaban las horas, su hermano se iba estabilizando. Claire se acercó a él, le dio un beso en la frente y bajó a ver al resto.

Sophia tenía a Victoria abrazada a ella. La niña se había quedado dormida con el rostro congestionado de tanto llorar. Sophia charlaba con Tim sobre Owen. Liam, Anna y Lena preparaban algo de comer mientras Thomas jugaba con una de las maquetas de coches de Ted.

—¿Cómo estás? —preguntó y se sentó al lado de su hermana.

—Yo no... —No pudo continuar. Se llevó una mano a la boca, intentando serenarse—. ¿Y Ted?

—Mejor.

—Bien —Se levantó con Victoria en los brazos—. Necesitamos descansar, si no os importa.

«Necesitas estar sola y llorar por Owen».

—Claro, no te preocupes —dijo Claire observando como se alejaba de ellos.

—Está destrozada —dijo Tim.

—Normal —Claire le miró—. Siento mucho vuestras pérdidas.

—Ya. Por desgracia es lo que pasa. Antes de que nos encontraras, éramos quince, y antes, más de veinte. Hemos perdido a muchos en estos días —dijo y se levantó—. Es mejor que comamos algo.

Claire le siguió hasta la cocina.

—No sabía que teníais gas —dijo Anna con una sonrisa.

—Sí, y bombonas en el sótano —Claire cruzó los brazos sobre el pecho—. Y tenemos agua y más comida.

—Por eso no te preocupes, tenemos provisiones de comida para una larga estancia —Liam señaló a la entrada.

Habían unas diez bolsas y mochilas repletas de cosas.

—¿Son las del maletero? —preguntó Claire.

—Sí. Cuando hemos salido aprovechamos el viaje —contestó Lena.

—Y bien que habéis hecho —Claire hizo una pausa—. ¿Ya habéis enterrado a...?

—Sí —contestó Liam con rapidez—. También hemos quitado la basura —Claire le miró extrañada, no entendía a qué se refería con eso—. Lo que se estaba pudriendo al sol —añadió.

Claire lo recordó. El primer zombi al que se habían enfrentado de cerca y el culpable de que Ted se hiriera.

—Bueno, será mejor que comamos algo —dijo escuetamente.

—He visto que teníais algunas verduras en la nevera. Estaban algo pasadas, pero he podido aprovechar unas cuantas e hice un guiso —dijo Lena.

—Me parece estupendo —Claire empezó a sacar los platos y los vasos para poner la mesa.

Liam, Anna y Tim le ayudaron y entre todos lo tuvieron listo en pocos minutos. Lena y Thomas sirvieron la comida. Claire pensó en avisar a su hermana para que bajaran a cenar, pero sabía que no tendrían hambre.

—¿Lo de las velas es por algo en concreto? —preguntó Lena con curiosidad.

—Es para que no se vea luz. Hemos tapado todo el piso de abajo, así no nos ven. Sin velas estaríamos a oscuras.

—¿El piso de arriba también está todo tapado? —dijo Tim.

—No, así podemos vigilarles desde allí —contestó Claire y dio un largo sorbo de agua.

Tim asintió y siguieron comiendo.

—No sois de aquí, ¿cierto? —dijo Anna—. Owen nos dijo que erais ingleses, ¿puede ser?

—Sí —Sonrió—. Vinimos a pasar el fin de semana aquí, en casa de mi hermano mayor.

—Y os encontrasteis con todo esto —añadió Lena.

—Bueno, por lo que hemos visto, está pasando en todo el mundo —dijo Claire.

—Eso vimos en las noticias. Todo se ha ido a la mierda —Tim se levantó—. Será mejor que no vayamos ya a dormir, ha sido un día muy duro —Miró a Claire—. ¿Tienes ducha? Nos vendría bien después de...

—Sí, sí. En el piso de arriba.

Recogieron la mesa. Thomas se acercó a la televisión.

—No va, cielo —le dijo Claire y el niño se encogió de hombros.

Subieron al piso de arriba y les mostró donde estaba el baño. Mientras discutían obre quien debía ducharse primero, Claire repasó el piso y les distribuyó.

—Lena y Thomas, podéis dormir juntos en la habitación donde dormía yo.

—Oh, no queremos ser una molestia —dijo Lena cortésmente.

—No lo es. Mi hermano está enfermo, así que seguramente estaré en su habitación. En la de allí —Señaló en frente—, están mi hermana y su hija. Queda una libre y los sofás de abajo.

—Creo que Anna debería quedarse la habitación y nosotros dos dormir en el salón —dijo Liam.

—Eres todo un caballero, Liam —Anna sonrió—. Mi espalda te lo agradecerá.

Claire vio como Tim entornaba los ojos pero no decía nada.

Sacaron sábanas y mantas mientras se iban duchando. Claire preparaba el sofá con la ayuda de Lena y Thomas. Los dos hermanos resultaron una agradable compañía.

Cuando terminaron, se despidieron y fueron todos a dormir. Claire fue al despacho de Ted antes de visitarle. Miró por la ventana con los prismáticos y reprimió un grito. En la verja, un grupo de diez zombis daban golpes contra ella y deambulaban sin parar. La noche estaba ya avanzada y el incendio de la ciudad estaba casi extinto. Observó el horizonte, por el camino por el que habían venido llegaban más de aquellos seres.

Claire dejó los prismáticos en el escritorio y fue a la habitación de Ted.

Se sentó en la silla intentando no hacer ruido y empezó a llorar en silencio por la muerte de Owen y por los horrores que estaban aún por venir.

Capítulo 18

La luz del sol que entraba tenuemente por la ventana la desveló. El reloj de la mesita de noche marcaba las seis de la mañana, y se había quedado dormida en la silla apoyando los brazos y la cabeza sobre la cama. Miró a Ted, su hermano dormía plácidamente y sin convulsiones. «Buena señal».

Se desperezó y buscó la bolsa con la medicación con la vista. En cuanto la localizó, la cogió y preparó otra dosis de penicilina.

Tomó la temperatura a Ted, «Le ha bajado la fiebre, intentaré despertarle para el desayuno». Su hermano llevaba varios días sin comer, y Claire sabía que, para poder recuperarse lo antes posible, debía alimentarse y ponerse fuerte.

Fue al baño, se dio una ducha rápida y bajó a la cocina. Vio a Liam y Tim dormir en los sofás. Intentando hacer el menor ruido posible, preparó café, leche caliente, chocolate para los más pequeños y unos sándwiches para desayunar. También abrió un paquete de galletas, «Seguro que a Victoria y a Thomas les gustará».

—¿Te ayudo? —Liam se encontraba apoyado en la pared de la cocina.

—¿Cuánto hace que te has despertado? —preguntó Claire con curiosidad al verle con el pelo mojado.

—En cuanto has bajado. Desde que todo esto empezó, tengo el oído muy agudo, y me despierto con cualquier ruido —dijo con tristeza—. A Tim le ocurre lo mismo. Se está duchando ahora.

—Bien —Claire sonrió—. ¿Puedes despertar al resto, por favor?

—Claro —Dio un respingo y subió las escaleras con rapidez.

Claire puso todo lo que había preparado en la mesa, se sentó y esperó al resto. Los primeros en bajara fueron Lena y Thomas, le dieron los buenos días y el niño sonrió al ver las galletas. Anna no tardó en bajar junto a Liam.

—Tu hermana y Victoria ya bajan. Y Tim es un tardón —Se sentó y empezó a comer un sándwich.

Anna le miró con desaprobación, y el chico dejó lo que le quedaba en el plato entornando los ojos.

En pocos minutos, Tim bajó con paso ligero y se sentó en la mesa.

—Buenos días a todos —saludó y miró su humeante café—. Gracias por el desayuno.

Claire sonrió. Por la escalera, Sophia arrastraba los pies con el rostro sombrío. Victoria iba justo detrás, con cautela.

—Buenos días —dijo derrotada. Tenía la cara hinchado y no levantaba la vista de la mesa.

El resto dijo lo mismo y empezaron a desayunar.

—¡Galletas! —dijo Victoria cogiendo cuatro a la vez.

—Cuidado no te atragantes, pequeña —le dijo Claire con cariño. La niña le sonrió.

—Las comeré de una en una, tía Claire.

—Así me gusta —Dio un sorbo a su café—. ¿Habéis dormido bien?

—Sí, gracias —contestó Lena—. Hacía días que no dormía así.

—¿Días? —preguntó Claire extrañada.

—Es que las llamas empezaron a llamar a la puerta del hostel —contestó Tim—. Tuvimos que salir corriendo de allí. Hemos dormido en los coches, en el suelo de algunos comercios, donde podíamos.

—La espalda me estaba matando ya —añadió Anna—. Da gusto dormir de nuevo en una cama —Sonrió.

Claire asintió. El resto del desayuno fue tranquilo. Hablaron de las últimas noticias que consiguieron ver y en los peligros del exterior. Sophia no pronunció ninguna palabra y casi no comió nada. «Necesitaré tiempo para superarlo —pensó Claire—. Owen era un buen hombre, no se lo merecía. Aunque realmente, nadie se merece algo así».

Cuando acabó el desayuno, cogió uno de los sándwiches y un café y se levantó de la mesa.

—Voy a llevarle el desayuno a mi hermano.

—¿Co-cómo está Ted? —Era la primera vez que Sophia hablaba desde los buenos días.

—Mejor —dijo Claire con tono tranquilizador—. Le ha bajado la fiebre y ya no tiene temblores —Sonrió—. En unos días nos estará contando un chiste.

Rieron. Hasta Sophia dibujó una tenue sonrisa en su entristecido rostro.

Claire subió y despertó con cuidado a Ted.

—Ted, vamos despierta —Le zarandeó del hombro con cuidado—. El desayuno.

Su hermano abrió lentamente los ojos y emitió un leve gemido.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó con voz pastosa.

—Enfermaste. Pero ahora ya estás mejor —contestó Claire llevando la silla al lado de su hermano.

—¿Enfermé? ¿Cómo? ¿No me habrán...? —Abrió mucho los ojos.

—No, no —le tranquilizó Claire—. Te hincaste un clavo oxidado. Tuve que salir a buscar penicilina.

—¿Qué saliste? —preguntó, incrédulo. Aún le costaba hablar.

—Sí. No te preocupes, no tardé mucho, y estoy bien —Claire le miró con solemnidad—. Me encontré con Owen y Victoria.

—¿De verdad? —Sonrió—. ¿Y están aquí? —Se incorporó un poco de la cama.

—Victoria está aquí —Claire contuvo las lágrimas—. Owen... Owen ha muerto, Ted.

Ted se quedó en silencio, mirando la pared.

—Pero... Joder... Sophia —Es lo único que pudo decir.

—No quiero entrar en detalles —dijo Claire esquiva.

—Cuéntamelo —Ted la miró con determinación—. Necesito saberlo.

Claire suspiró.

—Me los encontré en la salida de la farmacia, junto a un grupo de personas. Volvimos juntos, riendo, pensando en lo feliz que estaría Sophia al verlo. Aparcamos en la puerta y... —Se detuvo.

—¿Y...? —insistió Ted.

—Y nos cogieron por sorpresa. Unos zombis se abalanzaron sobre nosotros y atacaron a Owen. También murieron dos más. Pero eso no fue lo peor.

—¿A qué te refieres? —Le miró extrañado.

—A que... —Contuvo las lágrimas—. Sophia lo vio todo.

Ted abrió mucho la boca. Claire empezó a llorar.

—Joder —Fue lo único que pudo decir su hermano.

Se quedaron en silencio durante varios minutos, contemplando la nada.

—¿Cómo está? —Ted fue el primero en romperlo.

—Mal —Claire le miró—. Victoria es diferente. No sé si ha asimilado lo que ha ocurrido, pero Soph está destrozada.

—Ya —Otra escueta respuesta.

—Come algo —Claire le acercó el plato y la taza—. El café está como a ti te gusta, cargado. Y el sándwich es de pavo, tu favorito.

—Gracias, Claire. Aunque no tengo mucha hambre.

—Lo sé, pero debes comer —dijo con severidad.

Su hermano asintió y empezó a dar pequeños mordiscos al sándwich.

—Hola —dijo una voz tímidamente.

—Soph —Ted sonrió al verla.

Claire se limpió las lágrimas del rostro y sonrió.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó. Su voz sonaba monótona, lejana.

—Sí, gracias, hermanita —Ted intentaba mostrarse neutral.

—Me alegro —Entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —preguntó Ted cogiéndola de la mano.

—Estoy, que ya es mucho —Miró hacia la ventana—. He estado hablando con la gente que vino con vosotros. Me han contado cosas de Owen. Que lo sienten mucho, y que era un gran tipo. Tim dijo que gracias a él está vivo. Fue un héroe —dijo con orgullo—. Y también me han contado sus pérdidas —Miró a sus hermanos y suspiró—. Sé que puede resultar egoísta, pero necesito tiempo. Pero también sé que no debo encerrarme en mi misma. Tengo a Victoria, y de mí depende su supervivencia. Debo ser fuerte y... —Se llevó una mano a la boca y rompió a llorar—. Perdonadme —Se levantó de la cama y les dio la espalda.

Claire se acercó ella y la abrazó.

—No te preocupes, Soph. Lo entendemos.

—Siempre estaremos a tu lado —dijo Ted desde la cama. Claire miró hacia el

rostro de su hermano. Estaba claro que sentía impotencia por no poder levantarse de la cama y abrazarlas.

—Os necesito —Sophia se apartó de ella—. Sé que va a ser difícil, pero os necesito a los dos —Intentó dibujar una sonrisa en el rostro. Pero sus ojos delataban la tristeza de su corazón.

—¡Mamá! —Victoria entró en la habitación y la abrazó—. ¿Puedes leerme un cuento? —dijo con su aguda voz.

—Claro, cielo —contestó su madre, la cogió en brazos y se la llevó.

Claire y Ted se quedaron de nuevo a solas.

—Como ha crecido Victoria —Ted dejó sobre la mesita de noche el plato con el sándwich casi entero y la taza de café por la mitad.

—Sí —Claire suspiró—. Todo esto me asusta, Ted.

—¿Por qué lo dices?

—Sophia —Sonó casi en un susurro—. Creo que nos ha dicho justo lo que queríamos oír.

Ted se encogió de hombros.

—Esperemos que cumpla sus palabras.

Claire asintió y se dirigió hacia la puerta.

—Voy a ver qué tal van las cosas ahí abajo, ¿quieres que te traiga algo más? —preguntó antes de salir de la habitación.

—Unas galletas de chocolate estarían bien —contestó Ted con una sonrisa en los labios.

—Veré lo que puedo hacer —Le guiñó un ojo y se marchó.

Bajó los escalones lentamente. «Sophia intenta hacerse la fuerte, pero eso nunca a sido su mayor virtud. Tendremos que estar muy pendientes de ella, e intentar que pase todo esto lo antes posible».

Tim, Liam, Anna y Lena seguían en la mesa de la cocina, charlando. Thomas jugaba con un coche rojo en el suelo. Al ver a Claire la miraron.

—¿Todo bien? —preguntó Liam.

—Sí, está mejor —Se unió a ellos—. Saldrá de ésta.

—Me alegra oír eso —Lena sonrió.

—Gracias —dijo Claire y se sentó en una de las sillas libres.

—Claire —Anna hablaba con firmeza—, me temo que tengo malas noticias.

Claire apretó los labios. «Estupendo. Lo que nos faltaba». Esperó a que le explicaran qué ocurría.

—El ruido ha atraído a visitas indeseables —Liam remarcó esa última palabra—. Hicimos demasiado estruendo, y se están aglomerando en la verja.

—Lo sé —Claire los había visto por los prismáticos antes de dormir—, pero aquí estamos a salvo.

—Por ahora —dijo Tim—. Si vienen muchos más, romperán los barrotes con facilidad. Y la puerta de entrada quedará hecha añicos en cuestión de segundos.

—¿Y qué propones? —preguntó con sequedad. Sabía la respuesta.

—Marcharnos antes de que esta casa se transforme en una ratonera —sentenció Tim.

Capítulo 19

Claire le miró detenidamente. «Y volver a salir, después de lo ocurrido». Dio un largo suspiro dibujando círculos imaginarios en la madera. Sentir el tacto de la mesa le tranquilizaba.

—¿Me estás diciendo que tenemos que arriesgarnos a que nos cacen de nuevo? —dijo secamente.

—No, lo que te digo es que si nos quedamos mucho tiempo aquí, moriremos —contestó Tim.

Claire se levantó de la silla y fue a mirar por uno de los huecos entre los tablones de las ventanas. No se veía demasiado bien por lo que, en silencio, se dirigió a las escaleras y las subió lentamente. Notaba las piernas pesadas, cansadas. Escuchó ruido a su espalda, y por el rabillo del ojo vio que Liam, Tim, Anna y Lena la seguían a una distancia prudencial.

Ya en el despacho de su hermano, cogió los prismáticos y miró a través del cristal; habían ya más de veinte zombis en la entrada.

—Aún hay tiempo —Se giró hacia el resto—. Podemos quedarnos unos días, semanas incluso, hasta que supongan una amenaza.

—Eres demasiado optimista —Tim la miró—, ya sé que tienes miedo de salir, pero la realidad es que estamos jodidos. Puede que no hoy, ni mañana, pero a la larga lo estaremos.

Claire dejó los prismáticos en el escritorio de su hermano y le miró desafiante.

—A ver, ¿y dónde vamos? Bangor está destruida por el incendio, y lo que queda en pie está rodeado por muertos.

—Podemos pensar en una alternativa, ir hacia el norte —propuso Tim y se encogió de hombros.

—¿Al norte? ¿Y qué hay en el norte? Ya te digo yo lo que hay, zombis —negó con la cabeza—. Acabarán con nosotros nada más salir de aquí.

—Sé que es duro, Claire, pero Tim tiene razón, debemos irnos y bueno, tenemos unos días para pensar en algo —Liam hablaba con tono amable.

Claire le miró y se mordió el labio, algo que no hacía desde que era adolescente.

—Cómo si fuera tan fácil. Salir de aquí es un suicidio.

—Yo tampoco quiero irme pero... —Lena dio un paso al frente—, hay que pensar que, si la valla cede, moriremos sin tener ni siquiera una posibilidad.

—¿Conocéis la zona? —preguntó Claire y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Yo sí —contestó Liam sonriendo—, y podemos conseguir un mapa.

—Tenemos mapa —añadió Claire—. Gracias a él encontré la farmacia.

Liam sonrió.

—¿Puedo? —preguntó Tim señalando los prismáticos, Claire asintió. Se acercó a

la ventana—. Ya son una veintena. Tenemos una semana, dos como mucho —Miró a Claire—. ¿Hay alguna otra salida?

—No lo sé. Pero mi hermano debe conocer toda la casa y los alrededores.

—Perfecto —Tim dibujó una sonrisa en el rostro—. ¿Y cómo se encuentra?

—Mejor, aunque no está para viajar —dijo cortante. Claire no podía evitar ponerse a la defensiva.

«Si salimos, estamos muertos —repetía una y otra vez su mente—. Ted está débil y Sophia y Victoria... Aún no estamos listos».

—¿Cuántos días necesitará para recuperarse? —Anna miraba a través del cristal con preocupación.

—No sé, una semana, o puede que más. Tiene que comer y recuperar fuerzas.

—Creo que dará tiempo —dijo Liam. Ahora era él el que observaba a los zombis—. Así podremos prepararnos y trazar una ruta de escape sin correr riesgos —suspiró—, y disfrutar un poco más de las comodidades de un hogar. No sabemos cuanto tardaremos en volver a dormir bajo techo.

—Conozco una urbanización —la voz de Lena llamó la atención de todos—, está algo lejos pero... creo que podríamos llegar.

—Eso es perfecto —Tim la miraba esperanzado—. Joder, es perfecto. Estará apartada, por lo que habrá menos peligro. ¿Es muy grande?

—No, sólo unas diez casas —Metió las manos en los bolsillos.

Claire buscó a Thomas, que siempre se encontraba al lado de su hermana mayor, pero no estaba. «Seguro que seguirá jugando abajo».

—¿De qué la conoces? —preguntó Anna.

—Hacia de canguro allí.

—¿Vive mucha gente? —Liam apoyó las manos sobre el escritorio.

—No, habían dos casas deshabitadas; en el resto, vivían familias de tres o cuatro personas —Lena parecía abrumada ante tantas preguntas.

—Eso no es poco —añadió Claire, pensativa—. Si hay ocho casas habitadas por una media de cuatro, tirando alto por si acaso, son treinta y dos zombis a los que enfrentarnos.

—No creo que hayan tantos —Liam se rascó la cabeza—. Seguro que muchos se largaron en cuanto las cosas empeoraron. O puede que sigan vivos, atrincherados en sus casas.

—Es mucho suponer —Claire entornó los ojos—. En estos días, habrá que pensar en la mejor alternativa. Voy a ver a Ted —Se marchó sin esperar respuesta.

Escuchó al resto murmurar y entró en la habitación de su hermano. Seguía dormido, pero ya no temblaba. «Al menos algo bueno —sonrió—. Ted mejora, espero que Sophia pueda soportar las novedades».

Tocó la frente de su hermano, ya no tenía fiebre. Claire se sentó en la silla, necesitaba estar sola.

Odiaba la idea de tener que marcharse de la seguridad de la casa de Ted, pero el

peligro era real, y por mucho que intentara negarlo, deberán marcharse tarde o temprano.

—Hola, ¿ya ha pasado un día más? —dijo Ted con voz débil.

—Hey —Claire sonrió—. No, sólo te has vuelto a dormir, es por la medicación.

—Vaya —se incorporó en la cama—. ¿Cómo está Sophia?

—No la he vuelto a ver desde que se marchó con Victoria a su habitación —Se echó hacia delante apoyando los codos en las piernas—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, y tengo hambre —miró a su alrededor—, ¿dónde están las galletas que te pedí?

—Se me olvidaron —Claire se levantó de la silla—. Voy a por ellas.

—No hace falta, Claire.

—Si hace falta, tienes que ponerte fuerte —Salió de la habitación y bajó de nuevo a la cocina.

«Sólo espero que no tengamos que salir corriendo en medio de la noche. ¿Qué haríamos entonces?».

En el salón se encontraban Liam, Anna y Lena. Estaban sentados en los sofás y ojeaban un mapa de la zona. Thomas seguía jugando en el suelo, pero no estaba sólo.

—Tía Claire —Victoria se levantó de un salto y la abrazó.

—Hola, pequeña —Claire le revolvió el pelo.

—Mamá está haciendo la merienda —dijo con una sonrisa en los labios.

Claire miró hacia la cocina; Sophia preparaba leche con chocolate para los niños. Se giró al escuchar a su hija y sonrió gélidamente a su hermana.

—Claire, ¿quieres café? —su tono era cordial, pero no había restos de alegría en él.

—Sí, por favor —contestó Claire extrañada. «¿Por qué me mira así?».

—Vaya ingleses más raros —Liam se había acercado a ellas y se apoyaba en el marco de la puerta—, ¿vosotros no sois los amantes del té? —rió.

—Sí, pero en estas circunstancias, el café te mantiene más alerta —Claire no pudo reprimir una sonrisa—. Además, ya no queda —Guiñó el ojo.

—Ahhh, ahora entiendo. ¿Os ayudo? —preguntó.

—No hace falta —Sophia preparaba un plato con galletas. Había una bandeja con cinco tazas de café y dos de chocolate.

—Llevaré la bandeja a la mesa —dijo igualmente y se la llevó. Sophia ni se inmutó.

Claire se acercó a su hermana con cuidado.

—¿Estás...? —empezó a decir, pero Sophia le cortó.

—Ya me han contado lo de la verja. ¿Cómo está Ted? —Apartó el plato y miró a Claire.

—Mejor, pero está débil.

—¿Se puede mover?

—Incorporarse a la cama, sí. Andar, no. Y muchos menos correr —contestó

Claire.

—¿Cuándo estará bien? —otra pregunta. Claire la notaba cada vez más extraña.

—No lo sé exactamente —Claire negó con la cabeza, nerviosa—, ¿pero qué diablos te pasa?

—Nada —Sophia cogió el plato con las galletas—. Sólo quiero estar preparada —Le dio la espalda—. Niños, al salón. La merienda está lista.

—¡Bien! —contestaron los dos pequeños al unísono y corrieron hasta el salón.

Claire los observaba. Sophia se sentó en la butaca, algo separada del resto, con la taza de café en las manos. Los niños estaban en el suelo, con las bocas manchadas de chocolate.

—Claire, se te va a enfriar el café —dijo Liam risueño.

—Voy a llevarle unas galletas a Ted. Ahora vuelvo.

Volvió a hacer el camino hacia la habitación de su hermano con una caja de galletas de chocolate en la mano. «¿Por qué me trata así? ¿Acaso está enfada conmigo? ¡Pero si no he hecho nada! —Claire estaba indignada—. No será por... dios, no puede echarme la culpa de lo de Owen».

Eso la horrorizaba. Ella había ido sola a buscar las medicinas mientras su hermana se quedaba en la seguridad de la casa, se encontró a Owen y a Victoria, volvieron y les atacaron, nadie tuvo la culpa, pero algo le decía que Sophia empezaba a pensar lo contrario. «Tengo que hablar con ella».

Entró en la habitación de Ted y le tendió las galletas.

—Aquí tienes, caprichoso —dijo, no quería que se enterara aún ni de lo que estaba pasando fuera, ni de lo ocurrido con Sophia.

—No es un capricho, es una necesidad —Abrió la caja y empezó a engullir las galletas—. ¿Ves? Tengo hambre.

—Eso es bueno —Sonrió—. A ver si mañana puedes bajar a desayunar con nosotros. Después de comer eso, descansa.

—¿Más? —se quejó y sonrió—. Eso haré, hermanita —siguió comiendo mientras Claire se marchaba. «Vuelve a ser el mismo de siempre, al menos eso no cambia».

Bajó de nuevo al salón, Sophia ya no estaba allí. Negó con la cabeza y se sentó con el resto en el sofá. El café estaba frío.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lena, curiosa.

—Nada, no te preocupes —Claire forzó una sonrisa. Miró a su alrededor, falta uno de ellos—. ¿Y Tim?

—Arriba, vigilando —contestó Anna—. Está observándolo todo, a ver si encuentra alguna forma de salir de aquí si hay problemas.

Claire dio un sorbo al café y asintió. El resto siguió hablando de posibles lugares a los que ir mientras los niños jugaban en el suelo.

No dejaba de pensar en su hermana. «Antes de dormir iré a hablar con ella —sentenció—. Tenemos que aclarar algunas cosas».

Capítulo 20

—Soph, abre la puerta, tenemos que hablar —Claire dio con los nudillos en la puerta de madera de la habitación donde su hermana dormía—. Sé que estás ahí, Sophia.

Escuchó el sonido de movimiento y la puerta se abrió lentamente.

—¿Qué quieres, Claire? —Se puso a un lado para dejarla pasar.

—Saber qué te ocurre —dijo sin rodeos—. En la cocina has estado muy seca conmigo, y me gustaría que me dijeras el por qué.

Sophia dio un largo suspiro y se sentó en la cama.

—Nada, no me ocurre nada —contestó sin mirarla.

—Ya, y por eso se te ve tan feliz, ¿no? —Claire puso los brazos sobre el pecho—. Si te toco seguro que estás más fría que el hielo.

Sophia arrugó el rostro y la miró desafiante.

—¿Cómo quieres que esté, después de lo que le ha pasado a Owen? ¿Feliz y dando saltitos por la casa? —Se levantó y se acercó a ella—. Cada vez que cierro los ojos veo a ese maldito zombi arrancándole la yugular a mi marido —Se echó a llorar.

—Yo... lo siento, Soph —Claire no sabía qué más decir.

—¿Lo sientes? Ya sé que lo sientes, y todos los sienten, pero mi corazón está roto en mil pedazos y dudo que jamás se recupere —Se dio un golpe con el puño en el pecho—. Y Victoria, mi pequeña, lo vio todo.

—Es cierto, pero Victoria es aún una niña, y la aparté para que no lo viera bien.

—Pero lo vio —dijo secamente—. Vio como aquél ser asesinaba a su padre.

—Lo superará, Soph. Y tú también —Claire la miraba directamente a los ojos.

—Tú no sabes lo que se siente —le espetó con desprecio—. No has perdido a nadie. No has tenido que ver como la vida se le escapaba ante tus ojos sin poder hacer nada para evitarlo.

—No, no he perdido a nadie, pero he estado a punto. No se si recuerdas que Ted casi se muere, y que tuve que salir a buscar las malditas medicinas para evitarlo —Claire empezaba a estar cada vez más furiosa.

—No es lo mismo.

—Sé que no es lo mismo, pero no me puedes echar eso en cara —alzó la voz—. ¡Temí por vuestras vidas! A cada paso que daba, pensaba en que si no me daba prisa os perdería a los dos —Intentó serenarse—. Y también vi la muerte de cerca. No sé si lo recuerdas, pero el mundo está lleno de muertos que caminan.

Sophia la miró con compasión.

—Siento que tuvieras que pasar por todo eso tú sola, Claire —Sophia suavizó el tono—. De verdad, pero Owen... Dios, ¿por qué él?

—Porque el mundo es injusto, y los buenos siempre mueren —dijo Claire y puso una mano sobre el hombro de su hermana—. Debemos ser fuertes. Por Ted, que debe

recuperarse, y por Victoria. Ha perdido a su padre, no permitiré que también pierda a su madre.

Sophia la abrazó.

—Todo se está desmoronando y yo... yo no sé qué hacer.

—Para eso estamos todos. Nos apoyaremos los unos a los otros. Estamos en un mundo cruel, hostil, y debemos ayudarnos —Claire la miró dibujando una tenue sonrisa en los labios—. No te pido que estés como una princesa de esas películas que tanto le gustan a Victoria, cantando y bailando por toda la casa, pero sí te pido que jamás te rindas.

Sophia asintió y la puerta se abrió de golpe.

—Mamá, ya es hora de dormir —Victoria entró junto con Thomas, que se encontraba a su lado en silencio—. ¿Nos podrías leer un cuento antes?

—Claro, cielo —dijo Sophia tratando de recomponerse—. Sentaos en la cama, hoy os leeré «El niño y la luna».

—Bueno, yo os dejo —Claire se acercó a la puerta—. Buenas noches.

Sophia la miró y sonrió con dulzura.

—Gracias por todo, Claire. Buenas noches.

Cerró la puerta tras de sí y fue a la habitación de Ted. Su hermano dormía placidamente envuelto en migas de galletas. Claire decidió dejarle tranquilo y bajó al salón. Se cruzó con Lena en la escalera.

—¿Todo bien? —preguntó la joven.

—Ahora mejor, gracias —contestó Claire.

En los sofás seguían Liam, Tim y Anna, que la miraron nada más bajar.

—¿Interrumpo un plan de conspiración? Lamento informaros de que el mundo se ha ido a la mierda —dijo Claire sonriendo.

—Vaya, nos ha pillado. Ahora tendremos que matarla —contestó Liam riendo.

—¿Qué tal tu hermana? —preguntó Anna. Claire se había dado cuenta de que era la más callada del grupo, pero siempre trataba de ser amable con todos.

—Más o menos —Se sentó al lado de Liam—. Hay que darle tiempo.

—Ya —dijo Tim y la miró—. ¿Podremos hablar con tu hermano mañana?

Claire pensó unos segundos, y asintió.

—Dice que bajará a desayunar. Creo que quiere quedarse con todas las galletas de chocolate. Son sus favoritas —dijo Claire y miró a la mesa baja de cristal que había delante de los sofás; estaba cubierta de envoltorios de galletas y patatas fritas—. Si es que le habéis dejado alguna —añadió.

—Sí, sí, quedan tres paquetes en la cocina —dijo Liam—. Y en las provisiones que trajimos.

—Bien —Claire cogió una galleta con virutas de chocolate—. ¿Novedades?

—Bueno, digamos que cada vez tenemos más invitados no deseados ante la puerta —dijo Tim—. Pero de momento aguantará.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Claire insegura.

—Sí, lo estoy. Tenemos unos días, yo diría que semanas, para prepararlo todo.

—¿Y eso? —Estaba cada vez más extrañada. «Pero si hace dos días decía que teníamos que marcharnos ya».

—He salido a comprobarlo —Se recostó en el sofá.

—¿Qué has salido? ¿Con todos esos zombis ahí fuera?

—Sí, a comprobar el estado de la verja. Y es fuerte, tu hermano tuvo buen ojo con ésta casa.

«Menos mal que a parte de en videojuegos y galletas, Ted supo bien donde no escatimar en gastos».

—Perfecto —Sonrió—. Entonces, prepararemos las cosas mientras Ted se recupera e iremos a la urbanización que nos habló Lena.

—O trataremos de llegar a ella —dijo Anna suspirando—. Hay que estar preparados para todo, tener un plan B por si ese sitio resulta ser peligroso.

—Cierto —Tim asentía—. ¿Alguna idea?

—¿Y las afueras? Ahí hay fábricas y edificios abandonados. Con las provisiones, podríamos quedarnos algún tiempo —Liam se inclinó hacia delante—. No es la mejor opción, pero es algo.

—Debemos mirar bien el mapa, pero es buena idea —reconoció Tim.

—¿Vamos a dormir o hacemos café para mantenernos despiertos toda la noche? —preguntó Liam levantándose del sofá sin dar tiempo a que nadie respondiera.

—Espera, te ayudo —Claire fue a la cocina.

—Siento lo de tu hermana —dijo de repente Liam—. Quiero decir, que parece que no está demasiado bien.

—Se le pasará. Sólo necesita tiempo —Claire sacó cuatro tazas de un armario.

—No me imagino por lo que debe estar pasando —Liam puso la cafetera a calentar—. Quiero decir, sé que mis padres están muertos, pero no es lo mismo saberlo que ver cómo los devoran ante delante tuyo.

Claire se quedó en silencio. Tim ya le comentó la primera noche que todos habían perdido seres queridos, pero nadie hablaba de ello.

—Lo siento, Liam —Fue lo único que pudo decir.

—Tranquila. Fue en los primeros días. Se atrincheraron en su casa, pero a mi padre le habían mordido. No hace falta saber más —sirvió el café—. Yo estaba trabajando cuando llegaron los muertos a la ciudad, y pude refugiarme en el hostel, si no, ahora sería uno de ellos.

Claire escuchaba atentamente todo lo que le decía. No sabía por qué se lo contaba, sólo que necesitaba hablar, y ella estaba allí para escucharle. Puso la mano en su hombro sin decir nada, y Liam la miró con una sonrisa triste.

—Vamos a llevarles el café antes de que se duerman. Tenemos una noche muy larga por delante.

Claire le devolvió la sonrisa y fueron juntos al salón. Sería una noche de insomnio, tenían que empezar a trazar un plan de escape; y al día siguiente, gracias a

Ted, sabrían los puntos débiles de la casa.

—Bien, por dónde íbamos... —empezó a decir Tim.

Se escuchó un gran estruendo fuera de la casa. Todos se pusieron en alerta.

—¿Pero qué coño? —Tim subió corriendo las escaleras.

—Dios, dime que no han derribado la verja —Anna estaba asustada.

Claire fue hacia las ventanas y miró por los pequeños resquicios que los tablones de madera dejaban al descubierto. Parecía que la entrada estaba intacta. Se dirigió a las ventanas traseras.

—¡Joder! —dijo llevándose las manos a la boca. Unos cinco zombis se acercaban a ellos por un hueco que había entre dos barrotes.

Liam se acercó a ella y la apartó un poco.

—Vamos, ¡no me jodas! —dijo negando con la cabeza.

Tim bajó a toda prisa.

—Ahí fuera no hay nada, todo está normal —vio a Claire y a Liam y se acercó a ellos.

—¿Qué pasa? —Anna seguía de pie delante del sofá.

—Que hemos encontrado el punto débil de la verja —contestó Tim con seriedad—. Son pocos, podremos con ellos. Pero hay que hacerlo ya, o entrarán más —Todos asintieron—. Bien, coged martillos, hachas, todo lo que podamos usar como arma y sobretodo, que no haga ruido. No podemos llamar más la atención. Traed también tablones. Hay que tapar ese agujero o seguirán viniendo.

Todos empezaron a moverse. Claire bajó al sótano y preparó una caja con todo lo que consideraba útil. Tenían que prepararse para el peligro que les esperaba ahí fuera.

Capítulo 21

—Bien, ¿estáis preparados? —Tim estaba ante la puerta de entrada, con la mano sobre el pomo, donde en unos minutos llegarían tres de los cinco zombis que les acechaban fuera.

Claire suspiró, habían tardado muy poco en buscar armas improvisadas por toda la casa, y trazaron un pequeño plan de ataque: saldrían fuera, Lena se quedaría en la casa y cerraría la puerta desde el interior, e intentarían acabarían con ellos antes de darles la oportunidad de reaccionar.

Tim y Anna les entretendrían mientras Claire y Liam tapaban el hueco con dos tablas de madera para evitar que entraran más.

Todos asintieron; sabían lo que debían hacer, y se habían preparado para ello. Claire miró a Liam preocupada y el joven le guiñó el ojo sonriendo.

—Todo saldrá bien. Son pocos, y torpes; no te preocupes.

Miraron hacia la puerta y Tim abrió con un golpe seco. El grupo salió a la oscuridad del jardín y Claire pudo notar como el aire frío de las noches de Maine le acariciaba el rostro y despertaba sus sentidos. Empezaron a correr, intentando apartarse de los zombis. Vio a Tim golpear con un martillo el cráneo a uno de los muertos; Anna empujaba a otro con un gran cuchillo en la mano.

Claire y Liam llevaban cada uno una tabla de madera y tenían los bolsillos llenos de clavos. Llegaron con rapidez ante el hueco creado por los zombis y Claire sujetaba la tabla mientras Liam colocaba los clavos y sacaba un pequeño martillo del bolsillo trasero de los pantalones tejanos.

Miró hacia atrás; Anna estaba en el suelo intentando zafarse de un hombre grande con todo el torso destrozado. Buscó a Tim con la mirada, pero estaba ocupado. Claire pensó con rapidez.

—¿Está sujeto?! ¿Puedo soltar?! —preguntó a Liam suplicante.

El joven levantó la cabeza y abrió mucho los ojos.

—Sí, ve, pero no tardes. Te necesito.

Claire asintió con la cabeza y se alejó de él a grandes zancadas. Sacó el pequeño hacha que llevaba colgando del cinturón y se lo clavó al zombi en la cabeza con fuerza. Anna lo apartó de una patada y se incorporó con rapidez.

—Gracias —dijo limpiándose la sangre coagulada del rostro.

—No las des —Claire empezó a alejarse para ayudar de nuevo a Liam. En cuando lo vio, supo que habría problemas—. ¡Anna! ¡Ayúdame!

Detrás de Liam, los dos zombis restantes se acercaban a él sin que ni siquiera se diera cuenta. Anna y Claire llegaron justo a tiempo; uno de ellos, una chica joven con un uniforme de animadora hecho jirones cogía a Liam por el cuello. Claire la empujó y la tiró al suelo. Anna se ocupó del otro, un chico de unos doce años al que le faltaba

un brazo. Acabaron con ellos sin problemas.

—Gra-gracias —dijo Liam sujetando la segunda tabla—. ¿Me ayudas? No quiero que vengan más de esas cosas.

—Con vuestro permiso... —Anna se marchó a ayudar a Tim.

Claire sujetó la siguiente tabla y en pocos minutos habían hecho el trabajo. Volvieron a la casa, esquivando los cadáveres destrozados del suelo, donde Anna y Tim les esperaban sentados apoyados en la pared con toda la ropa manchada de un rojo sucio. Tim estaba fumando.

—¿Ya habéis acabado? —preguntó Tim—. Excelente, mejor entremos, esos de las puertas se han puesto cachondos al ver tanto movimiento —dio una última calada al cigarrillo y lo tiró con desprecio hacia la verja.

Llamaron a la puerta y Lena les abrió.

—¿Estás bien? —dijo preocupada.

—Todo bien, no han mordido a nadie. Sólo hemos tenido algún que otro susto —contestó Tim yendo a la cocina—. Lo que daría por una jodida cerveza —abrió la nevera y sacó una lata de cola—. Y además caliente, genial —añadió con sarcasmo.

—Me parece que las cosas frías se han acabado por un tiempo, a no ser que encontremos algún lugar con generador propio y que aún funcione, claro —dijo Claire cruzando los brazos sobre el pecho.

—Cierto —Liam miró al resto—. Será mejor que nos duchemos y después durmamos un rato. Hablaremos en el desayuno —Se alejó de ellos.

Claire le observó subir lentamente las escaleras. Era extraña esa actitud en él, ya que normalmente era muy alegre y optimista. «Seguro que se ha llevado un buen susto. No se esperaba que le cogieron por sorpresa».

Se acercó a él antes de que alcanzara el último peldaño.

—No te preocupes por lo que ha pasado ahí fuera —le dijo cogiéndole del brazo.

—Lo sé, pero me han pillado desprevenido, y eso no me ha gustado —La miró—. Esos malditos monstruos me han asustado de verdad —Dibujó una sonrisa triste en los labios.

—Pero al menos todo ha quedado sólo en eso —añadió Claire soltándole y devolviéndole la sonrisa.

—Es verdad —Suspiró resignado—. Voy a ducharme, nos vemos luego, Claire.

—Está bien.

Claire volvió al salón, donde Anna y Tim le explicaban todo lo sucedido a Lena.

—Tenía a ese cabrón lamiendo el cuello cuando le clave el martillo en todo el cerebro —decía Tim fanfarroneando.

—Sí, sí, pero con el segundo si no llego a tiempo, te arranca el brazo —dijo Anna entre risas. Lena también reía.

—¡Pero si ya lo tenía! —añadió Tim llevándose las manos a la cabeza.

—Anda, iros a duchar, que no oléis precisamente a rosas —dijo Claire captando toda la atención—. Se os huele desde el piso de arriba.

—Tienes razón —dijo Tim arrugando la nariz—. Ducha y cama. Liam está arriba, ¿no? Habrá que esperar que acabe.

Prepararon unos sándwiches y zumos para recuperar fuerzas después de la pequeña hazaña. Liam bajó en pocos minutos, y Tim le cedió el puesto a Anna, la cual se lo agradeció con un beso en la frente.

Dejaron más de la mitad de la comida y se marcharon rápidamente a dormir. Claire decidió subir al despacho de su hermano y dormir en la butaca que tenía frente al ordenador. Tuvo la tentación de ir a hablar con sus hermanos para contarles todo lo ocurrido, pero declinó ese pensamiento alegando que sería mejor explicárselo todo por la mañana y dejarles descansar.

No quería molestar a Ted y despertarle al entrar en su habitación. Después de ducharse, entró en el despacho de su hermano. La luz de la luna iluminaba la estancia, y al ser un espacio no muy grande, era fácil orientarse. Vio una gran estantería con libros, se acercó a ella, pero casi no podía leer los títulos, «Antes de marcharnos, saquearé su biblioteca», pensó, sabiendo que su hermano seguramente se llevaría alguno de ellos consigo. Se sentó en la butaca y puso los pies sobre la mesa de té. Se acomodó en ella, ajustándola en una posición cómoda para poder dormir.

Delante tenía el escritorio; y sobre él, el gran ordenador con el que trabajaba Ted se perfilaba como una gran masa gris cuadrada. Jamás volvería a ser utilizado.

Desde que la luz había dejado de funcionar, todos los aparatos electrónicos eran inútiles. Todos salvo los móviles, que habían conseguido mantener a su hermana Claire en contacto con Owen, su marido, hasta que la batería se gastó del todo. Lo mismo ocurrió con el portátil, aunque sin Internet no era de mucha ayuda. La nevera ya no enfriaba, por lo que estaban acabando las últimas provisiones de productos frescos que aún les quedaba.

Pensó en ello, y en que en otra situación, aquella estancia hubiera resultado de lo más acogedora. Le recordaba enormemente al salón de la casa de sus padres. Sus padres. Pensar en ellos era aún demasiado doloroso. A esas alturas, los dos estarían muertos.

Un rayo de luna se filtró por la ventana e iluminó los prismáticos que descansaban junto a un libro de informática; eso despertó su curiosidad.

Claire se levantó, cogió los prismáticos y miró por la ventana; cada vez habían más zombis en frente de la casa.

Capítulo 22

Claire se despertó dolorida aquella mañana. Miró el reloj que adornaba la pared del despacho de su hermano; marcaba las diez de la mañana. Se levantó y desperezó arqueando la espalda lo que le provocó una mueca de dolor en el rostro. Volvió a mirar por la ventana, la situación había empeorado.

«Estupendo. Cada vez son más».

Fue a la habitación donde antes había dormido para buscar algo de ropa. Entró con cuidado para no hacer ruido y despertar a Lena y a Thomas, pero no había ya nadie en la instancia. Se dirigió al baño, se dio una ducha rápida y se puso unos tejanos y una camiseta negra de manga larga.

«Es mejor que vaya a ver a Ted». Al abrir la puerta de la habitación de su hermano, comprobó que ya no estaba allí. Claire sonrió, «Seguro que estará desayunando con los demás».

Mientras bajaba por las escaleras le llegaba el sonido de varias voces inmersas en una animada charla.

—¿Interrumpo algo? —dijo Claire con una sonrisa.

Todos se giraron. Se encontraban en el salón, sentados alrededor de la mesa baja de madera. Sobre ella, un surtido de galletas y sándwiches a medio comer estaban esparcidos por todos lados.

—Nada, solo estábamos poniendo al día a tus hermanos —dijo Liam devolviéndole la sonrisa.

«Parece que está más animada», pensó Claire.

—Bien, voy a prepararme un café.

—Ya te lo hemos hecho nosotros —dijo Lena con voz aguda.

—Oh, muchas gracias —Se sentó al lado de la joven y cogió la taza—. Aún está caliente.

—Sí, nos hemos levantado hace nada —Tim devoraba uno de los sándwiches—. Hemos ido a despertar a Ted y así ayudarle a bajar.

—Vaya, qué considerados —dijo Claire con ironía—. ¿Y si hubiera estado aún durmiendo? Necesita descansar.

—Ya he descansado suficiente, hermanita —Ted tenía una galleta de chocolate en las manos—. Estaba despierto desde las seis de la mañana.

—Está bien, Teddy —recalcó el nombre, sabía que a su hermano no le gustaba que le llamaran así.

—Anda, calla —le dijo y le lanzó uno de los cojines del sofá con poca fuerza.

—Debes comer más —Claire dejó el café y abrazó el cojín.

—¿Más? Si casi no ha dejado galletas —dijo Liam con una carcajada.

—¿Qué puedo decir? Me encantan —Ted cogió otra—. Además, ya habéis oído,

debo ponerme fuerte —dijo con la boca llena.

—En fin, sigamos con el tema —Tim cortó el breve momento de diversión que habían logrado tener en días.

—Está bien —dijo Anna—. Como estábamos diciendo, sería buena idea escapar por el hueco por donde entraron los zombis ayer.

Claire observó las caras del grupo. Sophia no había dicho nada desde que había llegado, y parecía estar en otra parte.

—¿Se encuentra bien? —le susurró a Lena.

—Sí, aunque algo ausente desde que Tim le dijo que tenemos que irnos.

—Ah —Claire suspiró lentamente. «Está asustada —pensó—. Debe enfrentarse a muchas cosas en poco tiempo».

—Es una buena idea —Liam prosiguió con el tema principal—. No creo que se aglomeren muchos allí, y si lo hacen, podríamos poner algo sonoro, que llame su atención, una especie de senuelo, en la puerta principal y así poder escapar sin ser vistos.

Lena y Anna asintieron.

—Qué gran idea, chaval —dijo Ted con entusiasmo.

—Sí, joder, creo que podríamos intentarlo —Tim dio un golpe en la mesa.

—Muy bien, Liam —Claire sonrió.

—Gracias —Liam parecía complacido con los comentarios del resto.

Sophia seguía en silencio, mirando a la nada.

—Claire —Tim la miró directamente—. ¿Cuándo crees que estará listo Ted?

—¡Eh! ¡Que estoy aquí! —contestó su hermano ofendido.

—Pero no eres médico, eso no lo puedes saber —dijo Tim entornando los ojos.

—Eso es cierto, pero ella es enfermera, no doctora. Y puedo saber si estoy preparado o no.

—¿Y lo estás? —preguntó Anna.

—¿Lo estoy? —Ted miró a Claire y le guiñó un ojo.

—Vuelves a ser el hermano insufrible de siempre, pero no, aún no —Claire ladeó la cabeza—, es mejor que descanses unos días más, comas bien, y entonces ya veremos.

—¿Y cuánto tiempo puede ser eso? —Tim echó el torso hacia delante.

—Pues depende de su evolución. Mínimo una semana —Claire apuró el café.

—Perfecto entonces —Tim sonrió—. Creo que podremos quedarnos ese tiempo sin problemas.

—¿Estás seguro de que la verja aguantará tanto tiempo? —preguntó Anna preocupada.

—Ya te dije que la inspeccioné, así que sí —Suspiró—. Pero por si acaso, dejaremos unas mochilas con provisiones ante la puerta para salir corriendo hacia nuestra salida.

—O podríamos salir mejor por la ventana —propuso Claire—. Sería más rápido y

no tendríamos que enfrentarnos con esos zombis.

—Me gusta esa idea —Liam aprovechó la ocasión para devolverle el cumplido.

—Sí, es buena —Tim miraba hacia las ventanas de la parte trasera de la casa—. Sería una especie de salida de emergencia.

—Exacto —dijo Claire triunfante.

—Bien, pues en ésta semana tenemos que prepararnos para lo que podamos encontrarnos allí fuera —Tim se levantó y caminó de un lado al otro del salón—. Primero, despejar una de esas ventanas. Segundo, preparar unas mochilas por si las moscas. Tercero, debemos comprobar todas las provisiones, las cosas imprescindibles y algunas armas, por si tenemos que enfrentarnos a esos hijos de puta una vez fuera. Y cuarto, hacer que Ted se recupere por completo.

—Excelente plan, espero que todo salga bien —dijo Claire cogiendo una galleta rellena de mermelada de fresa.

—Seguro que sí —añadió Liam con optimismo.

—Entonces habrá que repartirse las tareas, ¿no? —dijo Lena.

—Sería lo mejor, una buena organización es importante —Anna asintió.

—¿Quién quiere ocuparse de las ventanas? —preguntó Tim.

—Yo mismo —contestó Liam.

—Perfecto, yo te ayudaré —Tim se frotó las manos—, ¿y de las mochilas?

—Eso puedo hacerlo yo —dijo Lena.

—Y yo —Anna miró a la joven—. Seremos un equipo.

—Pues sólo faltan las provisiones y las armas —afirmó Tim.

—Lo haremos Ted, Sophia y yo —dijo Claire—. Sabemos más o menos lo que hay en la casa, y así podré vigilar a Ted de cerca.

—Ni que fuera un bebé —Ted le sacó la lengua.

—No, eres peor, un enfermo tozudo —Claire le lanzó el cojín y le dio a su hermano en toda la cabeza.

—¡Eh! —Fue lo único que le dijo Ted y empezó a reír—. Como echaba de menos esto.

El resto del desayuno fue tranquilo, distendido. Claire esperó a que todos se hubieran marchado para poder hablar con Sophia.

—¿Estarás preparada para todo lo que se nos viene encima? —dijo poniéndose en cuclillas delante de ella.

Sophia dio un largo suspiro y la miró a los ojos.

—No creo que lo esté, pero debo hacerlo —Sus ojos eran tristes, apagados—. No te preocupes tanto por mí, Claire. Me adaptaré.

—Sabes que puedes hablar conmigo siempre que quieras, ¿no?

—Lo sé.

—Bien —Le dio un beso en la mejilla y se incorporó—. Es mejor que empecemos a movernos. Tenemos muchas cosas que hacer.

Sophia asintió, se levantó del sofá y ayudó a Claire a recoger lo que quedaba del

desayuno. «Eres más fuerte de lo que te crees, Soph —pensó mientras la observaba—. Todo saldrá bien. Joder, todo debe salir bien».

Capítulo 23

En tres días lo tuvieron todo listo; las mochilas descansaban apoyadas contra la pared cerca de la ventana de huida, tenían varias armas que habían encontrado Tim, Liam, Anna y Lena en el pueblo antes de ir a la casa de Ted y tenían el coche con el que su hermano las había traído cuando llegaron de Londres en perfectas condiciones en el garaje. Irían apretados, pero así se ahorrarían un buen trozo de camino.

Al principio dudaron en si ir caminando o con el vehículo, pero se decantaron por la segunda opción ya que se sentirían más seguros dentro de un coche.

Claire, Sophia y Ted repartieron todas las provisiones en varias mochilas equitativamente; así si alguien debía separarse del grupo, podría sobrevivir con lo que tenían en ella. También habían añadido un cuchillo, linternas y artículos de primeros auxilios.

En la nevera ya no les quedaban productos frescos, y los últimos que habían consumido empezaban a estar en mal estado. Aún tenían agua, Ted explicó que la que llegaba a su hogar era de un pozo en las afueras, y en Maine llovía lo suficiente a lo largo del año para que siempre estuviera siempre lleno.

La convivencia había sido buena. Ted agradecía la compañía, ya que después de estar varios días en la cama, el estar ocupado le devolvía las ganas de bromear. Sophia no hablaba demasiado con los demás, sólo con Claire y Lena. Victoria había hecho muy buenas migas con Thomas, y estaban todo el día jugando juntos. Lena le había dicho a Claire que antes que el apocalipsis zombi llegara, los dos tenían una hermana pequeña y que Victoria les recordaba a ella.

A Tim le gustaba tener todo bajo control y cada noche repasaba el plan de escape con el resto en busca de algún cabo suelto. Anna se había convertido en su mano derecha y cada vez hablaba más con el resto. Una noche, mientras comprobaban que no habían nuevos visitantes en el hueco de la verja, le había explicado a Claire que extrañaba a Emily, la joven que había muerto cuando llegaron a la casa; habían estado muy unidas desde que tuvieron que atrincherarse en el hostel, y que no quería encariñarse con nadie más.

Claire lo comprendía. Ella tenía a sus hermanos, a los que quería con todo su corazón, y temía el día en que les perdiera.

Liam ayudaba en todo lo que podía, y al igual que Ted, intentaba levantar la moral de todos en los momentos de duda.

Cada día se unían más zombis al grupo de la entrada, los cuales aporreaban la verja con un ruido rítmico que les perturbaba el sueño.

Claire había tendido pesadillas; y no era la única. Por las mañanas, compartían los recuerdos que tenían de la noche anterior y todos coincidían en algo: los zombis conseguían derribar la puerta y los devoraban vivos.

Los días pasaron rápidamente y todos trataban de recuperar la rutina perdida por culpa de los muertos. Ninguno sabía el por qué había ocurrido todo y discutieron largo y tendido sobre las informaciones que habían escuchado cada uno en los diferentes medios de comunicación antes de que dejaran de emitir, pero no había nada claro, solo que un buen día los muertos se alzaron y empezaron a aniquilar a los vivos.

Quedaban ya dos días para que salieran al exterior y se enfrentaran al destrozado mundo. Claire seguía durmiendo en el despacho de Ted, casi se había acostumbrado a levantarse con dolor de espalda, pero aquella noche su hermano le dijo que durmiera en su cama.

—Quiero hablar con Tim sobre el plan que tenemos —dijo sonriendo—. Pero sólo por esta noche, ya sabes que debo recuperarme del todo o seré un lastre para el grupo.

Claire agradeció el gesto y se acurrucó entre las mantas. Se sentía a gusto, y por unos instantes tuvo la tentación de decir al resto de quedarse en la casa hasta el final, pero sabía que no era buena idea.

A pesar de las comodidades, de nuevo las pesadillas la acecharon. En ellas, acababa envuelta en una mar de manos y dientes que la despedazaban. Se despertó varias veces jadeando, y tuvo que asegurarse de que estaba a salvo en la habitación de Ted.

Decidió levantarse y bajó al salón. Allí estaban Ted, Liam, Tim y Anna repasando el plan por décima vez.

—No puedes dormir, ¿eh? —dijo Liam al verla acercarse a ellos.

—No —dijo y se sentó en la butaca frente al resto—. Pesadillas, para variar.

—Conozco esa sensación —comentó Tim—. Creo que por eso tenemos estas reuniones nocturnas.

—Cierto —asintió Anna—. Espero que con el tiempo nos acostumbremos a esto, ya que dudo que todo vuelva a ser como antes.

—Es triste pensar así —dijo Claire—. A ver si encontramos un buen sitio en donde podamos estar a salvo e intentar llevar una vida lo más normal posible.

—Eso nos gustaría a todos, Claire, pero será difícil que pase. El mundo se ha ido a la mierda —dijo Tim.

—Pero estaría bien —Liam sonrió—. Normalidad dentro de lo anormal.

—Vida dentro de la muerte —añadió Claire—. Sé que no va a ser fácil, pero no es imposible. Dios, si estuviéramos en Inglaterra podríamos refugiarnos en un castillo medieval de grandes murallas.

—Bueno, aquí también tenemos algunos edificios sólidos. Sólo hay que buscarlos —dijo Tim.

—Pues manos a la obra, ¿no? —Claire miró el mapa.

—Algunas universidades tienen grandes muros. Lo malo es saber si hay muchos zombis y en las condiciones en que se encuentran.

—Es mejor pensar que hay muchos zombis en todos lados —aseguró Claire—. Será más fácil y así iremos con más cuidado.

—Tienes razón —Tim se rascó la cabeza—. Bien, primero iremos a la urbanización que dijo Lena en las afueras con el coche. Allí podríamos descansar unos días más y conseguir otro coche, o dos. Así no iremos como si estuviéramos dentro de una lata de sardinas.

—Seguro que habrá alguno —dijo Ted.

—Bueno, si la gente ha huido del lugar, se habrán llevado los vehículos —Claire cruzó los brazos sobre el pecho.

—Eso es cierto —dijo Liam—, pero no hay que perder la esperanza.

—Ya, ya, es muy bonito tener esperanzas, pero hay que ser realistas y no dejarse llevar con suposiciones. No si nos va la vida en ello —Tim no apartaba los ojos del mapa.

—Eres la alegría de la huerta —Liam entornó los ojos—. Pero tienes razón.

Siguieron hablando del plan, y decidieron que después de la urbanización, intentarían llegar a la universidad de Maine, en Orono.

Les dijeron las novedades a Sophia y Lena a la mañana siguiente, y las dos mujeres estuvieron de acuerdo.

En los dos días antes de la partida, el nerviosismo empezaba a llenar el ambiente. Cada día repasaban los planes de huída.

Pero a pesar de tenerlo todo claro, la mañana anterior al día elegido, empezaron las dudas.

—¿Y si nos quedamos un poco más? —dijo Anna en el desayuno—. Puede que la verja aguante.

—No podemos quedarnos para siempre, Anna —contestó Tim—. Sé que todos estamos muy cómodos aquí, y nada me gustaría más que seguir durmiendo en ese mullido sofá, pero si no nos marchamos, puede que llegue un día en que sea demasiado tarde.

Anna miró el cuenco de cereales sin leche apenada y no dijo nada más. En la verja, un centenar de zombis zarandeaban la puerta intentando derribarla.

Durante el día comprobaron que todo estuviera preparado. Tim y Claire revisaron el hueco por donde hacía ya más de una semana, cinco zombis habían conseguido entrar; todo estaba en orden.

—¿Estás preparada? —preguntó Tim mientras caminaban hacia la puerta de la casa.

—Bueno, es algo que tenemos que hacer —contestó Claire con resignación.

—Ya.

La noche fue algo ajetreada. Les dijeron a Victoria y a Thomas que debían partir, y ninguno de los dos niños quería marcharse de allí.

—Pero papá está en el jardín —dijo Victoria a su madre con lágrimas—. No quiero que se quede solo.

—Lo sé, cariño, pero es por nuestro bien. Además, papá vendrá con nosotras. Lo tenemos en nuestro corazón, por lo que estará siempre a nuestro lado —Sophia le hablaba con dulzura.

La niña pataleó, lloró y gritó, pero finalmente Sophia logró calmarla con un cuento. Lena habló con Thomas en privado, y parecía entender el por qué de la partida.

Después de cenar algo ligero, se fueron a dormir para poder levantarse temprano. Se irían sobre las diez de la mañana para no volver.

Claire fue al despacho de Ted y miró con los prismáticos por última vez; los zombis no dejaban de acercarse a la casa.

Había empezado a llover el día anterior, y Maine le recordó a Londres. «Lluvia y frío. Es como si estuviera en casa».

—¿Interrumpo? —La voz de Sophia le llegó desde la entrada de la habitación.

—No —contestó escuetamente.

—Estoy nerviosa, Claire —dijo su hermana—. No sé si podremos conseguirlo.

—Lo haremos, eso no lo dudes —Claire sonrió a su hermana.

—¿Quieres dormir con nosotras ésta noche? Ya que va a ser la última, al menos que duermas en una cama.

—Claro, Soph.

Fueron a la habitación. Victoria dormía placidamente abrazada a su oso de peluche. Las dos hermanas se metieron en la cama, dejando a la niña entre ellas.

—No os pasará nada —susurró mirando a Sophia a los ojos—. Te lo prometo.

Su hermana sonrió y cerró los ojos.

Claire intentó dormir, pero no pudo. Soñó con que la devoraban viva, con que el coche no funcionaba y quedaban atrapados en medio de una marabunta de muertos sedientos de carne.

Al día siguiente debían enfrentarse a los horrores que el mundo de sangre y muerte les tenía preparado.

Capítulo 24

Claire no pudo dormir esa noche. El miedo por tener que enfrentarse de nuevo a un mundo plagado de zombis la acechaba en sueños.

Abrió los ojos y vio a la pequeña Victoria durmiendo plácidamente. Sophia parecía inquieta, y Claire supo que, al igual que ella, no conseguía conciliar el sueño.

Esperó a que amaneciera, al menos así descansaría el cuerpo.

Sobre las seis de la mañana decidió levantarse de la cama. Intentó no hacer mucho ruido para no molestar a Sophia ni a Victoria. Puso los pies sobre el suelo y la madera crujió levemente.

—¿Es la hora? —la voz de Sophia sonaba adormilada.

—Más o menos. Prepararé algo para desayunar. Vosotras quedaros en la cama. Hoy debemos estar al cien por cien —Sonrió. Sophia asintió y rodeó con los brazos a su hija.

Claire fue al baño, se dio una ducha y se puso la ropa que consideró más adecuada, unos cómodos tejanos, una camiseta de manga larga negra y unas viejas botas de montaña.

Antes de bajar a la cocina se dirigió al despacho de Ted. Miró por la ventana con los prismáticos; seguía lloviendo, y el cielo estaba gris plomizo. Los zombis aporreaban la verja sin cesar, y Claire pudo ver como habían conseguido doblarla un poco. «Debemos irnos antes de que sea tarde —Intentaba mentalizarse—. En breve conseguirán entrar; hacemos lo correcto».

Bajó a la cocina y se encontró con Tim, Anna y Liam.

—Vaya, veo que vosotros tampoco habéis dormido bien —dijo y sonrió—. Buenos días.

—Sueños moviditos, con cadáveres andantes y eso —Liam la miró—. Creo que seguimos compartiendo las pesadillas.

Anna servía el café en los vasos y Tim hacía unos sándwiches de crema de cacahuete y mermelada de fresa.

—La última vez que tomaremos café caliente —dijo Claire suspirando—. Si ya echaba de menos el té, ahora me quitan otro vicio.

—Bueno, tenemos bricks de zumos —Tim dejó la bandeja con los sándwiches sobre la mesa del salón—. Algo es algo.

—Habrá que conformarse, entonces —Claire se encogió de hombros—. ¿Ayudo en algo?

—No hace falta, gracias —Anna llevó los cafés junto a la bandeja—. Aunque estaría bien que fueras a despertar al resto, si no te importa —Sonrió.

—Claro.

Claire subió al piso de arriba y avisó a Ted, Lena, Thomas, Sophia y Victoria que

el desayuno estaba listo. Volvió al salón y esperaron a que todos bajaran.

El desayuno fue tranquilo, aunque el nerviosismo era palpable en el ambiente. Intentaron actuar con la mayor normalidad hasta que terminaron.

—Habría que prepararse —dijo Tim—. He estado pensado en lo del coche y aunque era una buena idea, creo que deberíamos ir a pie.

Todos le miraron extrañados.

—¿Y eso por qué? En el coche estaremos más seguros. Si vamos caminando nos atraparán —dijo Sophia.

—Sé que es peligroso, pero seamos sinceros, por el hueco de la verja no cabe; además es un bosque, no podemos circular por allí —Apretó la mandíbula—. Y salir conduciendo por la entrada principal es un suicidio. Hay demasiados.

Claire meditó unos segundos. Había visto el estado de la entrada por la mañana, y por desgracia, Tim no se equivocaba.

—Tiene razón —sentenció.

—¿Pero...? —empezó a decir Sophia, pero se detuvo.

—Es verdad —añadido Ted—, además, si una horda nos rodea, será más fácil escapar corriendo que atrapados en un vehículo.

—Bien —prosiguió Tim—. Ir hasta el hueco de la verja será fácil. Saldremos y nos mantendremos en grupo. Cuatro de nosotros tendrían que ir a los laterales, armados y preparados para disparar en cualquier momento, como medida de protección —Cruzó los brazos sobre el pecho y se echó hacia atrás en el sofá—. Creo que Anna, Liam, Claire y yo seríamos los adecuados para ello. Así Lena, Ted y Sophia se encargarán de los niños.

Todos asintieron. Tim se había convertido en el líder del grupo. Se le daba bien organizar a los demás, al menos hasta el momento.

—Perfecto, pues —Liam se frotó las manos—. Lo mejor es que empecemos, así llegaremos esta noche a la urbanización y con suerte podremos dormir bajo techo.

El grupo se levantó y empezó a prepararse.

—Esto no me gusta. No me gusta nada —dijo Sophia llevando a Victoria en brazos—. Vamos cielo, tenemos que coger tu peluche antes de irnos.

Claire subió a la que la que antes había sido su habitación y buscó una chaqueta de cuero. Aún estaba lloviendo y eso la protegería del frío.

Tim les estaba esperando junto a la ventana con el mapa. Lo consultaba sin parar. Sobre las ocho de la mañana, todos estaban listos.

—Vayamos en silencio para no llamar su atención. Si algo va mal, lanzaremos la distracción sonora hacia la puerta de entrada mientras escapamos, ¿entendido?

Claire miró su mano; la distracción sonora consistía en uno de los muñecos de Victoria.

Se pusieron las mochilas, sacaron cuatro pistolas, abrieron la ventana y salieron uno a uno por ella. Caminaron lentamente por el césped del patio. Claire echó un último vistazo a la casa. «Como te voy a echar de menos». Negó con la cabeza y

siguió a los demás.

Al llegar al hueco, quitaron los tablones con mucho cuidado y se marcharon de lo que había sido su hogar durante varios días.

La lluvia era constante, pero tan fina que casi no se veía. Claire respiró profundamente; dejando que los aromas de la naturaleza inundaran sus pulmones. Olía a musgo, árbol y tierra mojada. El ambiente era húmedo y frío, y Claire agradeció la calidez que le daba la chaqueta.

Tim hizo un gesto y todos se pusieron en posición; Tim, Liam, Anna y ella a los laterales, y el resto en el centro. Claire iba en la retaguardia con Tim.

Avanzaron sin problemas varios metros. Tuvieron que despistar a un grupo de tres zombis escondiéndose entre los árboles y se sentaron en un lugar seguro a la hora de comer. Prosiguieron el camino, con sumo cuidado, y cada vez estaban más cerca de su destino. «Lo conseguiremos —pensó Claire con optimismo—. Lo vamos a conseguir».

Empezó a anochecer y el grupo empezó a inquietarse. Tim consultó el mapa.

—Nos falta muy poco para llegar —susurró—. En pocas horas estaremos en la urbanización.

Prosiguieron el viaje, y como bien había dicho Tim, cuando pasaron un par de horas, vieron a lo lejos su destino.

Claire no pudo evitar sonreír. Miró a Tim.

—Buen trabajo —le dijo en voz baja.

Se escuchó un grito seguido de un disparo. Claire giró la cabeza con rapidez y vio un zombi yaciendo en el suelo y a Anna gritando de dolor.

—¡Anna! —Tim fue hacia ella corriendo y se agachó.

Liam estaba apuntando aún al zombi abatido, en estado de *shock*. Claire lo entendió enseguida, la habían mordido.

Otro grito. Un grupo de siete zombis los habían acorralado.

—¡Rápido! ¡Acabad con ellos! —aulló Tim y empezó a disparar.

Liam, como sacado de un pequeño trance, disparó al que tenía más cerca y Claire hizo lo mismo.

—¡Thomas!

Claire miró a Lena y vio a Thomas separado del grupo. Un zombi se abalanzó sobre él y le dio un gran mordisco en el hombro. Dos más le sujetaron y empezaron a devorarlo.

Sophia gritó y abrazó a Victoria contra ella para que no viera la escena. Claire disparó a un zombi que se acercaba a su hermana. Ted cogió una gran rama y golpeó a otro en la cabeza hasta destrozarle el cráneo.

Lena corrió hacia su hermano pero Liam la interceptó y la obligó a detenerse, haciendo que cayera de rodillas entre sollozos.

—¡Joder! —Tim tenía el rostro contraído por el dolor.

Se acercó a Thomas y le disparó en la cabeza para que dejara de sufrir; luego,

acabó con los zombis, gastando más balas de las necesarias por la rabia.

Todo se quedó en silencio. La lluvia caía lentamente y difuminaba las lágrimas de los rostros destrozados de los supervivientes. Lena empezó a respirar cada vez más acelerada, con los ojos abiertos de par en par y sujetándose a los brazos de Liam.

De su garganta surgió un grito desgarrador que se ahogó en segundos. Se soltó de Liam y fue hacia su hermano; lo meció en sus brazos lentamente sin dejar de llorar.

Claire la miraba aturdida, con los ojos llenos de lágrimas. No asimilaba lo que acababa de suceder. Se escuchó un disparo a su espalda. Anna se había pegado un tiro.

—¡Hijos de puta! —gritó Tim y se puso en cuclillas—. ¡Malditos hijos de puta!

—Tranquila, cariño, todo a pasado —Sophia seguía abrazando a Victoria y le acariciaba la cabeza para intentar serenarla.

Ted se sentó apoyando la espalda en un árbol y se cubrió la cara con una mano.

Durante unos minutos, nadie se movió.

—Tenemos que irnos —dijo Tim de pronto sorbiendo por la nariz—. Hemos hecho demasiado ruido; no estamos seguros aquí.

Liam se acercó a Lena.

—Vamos —le dijo con suavidad.

Lena ni se inmutó; seguía meciendo el cadáver de Thomas.

—Lena, si nos quedamos, todos moriremos —Claire se agachó junto a ella—. Siento mucho lo que ha ocurrido.

La joven la miró. Su rostro estaba congestionado por la pena y sus ojos vacíos por el dolor. Claire hizo un gesto a Liam y entre los dos la levantaron.

Tim se rascó la cabeza, aún con la pistola en la mano y les indicó que le siguieran. A lo lejos, escucharon un gemido gutural.

Era el sonido de la muerte.

Capítulo 25

—¡Moveos! ¡Ya! —rugió Tim desesperado.

A lo lejos se podía ver una horda de zombis acercándose a ellos. Claire y Liam sujetaban a Lena, que seguían en *shock*.

Tim se acercó al cadáver de Anna y cogió su mochila. Sophia le miró con desagrado.

—Lo necesitamos, y lo sabes —dijo y se la puso al hombro.

Ella no dijo nada. Seguía abrazando a Victoria contra ella para que no pudiera ver qué ocurría.

—Tiene razón —Liam suspiró—. No es agradable, pero con el tiempo necesitaremos hasta la última de las provisiones.

Claire le miró y asintió. Sophia empezó a caminar con Victoria aferrada a su pierna.

—¿Os ayudo? —Ted se acercó a ellos.

—No hace falta —dijo Claire—. Vamos, Lena. Tenemos que llegar a la urbanización antes de que lleguen.

La chica no contestaba, pero se dejó llevar con facilidad. Tim iba el primero, con paso decisivo. Sophia y su hija justo detrás; tuvo que apartar la vista al pasar cerca del cuerpo de Anna. Ted se colocó detrás de todos.

—Por si nos sorprenden por la retaguardia —dijo a su hermana con el tronco aún en las manos.

Caminaron unos metros en silencio. Se podían escuchar sus propios pasos y algo aterrador a su espalda; el sonido de un grupo de zombis arrastrando los pies y gimiendo ante el aroma de la carne humana.

—No habías disparado antes, ¿verdad? —preguntó Liam de repente.

—¿Tanto se nota? La primera vez que disparé fue cuando arreglamos la valla —contestó Claire irónicamente—. Soy una completa inútil.

—No es cierto, le diste a uno. Gracias a ese disparo pude acabar con él —Liam hablaba con amabilidad—. Si quieres, puedo enseñarte a disparar.

Claire suspiró y meditó unos segundos.

—La verdad es que no me vendría nada mal practicar.

—Bien, en cuanto tengamos algo de tranquilidad, te enseño.

Claire asintió y sonrió con tristeza. «Es un mundo de mierda donde debemos aprender a sobrevivir». Miró a Lena, seguía caminado entre ellos lacónicamente.

Subieron por un leve montículo y llegaron finalmente a la urbanización; tenía unas ocho casas repartidas en dos grupos de cuatro, con tejados gris pizarra y paredes blancas. El lugar estaba cercado por una frágil verja de malla que parecía intentar detener más a los animales salvajes que a los maleantes que pudieran aparecer. En

medio de la pequeña carretera de doble sentido habían dos coches abandonados llenos de barro. La entrada al lugar estaba abierta y varios zombis deambulaban distraídamente por los jardines de hierba seca. Empezaba a anochecer y el cielo estaba gris plomo, y seguía lloviendo.

—Bien, son pocos. La primera casa a nuestra izquierda está más apartada de ellos. Podemos ir lentamente hasta allí y colarnos —Tim se había acercado a ellos y hablaba con total seguridad—. ¿Qué os parece?

Hubo un pequeño silencio.

—Sí, es una buena opción —dijo Ted—. Eso si, hay que intentar no hacer ruido o se liará una buena.

—Cierto, es buena idea —Liam asintió con aprobación.

—Vamos, pues. Si nos lo pensamos mucho más, se nos hará de noche —añadió Claire.

—Bien —Tim emprendió la marcha y todos le siguieron.

Sacó unos alicates de la mochilla e hizo un gran agujero en la valla. Entraron con sumo cuidado por ella. Tuvieron que ayudar a Lena y a Victoria.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —dijo la niña y su madre se puso un dedo en la boca para que callara.

Victoria puso cara triste y, aferrada a su oso de peluche, no se separaba de ella. Ted pasó con algo de torpeza, y Claire tuvo miedo de que les hubieran escuchado. Al comprobar que no, miró a su hermano con el ceño fruncido.

—Ten cuidado —susurró y le apuntó con el dedo.

Ted se encogió de hombros y les siguió mirando cada dos segundos a su espalda. «Está comprobando que no nos sigan, pero lo hacen. Ese sonido es inconfundible. Nos quieren dar caza. Debemos de entrar rápido o nos cogerá».

Llegaron a la casa que estaba más apartada de los zombis. Estaban justo en el lateral, y tenían que pensar por cual de las dos puertas era más seguro entrar.

Tim les hizo un gesto para que esperaran y asomó la cabeza por el lado de la entrada principal.

—Los zombis están algo lejos, pero creo que si entramos por aquí nos verán —dijo y se dirigió al lado contrario. Varios segundos después volvió—. Por allí es más seguro, si lo hacemos rápido, ni se enterarán.

Todos asintieron, con excepción de Lena.

Fueron por la puerta trasera. Tim la forzó un poco y cedió sin oponer casi resistencia. Entraron uno a uno por ella y se encontraron en la cocina. «O son demasiado confiados o se tuvieron que marchar rápidamente —pensó Claire—. Esto no me gusta nada».

La cocina estaba ordenada. Los muebles eran de color madera clara y tenía unas pequeñas cortinas con tomates dibujados adornando la única ventana. Estaba llena de polvo, lo que indicaba que hacía tiempo que sus dueños se habían marchado.

Ted cerró la puerta tras de si.

—Sería buena idea dar una vuelta por la casa, ver que todo está en orden; y en cuanto lo comprobemos, poner un mueble contra la puerta para que no puedan entrar —dijo Liam.

—Perfecto —Tim cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Vamos tú y yo?

Liam asintió.

—Yo también puedo ayudar —dijo Ted.

—No, es mejor que te quedes aquí. Iré yo —Claire no quería que su hermano se forzara demasiado; aún no estaba recuperado al cien por cien.

Nadie protestó. Los tres cogieron las pistolas, Tim hizo un gesto y Liam y Claire lo siguieron.

—Tened cuidado —dijo Ted antes de que alejaran.

Salieron de la cocina y se encontraron con el salón; todo parecía estar en orden. Era una estancia grande, con un sofá color crema. Realmente toda la casa estaba decorada en tonos crema. «Parece que estemos dentro de un bizcocho», pensó Claire y tuvo que contener una risa.

En la parte inferior de la casa todo estaba correcto, tanto la cocina, como el salón y el pequeño aseo. Llegó el turno al piso superior. Subieron las escaleras enmoquetadas con cuidado.

Al llegar al piso de arriba, se encontraron con cuatro habitaciones. Cada uno entró en una de ellas. Claire abrió la puerta de la que tenía más cerca con el arma en alto por lo que podría encontrarse. Era la habitación de un bebé. Una pequeña cuna blanca se encontraba en el centro de la habitación; las paredes estaban decoradas con figuras de hadas y estrellas. Claire se llevó una mano a la boca, «Dios mío, espero que esté bien. Dios, que no esté aquí el bebé».

Se acercó lentamente a la cuna y suspiró aliviada al ver que estaba vacía.

—¡Claire! ¡Tim! —gritó Liam y a Claire le dio un vuelco el corazón.

Salió rápidamente de la habitación y fue donde se encontraba Liam. Había un cadáver en el centro.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó al verles llegar.

—No, no hay nadie en la casa.

Claire negó con la cabeza. Sus ojos se centraron en el cuerpo detenidamente. Se trataba de un hombre de unos treinta años, de cabello rubio y complexión delgada. Miró a su alrededor; había una foto familiar.

En ella, una mujer morena abrazaba alegremente a un bebé que sonreía. A su lado, el marido le besaba la frente; era el cadáver del suelo.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Claire.

Vio que el hombre tenía un mordisco en el brazo y un destornillador clavado en el cráneo.

—Ya te lo puedes imaginar —dijo Tim y suspiró—. Habrá que quitarlo de aquí. Podríamos llevarlo al sótano.

—Sí, es mejor que Sophia y Lena no lo vean —añadió Claire.

Cogieron una sábana y entre Liam y Tim bajaron el cuerpo por las escaleras. Llegaron a la puerta del sótano y la abrieron. Claire bajó la primera para comprobar que no hubiera ninguna sorpresa desagradable allí.

Al bajar el último peldaño, alguien salió de entre las sombras.

—¿Quiénes sois? —dijo una voz aguda y se acercó con ellos con una escopeta.

Capítulo 26

Al acercarse más a la luz, Claire comprobó que la persona que sujetaba la escopeta era una chica joven de cabello rubio por los hombros, estatura baja y complexión delgada. Le temblaban las manos y estaba sucia y sudorosa.

—¡Os he hecho una pregunta! —dijo con voz nerviosa.

No parecía una amenaza, pero sí se encontraba muy asustada.

—Tranquila —dijo rápidamente Claire y levantó la mano—. No te haremos daño. Baja el arma, por favor —Se acercó a ella lentamente—. Me llamo Claire, ¿cuál es tu nombre?

La joven les miró confusa; sus ojos se centraron en el bulto que llevaban Liam y Tim.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó sin dejar de apuntar—. Dios, como apesta.

—Un cadáver, ¿qué coño va a ser, si no? —contestó Tim bruscamente—. Estoy harto de tonterías, esto pesa mucho —Bajó otro peldaño obligando a Liam a hacer lo mismo.

—¡Quietos! ¡¿Es que habéis asesinado a alguien?! —El cañón miró directamente hacia Tim.

—Claro que no —Claire seguía hablando con un tono neutro para no alterarla aún más—. Lo encontramos en el piso superior.

—¿Lo? Oh, no, ¿es Adam? —Bajó el arma y se llevó una mano a la boca.

—No sé como se llamaba —contestó Claire—, pero por las fotos que he visto, parece que es el hombre que vivía aquí.

—Es él, entonces —Suspiró—. ¿Y Monica y Linda? ¿No estarán también...? —No pudo terminar la frase.

—No había más cuerpos —dijo Liam—. ¿Les conocías?

—Son, bueno, eran mis vecinos —Dejó el arma contra la pared y encendió la única luz del sótano—. Era de Adam, la tenía guardada aquí abajo —Señaló la escopeta.

—Ahora que las cosas se han aclarado un poco, me gustaría dejar esto en el suelo antes de que se me partan los brazos —Tim bajó más peldaños acompañado de Liam.

La chica se apartó y les dejó pasar sin resistencia. Parecía que, aunque estuviera algo más calmada y ya no les considerara una amenaza, no acaba de confiar en ellos. «Yo estaría igual —pensó Claire—, aunque no creo que hubiera bajado el arma tan rápido».

—¿Cómo acabaste aquí? —preguntó intentando conectar con ella.

—Vivo en la casa que hay justo en frente. Cuando los muertos llegaron, entraron y huí como pude. Mi novio no tuvo la misma suerte —respondió mordiéndose las uñas—. Me siguieron hasta la casa, así que me refugié en el sótano. Pensé que sería

un lugar seguro.

La joven miraba como dejaban el cadáver en el suelo.

—¿Y hace cuánto que estás en este agujero? —Tim se acercó a ellas.

—No lo sé, ¿una semana? —Negó con la cabeza—. Aquí se pierde la noción del tiempo.

—¿Y cómo has sobrevivido? ¿Has ido subiendo a por comida? —Liam se unió al grupo.

—No me ha hecho falta. Los Smith tenían aquí la despensa —Señaló con la cabeza hacia un lugar oscuro a la izquierda. Había un armario de dos puertas y junto a él, un par de garrafas de agua casi vacías.

—¿Cómo te llamas? —Volvió a preguntar Claire.

—Maggie, Maggie Jones. ¿Y vosotros?

—Ellos son Liam y Tim —Señaló a cada uno—, yo soy Claire.

Maggie asintió y les miró.

—¿Hay más gente arriba? —preguntó.

—Sí, somos un pequeño grupo de suertudos —contestó Tim—. Y si quieres, puedes unirme a nosotros —añadió con más amabilidad.

Claire entornó los ojos. «Es un borde con una lengua demasiado sucia, pero sabe ayudar a los demás cuando lo necesitan».

Maggie dibujó una leve sonrisa en los labios.

—Creo que me vendrá bien algo de compañía. Estar sola en momentos como este es horrible.

—Ya imagino —dijo Liam sonriendo.

—No, no lo podéis imaginar —Maggie les miró con severidad—. No es solo el huir y ver como la persona que más amas muere sin que tú puedas hacer nada al respecto, no. Es estar encerrado en un lugar, ver que escasean tus reservas y saber que debes salir y enfrentarte sin ninguna ayuda a unos muertos capaces de desmembrarte en cuestión de segundos. Es el olor a podredumbre que lo impregna todo y que seguro que no os habréis dado cuenta, pero ya estáis acostumbrados a él. Y el ruido, sus gemidos. Al estar aquí abajo, escuchaba pasos sobre mi cabeza, el sonido de cosas arrastrándose por el suelo; y sólo podía pensar en cuánto tiempo tardarían en darse cuenta de que yo estaba aquí escondida.

Todos se quedaron en silencio.

—Puedo decir que en parte, entiendo lo que quieres decir —dijo Claire encogiéndose de hombros—. Mi hermano enfermó y tuve que salir yo sola a buscar medicinas. Y mi cuñado murió ante mis ojos —Suspiró—. Mi hermana y su hija le vieron morir también. Maggie la miró compasiva.

—Lo lamento.

—Lo mismo digo —Claire puso una mano sobre el hombro de Maggie.

—Bueno, es mejor que subamos arriba y empecemos a asegurar este sitio antes de que esos malditos zombis nos amarguen la noche —dijo Tim y empezó a subir las

escaleras.

—Tiene razón, para variar —reconoció Liam—, pero no se la digáis demasiado, que después se lo cree y se pone insoportable —Quiñó un ojo y saltó los peldaños de dos en dos.

—¿Vienes, Maggie? —preguntó Claire con dulzura.

—Claro, así me podréis presentar al grupo —contestó la joven y las dos subieron.

—Es mejor que te comente —Claire hizo una pequeña pausa—, antes de llegar aquí éramos nueve; perdimos dos por el camino.

—Y la gente está afectada, ¿no? —dijo Maggie. Claire asintió—. Por desgracia, nos guste o no, tenemos que empezar a acostumbrarnos a este tipo de desgracias —Se detuvo en seco, bajó y volvió con la escopeta junto a Claire—. Me siento más segura con esto.

—Te entiendo —Claire le enseñó la pistola que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón.

—Veo que todos estamos igual, ¿eh?

El resto del trayecto hacia la cocina lo hicieron en silencio. Al llegar, todos miraron a la chica nueva.

—Esta es Maggie. Otra superviviente del maldito mundo de la muerte —dijo Tim—. Ya os iréis presentando, hay que tapar las ventanas antes de que los zombis se den cuenta que estamos aquí.

Claire se alejó de Maggie y fue junto a Lena, que se encontraba sentada en una de las sillas de la cocina con la mirada perdida.

—¿Cómo estás? —susurró y se agachó a su lado, poniéndose a su altura.

—Estoy —La miró—. ¿Por qué a él? No era más que un niño —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—El mundo es cruel, y no sabe distinguir —La rodeó con los brazos—. Thomas era un buen chico, siento mucho lo que ha ocurrido.

—Gracias, Claire —Lena le devolvió el abrazo—. Será mejor que empecemos a movernos ¿no?

—No hace falta, ya lo hacemos nosotros.

—No, quiero hacerlo. Necesito mantenerme ocupada —dijo y se levantó—. Gracias por preocuparte por mí —sonrió con tristeza y se unió al resto.

Claire se irguió y miró al curioso grupo. Tim daba instrucciones para que taparan las ventanas con cualquier cosa que encontraran mientras Liam, Maggie y Ted escuchaban atentamente. A pesar de que Lena hubiera dicho que quería ayudar, parecía estar algo ausente. Sophia estaba sentada en otra de las sillas de la cocina con Victoria en el regazo atenta también a Tim.

«En el mismo día que perdemos a Anna y a Thomas, encontramos a Maggie. Ironías del destino —pensó—. Nuevo hogar por unos días que nos volverá a dar un poco de tranquilidad hasta la próxima tormenta. ¿Cuánto durará esta falsa sensación de seguridad? ¿Quién será el próximo en caer? —Negó con la cabeza y se unió al

resto—. Lena tiene razón, lo mejor es mantenerse ocupado y no pensar». Concluyó y empezaron a moverse por la casa cogiendo cualquier cosa que pudieran usar para fortificarla.

Capítulo 27

Taparon todas las ventanas y rendijas que encontraron con mantas. Liam lo había propuesto alegando que si ponían tabloncillos harían demasiado ruido y llamaría la atención de los zombis. Todos se mostraron de acuerdo y Tim felicitó al joven por su iniciativa.

Lena se excusó y marchó al piso de arriba a descansar. Claire sabía que necesitaba tiempo y cuando Tim fue a preguntarle si se encontraba bien, le detuvo.

—Es mejor darle espacio. Cuando esté preparada, hablará —le dijo poniéndole una mano en el hombro y Tim asintió.

Abrieron unas cuantas latas de raviolis con tomate que encontraron por la casa y cenaron a la luz de las velas.

—Es agradable cenar con alguien para variar —dijo Maggie sonriente.

—Sí, aunque sea en estas circunstancias tan especiales —contestó Claire.

Maggie había ayudado en todo lo que le pidieron sin rechistar. Claire pensó que la recién llegada encajaría perfectamente en el grupo de supervivientes.

—A saber cuando volveremos a comer tan a gusto —dijo Liam—. Podremos estar aquí unos días, pero hay que moverse.

—Cierto, con el ruido que hicimos fuera seguro que vendrán más —añadió Ted.

—¿Por lo que me contaste antes? —le preguntó Maggie a Claire en un susurro.

—Hicimos demasiado ruido con las armas. Seguro que vienen hacia aquí —contestó y vio el miedo en los ojos de la chica—. No te preocupes, nos iremos antes de que ellos vengan.

Maggie asintió dubitativa y siguió comiendo.

—Tendríamos que guardar las cosas útiles que hayan por la casa —dijo Tim con determinación—. Dejar las mochilas preparadas, sólo por si acaso.

—En la cocina hay algunas latas y botellas de agua —dijo Sophia—. Lo vi mientras buscaba algo para que Victoria merendara.

—Bien, lo guardaremos en una mochila, ¿habéis visto alguna por la casa? —preguntó Tim.

—Creo que en la habitación de matrimonio había una que podríamos usar —contestó Liam—. No es muy grande, pero nos servirá.

—Maggie —Tim la miró—, esa será para ti.

—Perfecto —contestó la joven.

—Antes de dormir, lo dejamos todo preparado. Mañana ya hablaremos sobre el mejor momento de marcharnos —Tim removió el contenido de su lata, cogió un gran ravioli y se lo llevó a la boca.

—¿Tan pronto? —preguntó Sophia y miró hacia su hija—. Necesita descansar, y más después de lo que ha pasado. Y Lena estará destrozada por lo de Thomas.

—Lo sé, Sophia, pero no podemos arriesgarnos —contestó Tim negando con la cabeza.

—Soph, ya sabes que hicimos demasiado ruido —Claire le hablaba suavemente—. Puede que ya estén viniendo hacia aquí, no podemos quedarnos mucho tiempo. Debemos encontrar otro lugar seguro.

—Pero no sabemos hacia donde ir —dijo Sophia abatida.

—Antes de marcharnos de la casa, comentamos el ir hacia la Universidad de Maine —recordó Liam.

—Peor eso está lejos —Maggie suspiró—. Hay una vieja iglesia a las afueras, podríamos ocultarnos allí unos días si todo va bien. Y si no, cerca está el pueblo de Ravens Falls. Es pequeño, supongo que no habrá mucho peligro.

—¿Está muy lejos? —preguntó Claire.

—No mucho, un día de camino, y si vamos con el coche, menos —dijo y sonrió—. Podríamos intentar coger mi viejo Mustang.

—Será peligroso —Tim negó con la cabeza—. Ya descartamos lo de usar vehículos. Hacen demasiado ruido.

—Ya pero... —Maggie no pudo continuar.

Fuera, un ruido monótono de golpes empezó a sonar contra la puerta de entrada.

—Joder, nos podrían dar un poco más de tiempo —Tim se levantó y se dirigió hacia ella. Miró por la mirilla con cuidado—. Tengo malas noticias.

«No puede ser verdad —pensó Claire—, ni un día de tranquilidad».

—Esto es una maltita pesadilla —Sophia cogió a Victoria entre los brazos.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó la niña, confusa.

—Nada cielo, que tenemos que irnos —contestó Sophia y la pequeña asintió.

—Voy a buscar a Lena —Claire subió rápidamente las escaleras.

Miró en la habitación de matrimonio, pero la joven no estaba. Tampoco en la de costura, donde el anterior inquilino tenía un vestido a medio coser. Claire encontró a Lena abrazando la cuna de la habitación del bebé.

—Lena, tenemos que irnos —dijo acercándose a ella.

—¿Ya? ¿No me van a dejar ni llorar a mi hermano? —Lena se giró. Tenía el rostro congestionado por el dolor.

—Lo siento —Claire no sabía qué más decir.

—Está bien —Lena se separó de la cuna lentamente—. ¿Sabes? Yo cuidaba de Thomas cuando no era más que un bebé llorón. Lo echo de menos.

Claire asintió y las dos bajaron las escaleras en silencio. «¿Qué le dices a una persona que está rota por dentro?».

Al bajar, Maggie subió las escaleras y volvió al salón con la mochila en las manos. Entre ella y Tim la llenaron con todo lo que consideraron útil y todos fueron hacia el centro de la estancia.

—Tenemos que irnos. Lo primero es acostumbrarnos a la oscuridad, debemos tener cuidado —Tim hablaba con solemnidad—. Saldremos por donde hemos

entrado; no sabemos lo que hay ahí fuera, por lo que todos tenemos que hacer lo mismo. Iremos con mucho cuidado pegados a la pared de la casa. Cuando lleguemos a la última, saldremos de la urbanización y esperaremos al resto, ¿entendido?

Todos asintieron.

—¿A dónde iremos? —preguntó Lena.

—A un pueblo cercano, y si tenemos problemas, nos refugiaremos en una iglesia —contestó Tim—. No usaremos las armas de fuego a no ser que sea absolutamente necesario, así que sacad todo lo que podáis usar de arma. ¿Preparados?

Sacaron las armas. Claire llevaba un pequeño hacha al que se aferró con todas sus puertas. Se dirigieron a la puerta de la cocina y Tim abrió la puerta lentamente. Primero salió Liam y Lena, después, Sophia, Victoria y Ted y por último, Tim, Maggie y Claire.

Se pegaron lo máximo posible en la pared. El aire de la noche era frío y húmedo, y Claire agradeció que hubiera parado de llover. Notaba la hierva blanda a su paso, y el sonido de los animales nocturnos quedaba oculto por los gemidos de los zombis.

Uno de ellos, uno delgaducho y con traje de ejecutivo que le faltaba todo el brazo derecho, se abalanzó contra ella en un segundo; Claire luchó contra él en silencio, tratando de no llamar la atención de los demás. Le dio un empujón, lo lanzó al suelo y le clavó el hacha en el cráneo.

—¡Ahhhh!

Un grito agudo de terror rompió la quietud de la noche. Claire se giró para poder ver su procedencia. Vio a la pequeña Victoria chillando y a Sophia intentando calmarla. Ted estaba luchando contra un gran zombi de mono azul que tenía la cabeza ladeada debido a un gran mordisco que le había arrancado parte de los tendones del cuello. Le asestaba golpes con el bate intentando abatirlo. Tim fue en su ayuda y entre los dos acabaron con él.

Claire observó como Lena, Liam, Maggie, Sophia y Victoria se alejaban hacia la negrura. Claire miró a Tim y asintieron a la vez; debían moverse. Se acercó a su hermano y le dio un tirón en el brazo. Ted la miró, tragó saliva y caminaron juntos hacia la salida de la urbanización.

Todos estaban a salvo. Claire se apoyó contra la verja jadeante; el zombi que la había atacado la asustó enormemente.

—¿Dónde está esa maldita iglesia? —preguntó Tim en un susurro mirando a Maggie.

—Allí —señaló hacia la izquierda.

Se pusieron en marcha en silencio. Formaron una fila de dos personas para poder guardarse las espaldas, Claire iba acompañada de su hermano.

—Espero que ese lugar nos dé algo de tranquilidad —dijo con cansancio.

—Y yo —Claire sonrió—. Al menos no hemos perdido a nadie ahora.

—De momento —dijo Ted con tristeza.

«Cierto, aún tenemos un largo camino hacia un lugar que no sabemos si será

seguro». Pensó Claire y acarició el asa de la mochilla.

Podía oír el sonido de los gemidos a su espalda. Ellos se acercaban.

Capítulo 28

Caminaron por un sendero lleno de malas hierbas. La luna les daba algo de luz y pudieron desplazarse fácilmente. Claire escuchó varias veces sonidos a su espalda, pero al girarse, el camino estaba desierto. «Está en tu cabeza —pensó—. Sólo es el miedo».

Tuvieron que descansar unos minutos cuando Ted empezó a marearse. Le llevaron a una zona con buena visibilidad y le recostaron al lado de un tronco partido. El resto repuso fuerzas con unas chocolatinas y agua. Claire contempló a la pequeña Victoria. Hacía caso a su madre en todo momento, y no había hecho ruido ni una vez. Vio como le susurraba algo a Sophia al oído y ésta le dio una de las galletas que estaba comiendo. «Es muy buena. Si todo va bien, llegará a la edad adulta en este mundo de muerte».

A cabo de media hora, Tim hizo la señal de que debían seguir caminado. Claire suspiró y se agachó al lado de su hermano.

—¿Cómo estás? —susurró.

—Cansado —dijo con una leve mueca de dolor—. Me molesta un poco el brazo.

—¿Puedes continuar?

—Claro —Intentó levantarse pero necesitó apoyarse en Claire para conseguirlo—. E-estoy bien, de verdad. Y estaré mejor cuando llegemos a la iglesia y podamos dormir un poco.

Claire sonrió con tristeza y observó a su hermano alejarse con lentitud. Al poco, llegaron a un claro y pudieron ver la iglesia.

—Es esa —confirmó Maggie.

Siguieron el camino y Claire pudo verla mejor. Era pequeña, equivalente a una casa de dos pisos, y de piedra oscura. El tejado era de pino y tenía una campana que descansaba en silencio. Al lado, parecía haber un pequeño jardín, pero a medida que se acercaban, Claire comprobó que era un pequeño cementerio en mal estado.

Llegaron a la gran puerta de madera maciza.

—Está abandonada, ¿verdad? —preguntó Liam.

—Al menos, lo estaba —contestó Maggie y empujó la puerta.

La puerta era demasiado pesada para la joven, y Tim, Claire y Liam la ayudaron. Cedió al fin con un leve crujido. El hedor era insoportable.

Claire se llevó una mano a la cara para no vomitar. Liam no pudo aguantar, se apartó y devolvió la chocolatina que acababa de comer a medio digerir.

—Joder, ¿pero qué coño es ese olor? —dijo Tim y entró en el lugar.

Claire le siguió y contuvo una arcada todavía más fuerte.

En la iglesia había un grupo de unas diez personas repartidas por los destartados bancos de caoba. Se acercaron a ellas con la mano sobre la nariz y la boca para no

inhalar el olor a cadáver.

Todos los cuerpos presentaban un tiro en la cabeza. Había mujeres, hombre y niños. Incluso Claire pudo ver a un bebé en brazos de su madre. Fue hacia Sophia, Lena y Victoria.

—No miréis hacia allí —dijo, y las dos asintieron.

Sophia cogió a Victoria en brazos.

—Cierra los ojos, cielo —Le dio un beso en la cabeza y la niña los cerró.

—¿No dijiste que estaba abandonada? —preguntó Ted con voz amortiguada.

—Eso creía —Maggie contenía las nauseas—. Oh, dios, esa es Monica —dijo negando con la cabeza—, y la pequeña Linda —Apartó la vista.

Claire comprendió que la mujer con el bebé eran los antiguos habitantes de la casa de donde venían. «Dios, ¿por qué? No era más que un bebé —pensó y recordó lo que Lena le había dicho y su respuesta—. Este mundo no distingue entre unas personas y otras».

Se empezó a escuchar un sonido de rasgadura y gruñidos. «Zombis». Claire sacó el hacha y miró a Tim. El hombre se puso en guardia con la pistola en la mano e indicó a Claire y a Liam que le acompañaran.

Siguieron el sonido hasta los bancos más cercanos al altar y al gran Cristo que presidía el lugar. El cura, o el que antes era el cura de la iglesia, estaba devorando el cuerpo de un hombre. Al verlos, se levantó con torpeza y caminó hacia ellos extendiendo los brazos.

Claire apretó la mandíbula y, en un gesto rápido, asestó un fuerte golpe en la cabeza del religioso. Cayó al suelo y le volvió a golpear una y otra vez. Notó una mano a la espalda y se giró con los ojos llenos de rabia.

—Ya está, Claire —dijo Liam apartándola del cadáver.

Se dio cuenta de que estaba llorando. No por tristeza, si no por ira.

—¿Pero que ha pasado aquí? —preguntó Ted aturdido.

—Todo apunta a que el cura se cargó a toda esta gente, un suicidio colectivo ya que nadie parece que pusiera resistencia —contestó Tim mirando en rededor.

—¿Y el cura? —preguntó Lena que se había aproximado a ellos y miraba la escena con desagrado.

—El suicidio es pecado, lo dice la Biblia —Maggie suspiró—. No es que sea demasiado religiosa, pero hice la comunión, y aún lo recuerdo.

—¿Y cómo acabó nuestro cura en un muerto sediento de sangre? —preguntó de nuevo Ted rascándose la cabeza.

—Por esto, o mejor dicho, este —dijo Sophia desde el lateral derecho de la iglesia.

Todos se acercaron hacia ella; el suelo estaba lleno de cristales de una ventana rota y un cuerpo más descompuesto que los que se encontraban allí con varios agujeros de bala en la cabeza.

—Así que al cura le mordieron después que asesinara a toda esta gente —dijo

Liam entornando los ojos—. Ironías de la vida.

—No les asesinó, ellos querían morir —dijo Sophia—. Por triste que parezca, es lo que ocurrió. Y todos serían cristianos practicantes, por lo que pensarían lo mismo sobre el suicidio. Ese hombre se convirtió en asesino por sus seguidores.

—Eso no le justifica, debería haberles alentado a vivir y no a rendirse a la primera de cambio —le espetó Claire.

—No le justifico, sólo digo lo que pasó. No todo el mundo es tan fuerte como tú —dijo Sophia con reproche.

—No es ser fuerte, es supervivencia —Claire estaba cada vez más furiosa.

—El tema es que están todos muertos, no hace falta discutir por ello —dijo Ted intentando calmarlas.

—¿Qué os parece pasar la noche en la rectoría? Así descansamos un poco y mañana seguimos nuestro camino —Tim cambió de tema—. Me gustaba la idea de pasar una temporada en la iglesia de gruesas paredes de piedra, pero con todos estos cadáveres, creo que es mejor marcharnos temprano.

—Me parece bien —dijo Liam—. Es esa puerta de allí, ¿no? —Señaló detrás del Cristo en la cruz.

—Seguramente —Maggie fue hacia allí—. Vamos a indagar.

Claire mantuvo la mirada de Sophia durante unos segundos y luego siguió a Maggie.

—Necesitamos la llave —dijo la joven mirando al resto.

—Ya voy yo —dijo Tim y se acercó al cura.

En segundos, volvió con un pequeño manojito de llaves. Probó varias hasta que dio con la indicada.

Entraron en la rectoría. El lugar olía a cerrado y a moho, pero era mucho más agradable que el aroma a cadáver que había en la iglesia.

Por las ventanas se filtraba la luz de la luna, por lo que pudieron ver la estancia. La habitación estaba enmoquetada de rojo y las paredes adornadas de cuadros religiosos. Había una gran estantería con libros ajados y diferentes tallas de santos. Un gran sofá rojo con ribetes dorados y cojines a juego se encontraba en el centro.

—Será mejor que durmamos todos juntos en el suelo —dijo Tim y se sentó en el suelo.

—Deberíamos hacer guardias, por si acaso —dijo Claire. Tim asintió—. Yo haré la primera.

—Yo el segundo —dijo Liam—. Despiértame en una hora.

Empezaron a acomodarse como pudieron en el suelo. Claire le llevó un cojín a Ted para que estuviera más cómodo.

—Necesitas descansar —dijo y su hermano le cogió del brazo.

—No se lo tengas en cuenta —suspiró—. Soph lo está pasando mal, no sabe lo que dice.

—Todos lo estamos pasando mal, Ted. Lo que debería hacer es pensar un poco

más en ello y no centrarse en sí misma.

Ted no dijo nada más y dejó que se marchara.

Claire se apoyó contra la puerta y sacó un refresco de cola para mantenerse despejada. Observó como el resto comía algo, casi en silencio absoluto, y uno a uno se recostaron para intentar dormir.

Esperó a que pasara la hora mirando como el haz de luz que entraba por las ventanas creaba sombras en las paredes. «Esa parece un hombre con sombrero — Intentaba distraerse—. Esa, un caballo».

Pasado el tiempo, despertó a Liam con cuidado.

—Es tu turno —le dijo con una sonrisa.

El chico se la devolvió y se desperezó.

—¿Todo bien?

—Sí —mintió.

—¿Seguro? —Liam la miró directamente a los ojos.

—No te preocupes —dijo y se tendió en el lugar donde había dormido el joven.

Liam se alejó y ocupó su lugar contra la puerta.

Le costaba dormir. No podía creer que las personas de la iglesia hubieran preferido morir a enfrentarse a ese nuevo mundo, por horrible que fuera. Pensó en el bebé, que no tendría más de unos meses, y no conseguía entender la razón por la que su madre no luchó por mantenerlo con vida. Esa idea la enfurecía.

Claire dio media vuelta y observó a su hermana y a Victoria. Las palabras que les dijo a Lena y a Sophia cuando Thomas y Owen murieron volvieron a su cabeza. «El mundo es cruel, y no sabe distinguir», se dijo a sí misma dejando que el sueño se apoderara de ella.

Capítulo 29

Tuvo un mal sueño. En él, estaba atrapada en una casa, sola. Era de noche, y solo podía ver gracias a la escasa luz que entraba por las ventanas. Los zombis la acechaban, arañaban las paredes y rompían las ventanas. En minutos, la casa estaba plagada de muertos que querían devorarla. Claire subió las escaleras hacia el piso de arriba y se encerró en una habitación, apoyando la espalda contra la puerta.

Notó golpes a su espalda, unos golpes que le hicieron estremecer. «Por favor, no, por favor, no —repetía una y otra vez su mente—. No puede estar pasando».

La puerta empezó a quebrarse y unas manos putrefactas la cogieron de a ropa y la carne. Claire corrió hacia el otro extremo de la habitación, pero no había escapatoria. Se agazapó contra una esquina, sollozando. Los muertos la rodearon y abrieron sus bocas; pozos negros de muerte.

Claire despertó envuelta en sudor frío, gritando.

—Tranquila, sólo ha sido una pesadilla —dijo Maggie cogiéndole del hombro.

Su mente le hizo una mala pasada y vio la mano de la chica llena de mordiscos. Se apartó de ella, confusa e intentó serenarse.

—Todo a pasado, ya estás despierta —Liam estaba a su lado, sonriendo.

Asintió y miró a Maggie.

—Lo siento, Maggie —le dijo avergonzada.

—No te preocupes —dijo la chica y sonrió—. Todos tenemos pesadillas desde que el mundo se fuera a la mierda.

Claire ladeó la cabeza; con esa expresión, le había recordado a Tim. A su alrededor, los demás la miraban con compasión. Sophia abrazó a Victoria, que parecía asustada.

—No te preocupes, cielo, la tía Claire ha tenido una pesadilla —le dijo y miró a su hermana—. ¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, sólo ha sido eso —Claire buscó una botella de agua en la mochila, la cogió y le dio un largo sorbo—. No te preocupes, Victoria, todo está bien.

—Yo tengo pesadillas con esos monstruos también —dijo la pequeña aferrándose a su madre.

—Estás a salvo, Vicky. No permitiremos que te ocurra nada, cielo —dijo Sophia con dulzura.

La niña la miró y le dio un gran abrazo.

—Sois como los héroes de mis cuentos, que matan a los malos —dijo y miró a todos.

—Eso es, pequeña —dijo Tim sonriendo y le acarició el pelo a la niña.

Parecía que Victoria se había ganado el corazón de todos, aunque a Claire eso no le extrañaba. «Es una buena niña —pensó—. Me recuerda a Soph de pequeña». Miró

a su hermana, que a ratos parecía ausente.

—Bien, debemos pensar en nuestro siguiente movimiento. El sol ha salido y los zombis no tardarán en llegar.

—¿Por qué crees eso, Tim? —preguntó Liam.

—Porque nos estaban siguiendo. Y dudo que desistan a no ser que les despistemos o encontremos un lugar lo suficientemente seguro que aunque una horda intente romper los muros, se les caigan las manos antes de conseguirlo.

—Tiene razón —dijo Claire, ya serena—. Los escuchaba mientras veníamos hacia aquí.

—Pero este sitio es seguro —dijo Sophia «Ya estamos —pensó Claire—. Lo de siempre».—. Tiene muros sólidos.

—¿Estás dispuesta a vivir en un sitio lleno de cadáveres? —Liam la miró con desagrado—. Prefiero buscar otro sitio a seguir oliendo a muerto todo el día.

—Pero si ese hedor está por todas partes —dijo Lena—. Aquí estamos a salvo.

—No es lo mismo —Maggie suspiró—. Esos no son zombis, son gente muerta. Se han suicidado, por el amor de dios —Negó con la cabeza—. No podemos quedarnos, necesitamos un sitio donde podamos ver lo que ocurre en el exterior. Aquí encerrados nos pueden atrapar.

—Estaríamos en una ratonera —añadió Tim—. Como bien dice Maggie, no podemos quedarnos.

—¿Y dónde vamos? Puede que ese pueblo al que queréis ir esté invadido por zombis —dijo tajantemente Sophia.

—Puede, pero habrá casas donde escondernos. Tienen un colegio con grandes muros, y una comisaría de policía. Y podríamos saquear los comercios. Ravens Falls es pequeño, no tenía demasiados habitantes, seguro que muchos se largaron cuando todo esto empezó —Maggie hablaba con entusiasmo.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Lena.

—Si me equivoco, pasamos de largo —Maggie sacó una chocolatina de la mochila y empezó a comérsela—. El desayuno.

Claire sacó otra, y vio a Ted coger unas galletas rellenas de chocolate.

—Hay que intentarlo, es mejor que quedarnos aquí —dijo Ted desenvolviendo las galletas.

—¿Y si votamos? —preguntó Sophia—. Sería lo justo.

—De acuerdo —Tim suspiró—. Joder, para eso estamos, aunque pensé que era obvio que la mejor opción es irse de aquí lo antes posible —Miró a todos negando con la cabeza—. Bien, ¿quién quiere quedarse?

Sólo Sophia y Lena levantaron las manos. Victoria vio a su madre hacer eso y la imitó. El resto se mantuvo en silencio.

—Ya hemos votado, ¿contenta? —dijo Tim irónicamente. Sophia le miró con desagrado—. Bien, ahora la cuestión es, ¿cuándo nos vamos?

—Podríamos descansar un día —contestó rápidamente Claire—. Para reponer

fuerzas —Miró a Ted—. Sería lo mejor.

—Estoy de acuerdo —Liam apretó las manos—. Comemos, miramos en el mapa donde se encuentra ese dichoso pueblo, dormimos y nos ponemos de camino.

—Está bien —dijo Sophia aún con cara de enfado.

El resto asintió o levantó el pulgar en señal afirmativo.

Desayunaron charlando entre ellos. Lena y Sophia estaban en el sofá y hablaban en voz baja; habían decidido hacer una especie de club, «El club de los que han perdido a un ser querido —pensó Claire—. Como si el resto no nos hubiera pasado lo mismo». Victoria estaba entre ellas, jugando con una de sus muñecas. Ted descansaba en un sillón ajado que las sombras ocultaban en un rincón de la estancia.

Liam, Tim, Maggie y ella miraban el mapa de Maine, intentando pensar cual sería el camino más seguro para llegar a Ravens Falls.

—¿Y si vamos por la autopista? —propuso Maggie—. No por ella, pero por los laterales, así iríamos directamente.

—Es buena idea —afirmó Tim—, pero también peligrosa.

—¿Y por esta pequeña carretera que hay aquí? —Liam señaló el lugar en el mapa—. El camino será algo más largo, pero habrá menos posibilidades de que nos crucemos con zombis.

—Es un buen camino —dijo Claire—, y si las cosas se ponen feas, podemos ocultarnos por el bosque.

Asintieron.

—La escuela está aquí —Maggie señaló en el mapa un lugar en medio del pequeño pueblo—. Como ya he dicho, tiene buenos muros.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Claire con curiosidad.

—Trabajaba allí —contestó con tristeza—. Era maestra de primaria antes de que los zombis llegaran.

Claire sonrió.

—Es un buen trabajo.

—Era.

—Bueno, volvamos al mapa —dijo Tim entornando los ojos—. Vamos por la carretera secundaria que Liam ha propuesto. Una vez en Ravens Falls, nos dirigimos directamente a la escuela. ¿Os parece bien?

De nuevo, asintieron. El resto del día lo pasaron descansando. Claire se paseó por la rectoría. Ojeó los libros que el antiguo cura tenía en la pequeña biblioteca. La mayoría eran religiosos, pero encontró alguno de Shakespeare.

Ted descansó casi todo el día. En uno de los momentos en los que abrió los ojos, Claire le había contado el plan; su hermano se limitó a asentir y mirar a Sophia.

Había una puerta al fondo que resultó ser el baño. Gracias a él, pudieron asearse y hacer sus necesidades sin preocupaciones. «Un día de estos, nos faltará y tendremos que escondernos en el bosque para mear», pensó Claire lavándose las manos.

En la cena, Tim explicó a todos los planes que tenían. Liam, Claire y Maggie

asintieron, al igual que Ted; Sophia y Lena escuchaban en silencio.

—Bien, ¿qué os parece? —preguntó Tim.

—Bien —se limitó a contestar Sophia.

—¿Nada más? ¿Dudas, sugerencias? —dijo mirándola fijamente.

—No, se ha votado y haremos lo que digáis —contestó Lena con un deje de reproche en la voz.

Claire suspiró. No le gustaba como se estaban comportando las dos. «Tendremos que hablar con ellas en cuanto tengamos oportunidad. Deben parar de compadecerse a sí mismas».

Después de la cena, que consistió en una lata de atún, otra de alubias y un refresco para cada uno, volvieron a hablar entre ellos.

Sophia y Lena volvieron a apartarse del grupo.

—Hay que hablar con ellas —dijo Claire.

—Sí, sería lo mejor —Liam se sentó a su lado—. Pero será mejor dejarlas durante un tiempo. Que se calmen las cosas.

—Tiene razón —dijo Ted que se había unido a ellos.

—No, no la tiene —Claire negó con la cabeza—. Esta situación les supera. Pero eso nos pasa a todos. No pueden comportarse como si ellas fueran las únicas que han sufrido con todo esto.

—Es cierto —dijo Tim—. Todos hemos sufrido pérdidas y seguimos luchando por sobrevivir.

Liam asintió.

—Pues hablemos con ellas —Maggie las miró.

—Mejor cuando estemos en el pueblo —dijo Ted y miró a su hermana—. Sólo pido eso, un poco de tiempo.

Claire meditó unos segundos. El resto esperó su respuesta.

—Está bien.

Se fueron a dormir, haciendo las mismas guardias que la noche anterior. Claire se apoyó contra la puerta, con el hacha en la mano.

—Despiértame, ¿eh? —dijo Liam.

—Claro —sonrió.

Miró al grupo; su hermana dormía abrazada a Victoria. El resto, en solitario. Se fijó en ellos, muchos tenían pequeños espasmos, y Claire dedujo que al igual que ella, sufrían malos sueños.

Pasada su guardia, despertó con cuidado a Liam, que se levantó con cara de sueño, Claire y se tendió en el suelo. Intentó dormir, esperando no tener pesadillas aquella noche.

Capítulo 30

Prepararon las mochilas y recogieron los envoltorios de la comida que consumieron durante las horas que estuvieron en ese lugar.

Claire observaba a su hermana guardar una de las muñecas de Victoria en silencio; tenía todas las cosas esparcidas por el sofá como hacía en los viejos tiempos. Había decidido hablar con ella antes de partir a Ravens Falls y debía encontrar el momento adecuado.

—¿Vas a hacerlo ahora? —preguntó Ted acercándose a ella.

—Sí, no hay un momento mejor —Sonrió a su hermano y fue hacia Sophia.

En un principio, hizo como que no la veía. Seguía guardando cosas en la mochila sin prestarle atención.

—Soph, tengo que hablar contigo.

—¿Qué quieres? —dijo sin ni siquiera mirarla. Claire suspiró.

—Sólo hablar —hizo una pequeña pausa—. Sé que todo lo que ha ocurrido te hace sentir mal, pero no eres la única que sufre. Ni Lena tampoco. Aquí hay gente que también ha visto morir a sus seres queridos o que ni siquiera saben donde están.

Sophia la miró. No parecía enfadada, pero si había dolor en sus ojos azules.

—Lo sé, Claire, pero no lo puedo evitar —Dejó la mochila y se sentó en el sofá—. Parezco egoísta, y no me gusta. Parece como si sólo me preocupara por mí, pero no es así —Las lágrimas le cubrieron el rostro—. Me preocupáis todos. Victoria, Ted, tú. Sois mi familia. También me preocupo por ellos —Señaló al resto que intentaban disimular que estaban escuchando—. Son buena gente y ayudaron a Owen y a Victoria cuando lo necesitaron —Respiró hondo—. Yo... yo lo siento —Se cubrió el rostro con ambas manos.

Claire se sentó a su lado y le rodeó los hombros con un brazo.

—No llores, Soph, no pretendía —«¿Qué no pretendía? ¿Disgustarla? Pensé que se enfadaría, no que lloraría mientras me daba la razón», pensó y miró al suelo—. No pretendía herirte, solo que te calmaras y no estuvieras siempre a la defensiva.

—Es mi manera de enfrentarme a esto, supongo —Sophia cogió a Claire del rostro y sonrió con tristeza—. Siento ser una carga.

Claire negó con la cabeza y la abrazó.

—No lo eres.

Las dos hermanas se abrazaron en silencio.

—Eh, yo también quiero un abrazo —dijo Ted rodeando a las dos.

—Me apunto —dijo Liam.

—Y yo —añadió alegremente Victoria.

El grupo entero se fundió en un gran abrazo. «Todos lo necesitamos. Nos sentimos tan solos en este mundo de muerte».

—Ya está bien, cabrones, que me vais a hacer llorar —dijo Tim apartándose y riendo—. Siento ser un aguafiestas pero hay que irse.

Todos asintieron y siguieron preparando sus cosas. Se pusieron las armas en lugares accesibles para tenerlas siempre a mano; Claire colgó el hacha en el cinturón.

—Me alegra que hablaras conmigo —Sophia aún se limpiaba el rostro con la manga.

—Y yo —dijo Claire sonriente.

Cuando acararon, repasaron rápidamente el plan.

—Bien, todo sabéis donde vamos, ¿no? —Tim sacó el mapa y lo mostró—. Si Maggie tiene razón, allí estaremos seguros, al menos por un tiempo.

—La tengo y lo verás —dijo la joven sonriente. Tim entornó los ojos con una tímida sonrisa en los labios.

—¿Preguntas? —Nadie dijo nada—. Entonces, larguémonos de aquí.

Salieron de la rectoría en silencio. La iglesia seguía llena de muertos que habían asistido a un último sermón en el que la carne de Cristo fue un tiro en la cabeza.

Dos zombis, uno grande y bajito con un peto de granjero y camisa a cuadros al que le faltaba media cara, y una mujer anciana a la que le habían arrancado los dos brazos, deambulaban sin rumbo entre los bancos de madera; parecían no tener interés en los cadáveres abandonados. «Se ve que sólo les gusta la carne fresca».

Se percataron en ellos y fueron torpemente en su dirección. Tim, que iba el primero, sacó un martillo de la mochila y le asestó un fuerte golpe en la cabeza al zombi que tenía más cerca. Maggie, armada con su inseparable escopeta, le dio con la culata en la sien a la mujer. Tuvo que darle varias veces hasta que el cráneo se rompió en mil pedazos y la sangre coagulada manchó el suelo sagrado.

—Menuda bienvenida —dijo Liam pasando por el lado de los zombis.

—Será despedida —puntualizó Claire.

Salieron del lugar; era una mañana despejada de otoño, con un tímido sol que bañaba los campos dorados de hierba. «Tenemos que encontrar un sitio seguro antes de que llegue el invierno —pensó Claire—. Si no, no sobreviviremos».

Se alejaron del terreno de la iglesia en dirección a la carretera secundaria que les llevaría a Ravens Falls.

—¿Está muy lejos? —preguntó Lena.

—A un día de camino —contestó Maggie—. Creo que no llegaremos más tarde de las doce.

—Espero que antes —dijo Tim—. No quiero encontrarme con esos hijos de puta por la noche.

Sophia le miró con reproche y señaló con la cabeza a Victoria. Tim hizo una mueca como disculpa.

Se adentraron de nuevo en el bosque. El terreno se encontraba embarrado y húmedo por culpa de las lluvias que habían assolado Maine los días anteriores. Los árboles eran altos y sus hojas empezaban a obtener los colores otoñales.

Tuvieron un par de sustos por el camino. Un grupo pequeño de zombis les sorprendió mientras comían, pero Ted y Claire, que eran los vigilantes en ese momento, avisaron con tiempo y pudieron acabar con ellos sin usar armas de fuego. Habían acordado sacarlas solo en caso extremo, ya que el sonido del disparo les atraía.

Llegaron a la carretera. El tramo que encontraron parecía abandonado y caminaron por el suelo de asfalto para amortiguar el sonido de las pisadas.

—¿Crees que nos verán más fácilmente? —preguntó Ted.

—Puede, pero nosotros también a ellos —contestó Claire.

Se encontraron con un coche con las puertas abiertas. Tim hizo un gesto para que se detuvieran.

—Voy a investigar —dijo y se alejó de ellos.

—Te acompaño —Claire le siguió y se puso a su lado—. ¿Crees que corremos peligro?

—Nunca se sabe —La miró—. No quiero perder a nadie más.

Claire asintió, sacó el pequeño hacha del cinturón y lo agarró con fuerza. Desde su perspectiva, el viejo Ford plateado no ofrecía ningún peligro. La puerta del conductor estaba abierta y las llaves puestas. Lo rodearon y Claire se llevó una mano a la boca conteniendo un grito.

En la parte que quedaba oculta, vieron a una mujer con un mordisco en el gemelo derecho que devoraba con avidez el cuerpo de un niño de no más de seis años. Claire los observó, hipnotizada. Tenían el mismo color de pelo y la misma nariz. La mujer se estaba comiendo a su propio hijo.

Tim la apartó y empezó a golpear la cabeza del zombi con furia. Cayó sobre ella como un rayo, fulminándola con una mirada llena de resentimiento. Le destrozó el cráneo y el cerebro, oscuro y podrido, quedó esparcido por el asfalto. Siguió martilleando hasta que Claire puso una mano en su hombro. «Le ha pasado lo mismo que a Ted». Recordó a la mujer que había entrado en el jardín. Ted la golpeó sin tregua hasta que ella le detuvo. La desesperación y el odio se apoderaba de ellos en ese mundo cruel.

—Debemos seguir, ¿recuerdas? —le dijo con suavidad. Tim asintió.

—Yo... —Se detuvo y negó con la cabeza—. Putos zombis —Se levantó y miró al resto—. Podemos seguir.

El grupo pasó por su lado. Tim y Claire ocultaron la dantesca escena con las piernas. Salvo Liam, ninguno mostró interés por lo que había ocurrido.

Prosiguieron el camino hacia Ravens Falls. Esperando encontrar un lugar en el que poder descansar.

Capítulo 31

Siguieron caminando durante varias horas por la carretera. El aire era cada vez más frío, y la humedad de los bosques de Maine se podía casi tocar con las manos. El cielo era de un azul añil, y en pocos minutos todo estaría sumido en una oscuridad donde las estrellas serían los únicos testigos del mundo.

—Tenemos que parar —dijo Tim con resignación—. Dentro de poco será de noche y no veremos nada.

—¿Y qué haces, entonces? —preguntó Claire mirando a su alrededor—. Estamos en una zona demasiado descubierta, nos verán.

—Podríamos ocultarnos en el bosque —propuso Liam—, apartarnos de la carretera, creo que será lo más seguro.

—Sí, pero, todo estará demasiado oscuro —dijo Lena nerviosa.

—Podemos coger unas latas de comida vacías, ponerles piedras dentro y dejarlas a nuestro alrededor —Maggie cruzó los brazos sobre el pecho—. Así si vienen, las tirarán y les escucharemos.

—Me gusta esa idea —Claire sonrió.

—Bueno, algo es algo —Tim meditó unos segundos—. Qué demonios, se puede intentar.

—A parte, harías guardia como de costumbre, ¿no? —preguntó Ted.

—Claro, cuanto más nos preparemos, mejor —sentenció Tim—. Pues vamos a prepararlo todo antes de que anochezca del todo.

Se adentraron en el bosque. La tierra estaba aún blanda y las hojas de los pinos crujían bajo sus pies.

Escogieron un lugar cercano a la carretera y prepararon el perímetro con las latas. Después, asignaron los turnos; Maggie y Liam harían el primero. Victoria quería saber por qué se apartaban de la carretera, y Sophia le dijo que iban de excursión.

—Pero es una excursión especial, cielo —le dijo con tono maternal—, hay que estar muy callado y hacer caso a los mayores.

Victoria asintió con una sonrisa, y se quedó sentada donde Sophia podía verla.

Claire se acercó a su hermano, que parecía cansado.

—¿Te encuentras bien, Teddy?

—No me llames así —Le sacó la lengua—. Y sí, sólo estoy un poco cansado.

—¿Cómo tienes el brazo? —preguntó Claire preocupada.

—Bien.

—Mentira —Se acercó y se lo cogió.

Ted intentó apartarse, pero emitió un gemido de dolor y dejó que se lo examinara.

—Sigue algo infectado —Negó con la cabeza y suspiró—. Tendrás que tomar de nuevo la medicación.

—Ya, cuando lleguemos a ese maldito pueblo, dejaré que me cuides como a un bebé —dijo su hermano sonriente—. Pero de momento, no digas nada, ¿vale? No quiero ser el débil del grupo.

—Sabes que no lo eres, hermanito —Claire sonrió. «Ted siempre tan bromista».—. Está bien, pero tómate estas pastillas cada ocho horas.

Sacó un frasco naranja de la mochila y se lo tendió.

—Eres la mejor, Claire —dijo y le guiñó un ojo.

Claire le revolvió el pelo y miró a su alrededor; todos estaban cenando y entablaban cordiales conversaciones. Vio que Lena estaba algo apartada del grupo, mirando hacia el bosque. Se acercó a la joven.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Claro —Lena la miró—, aunque estaba pensando en dar un paseo antes de que no podamos ver nada.

—Te acompaño —dijo Claire y las dos se levantaron—. Me vendrá bien estirar las piernas. Además, es mejor que salgamos de dos en dos, por si acaso algún zombi decide pasar a saludar.

Pasearon entre los grandes árboles. La maleza ensuciaba los zapatos, y los animales que quedaban despiertos emitían un tímido concierto.

—Con el tiempo, el dolor pasará —dijo Claire sin mirarla.

—Lo sé, pero aún es tan reciente —Lena se apoyaba en los árboles al pasar entre ellos—. Era tan pequeño.

—Lo sé, y lo lamento —Claire no sabía qué más decir. Quería reconfortarla, pero creía que lo mejor es estar a su lado y dejar que la joven se desahogara.

—Con toda la gente mala que hay en el mundo, y tuvo que pasarle a Thomas —La miró—. ¿Sabías que quería ser paleontólogo? Le encantaban los dinosaurios.

Claire sonrió y la miró.

—Era un buen chico.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo una voz desconocida.

Claire y Lena se pararon en seco. Delante de ellas, un grupo de cuatro hombres se encontraban sentados preparando una hoguera.

—Carne fresca, Jimmy —dijo otro y se levantó del suelo.

El que estaba intentando prender fuego a las ramas lo consiguió y la luz inundó el lugar. Claire consiguió verlos con claridad; eran tres hombres de mediana estatura y dos altos. El que había hablado primero era calvo y las miraba con lascivia. Detrás de ellos, pudo ver a una mujer de piel de ébano semidesnuda atada a un tronco. Las miraba suplicantes.

—Ponte detrás de mí —le dijo a Lena y la chica obedeció.

—De eso nada —Otro de los hombres, uno de los altos que tenía un notable sobrepeso las miró y sonrió—. Traedme a la jovencita.

—¡No! —gritó Claire—. ¡Corre!

Pero era tarde. Dos cogieron a Lena y uno la sujetaba a ella poniéndole los brazos

tras la espalda.

La llevaron ante el que parecía el jefe y la empezaron a desnudar.

—Joven, me gusta —dijo quitándose los pantalones y poniéndose sobre ella—. Nos lo vamos a pasar genial.

Empezó a violarla entre los gritos de súplica de la chica.

—¡No! Por favor, ¡parad! ¡No es más que una niña! —Claire intentaba zafarse de su captor.

Cuando terminó, uno de los que la cogían se turnó con el jefe y volvieron a violarla.

A Claire le temblaron las piernas y hubiera caído al suelo si no fuera por el hombre que la sujetaba.

—No te preocupes, cariño, luego vas tú —le susurró al oído con voz pastosa.

—¡Sois unos monstruos! —dijo entre lágrimas.

El tercero empezó su trabajo y se sumó el cuarto. Todos reían y empezaron a beber alcohol como si celebraran lo que estaban haciendo. Cuando acabaron con Lena, la chica estaba en el suelo manchada de sangre y semen. Lloraba sin parar, acurrucada en la tierra.

El jefe se acercó a Claire y empezó a bajarse los pantalones de nuevo.

—Y ahora te toca a ti —dijo y gritó de dolor.

Se tocó la parte de atrás de la cabeza. Claire vio a Lena semiincorporada, con los pechos desnudos y temblando, con una piedra en la mano.

—¡Serás puta!

El jefe sacó un cuchillo de cazador del cinturón y se acercó a Lena amenazante.

—No, no, ¡no! —imploró Claire.

El hombre cogió del pelo a la joven, le echó la cabeza hacia atrás y la degolló sin pestañear. Claire se derrumbó. No podía dejar de llorar. Otro de los hombres la cogió de la espalda mientras el jefe se acercaba limpiándose la sangre de Lena en el pantalón.

—Se buena, ya has visto lo que le pasa a las chicas malas.

—Hijo de puta —Era una voz familiar.

Claire tenía los ojos puestos en el cadáver de su amiga. Escuchó el sonido de un disparo rozarle la oreja, y el jefe de los violadores cayó ante ella. Los que la tenían sujeta la soltaron y Claire se derrumbó.

Se giró y vio a Liam, Tim y Maggie disparar a todos los hombres que habían violado a Lena. Liam se acercó a ella y Claire lo abrazó.

—Ya estás a salvo —le dijo acariciándole el pelo.

—No, jamás lo estaremos —Claire estaba destrozada.

El chico la abrazó aún más y notó como su corazón iba a mil por hora.

—Dios mío —Oyó decir a su espalda y miró hacia atrás.

Tim estaba soltando a la mujer del árbol y Maggie se quitaba la chaqueta para dársela. La mujer se abalanzó sobre ellos.

—Gra-gracias. Muchas gracias —dijo abrazando a Maggie.

—Tranquila, ya ha acabado.

La mujer asintió y entre Tim y Maggie la ayudaron a caminar. Llegaron a la altura de Liam y Claire.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Tim—. Hemos hecho demasiado ruido. Y eso atraerá a los zombis.

Claire asintió y miró de nuevo a Lena.

—A-alguien tiene que... —No pudo terminar la frase.

—Lo haré yo —Maggie fue hacia la joven.

—Mejor no mires —le dijo Liam y la aferró aún más sobre su pecho.

—Lo siento —dijo Maggie.

El sonido del disparo llegó a los oídos de Claire, que abrazó a Liam con fuerza.

—Vayámonos de aquí —dijo Tim y todos obedecieron en silencio.

Capítulo 32

—¿Pero qué demonios ha pasado?! —Ted fue corriendo hacia Claire y la abrazó.

El camino hacia el campamento se hizo en absoluto silencio. La mujer que habían rescatado fue custodiada por Maggie y Tim en todo momento; y ella no se separó de Liam, que no dejaba de repetirle que todo iría bien.

Claire abrazó a su hermano y empezó a llorar de nuevo.

—¿E-estás bien? —preguntó con timidez.

Sophia se acercó a ellos y le acarició la cabeza sin decir nada. Victoria le cogió de las piernas con fuerza.

—No llores, tía Claire.

Claire respiró hondo tratando de serenarse, no quería asustar a la pequeña.

—Es mejor que te sientes —Liam la condujo a un tronco caído en el suelo—. Traed agua —dijo con firmeza.

Se sentaron y Ted le trajo una botella de agua con rapidez. Claire la sostuvo entre las manos; se dio cuenta de que estaba temblando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ted a Maggie—. ¿Do-dónde está Lena? —añadió en un susurro.

—No estoy sorda —dijo Claire. Aunque no pretendía ser grosera, el tono sonó demasiado seco en su garganta—. Está muerta.

Ted se llevó una mano a la boca, conmocionado. Sophia abrazó de nuevo a su hermana, intentando protegerla como si de una niña desvalida se tratara. Claire la miró, secándose las lágrimas del rostro.

—Estoy bien —dijo y dio un largo trago de agua—. Nos atacaron. Un grupo de hombres, Lena... —No pudo continuar.

—Hijos de puta —Tim cruzó los brazos y se acercó a ella—. ¿Te tocaron?

—No les dio tiempo.

La mujer desconocida se encontraba en el suelo, apoyando la espalda en un basto tronco. Claire vio como Maggie le daba ropa limpia.

—¿Estás herida? —le preguntó.

—Ahora estoy bien —respondió esbozando una triste sonrisa en los labios.

—¿Desde cuándo...? —empezó a preguntar, pero no le pareció oportuno terminar.

—No lo recuerdo, ¿semanas? —Negó con la cabeza—. Fue algo parecido a lo que os ha pasado a vosotras —Hizo una pausa. Tenía un nudo en la garganta—. Nos alejamos un poco de nuestro grupo. Mi novio y yo. Y entonces aparecieron. A Kevin le obligaron a mirar mientras... —Miró a Victoria. Sophia la cogió en brazos y se la llevó a parte—, mientras me violaban. Después, le cortaron la cabeza con un hacha. Entonces fue a mí a quién le forzaron a hacerlo —Se derrumbó. Maggie la abrazó.

—Tranquila, ya no pueden hacerte más daño. Esos cabrones están muertos.

—Lo sé —Bajó la mirada—. ¿Podrías darme algo de comer?

—Eso ni se pregunta —Tim cogió una de las latas de su mochila y se la tendió. Maggie le dio una botella de agua y Ted, un paquete de galletas.

Claire observaba todo, ausente. Sentía a Liam a su lado, tratando de reconfortarla. Sophia jugaba con Victoria, pero tenía los ojos puestos en ella. «Han matado a Lena —pensó—. Han violado y asesinado a una chica inocente, en medio de un mundo corrompido. Hijos de puta. Malditos hijos de puta». Su mente repasaba todo lo ocurrido; la charla con Lena, la sorpresa inicial de encontrar gente nueva, y el ataque. Como cogieron a la joven entre cinco hombres adultos y rompieron su cuerpo. Cuando terminaron, quisieron saciar su libido con ella, pero Lena, malherida, lanzó una piedra al jefe del grupo. Éste, poseído por su demonio interior, la degolló como a un cerdo. Claire jamás olvidaría todo eso. La última vez que hablaron, Lena le contaba lo mucho que echaba de menos a Thomas, su hermano pequeño. Después, vino la emboscada. La violación. El asesinato.

Pero lo que quedó grabado a fuego en su memoria fue la mirada de Lena antes de morir. Esa mirada llena de odio, desesperación y miedo. Y cariño, había algo de cariño en esos ojos, en el momento en el que vio a Claire por última vez antes de caer dejando que la sangre recorriera todo su frágil cuerpo.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Ted mirándola con compasión.

—No tengo hambre, gracias.

Su hermano suspiró y se sentó a su lado. Sophia y Victoria se acercaron de nuevo al grupo. La niña fue directa hacia la desconocida.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Victoria con inocencia.

—¡Victoria! —dijo Sophia y la cogió de la mano—. No molestes —Miró a la mujer—. Lo siento.

—No lo sientas —la mujer sonrió—. Yo tenía una hija de su edad —Se mordió el labio y miró a la niña—. Me llamo Nora ¿y tú?

—Victoria —dijo la pequeña con una sonrisa.

—Él es Ted, y ella Claire —Les señaló—, son mis hermanos. Y ellos son Liam, Tim y Maggie —Les miró—. Nuestra nueva familia.

—Ojalá nos hubiéramos conocido en unas circunstancias algo, diferentes —dijo Tim—, y no en el jodido Apocalipsis.

Nora sonrió. Una sonrisa triste y melancólica que Claire sabía que le acompañaría toda la vida. «De algo así no te recuperas nunca». Miró a Nora. Se encontraba atada por las muñecas a un árbol cuando la encontraron; las tenía despellejadas. Su cuerpo estaba lleno de cortes, magulladuras y golpes, y a pesar de estar físicamente malherida, su estado mental después de las violaciones, vejaciones y humillaciones que Claire suponía que habría sufrido, sería lo que le dejaría secuelas más profundas.

—Necesito descansar —dijo a Liam. Asintió—. Gracias por todo.

El joven la besó la frente y sonrió.

—Descansa.

Claire se levantó, extrajo el saco de dormir de su mochila, y se acurrucó en él deseando apartar los pensamientos de lo vivido de su mente. No podría dormir aquella noche, pero quiso desconectar del mundo que la rodeaba. «Todo está podrido. Y no sólo los muertos; los vivos son peores, más crueles y sádicos. Los zombis han sacado lo peor del ser humano».

Capítulo 33

Alguien le sujetaba los brazos. Claire se retorció y gritaba, pero nadie acudía en su ayuda. Un hombre se puso ante ella y le arrancó la ropa un movimiento rápido, dejándola completamente desnuda. Era grande, alto, y su cara se encontraba oculta por las sombras.

—No, por favor —suplicó entre lágrimas.

El hombre sonreía mientras se quitaba los pantalones y la ropa interior. A su espalda, las risas de los que observaban la escena llegaban a sus oídos tan penetrantes como el sonido de afilar cuchillos. El hombre se abalanzó sobre ella y trató de embestirla con fuerza. Al verle la cara, Claire comprobó que le faltaba parte de la mejilla; era un zombi.

Gritó con todas sus fuerzas y se despertó en medio de sudores fríos.

—Tranquila, sólo ha sido una pesadilla —Liam trataba de calmarla.

Se incorporó y miró a su alrededor. Maggie hacía guardia delante de ellos, e intentaba no mirarles. Sus hermanos la observaban en silencio. Victoria abrazaba a su madre con fuerza mientras ésta le acariciaba la cabeza. Tim custodiaba a Nora, que dormía, o eso parecía, envuelta en su saco de dormir.

—Pe-perdón —dijo Claire.

Liam se encontraba a su lado, la rodeó con los brazos y la abrazó. El resto retomaron sus actividades, tratando de dar un poco de normalidad a la situación.

—Ya ha pasado. Aquí estás a salvo.

Apoyó la cabeza sobre el pecho del joven y escuchó el latido de su corazón. Era fuerte y constante. Claire se tranquilizó, dejando que el sonido rítmico la envolviera y apartara de su mente todo lo que la rodeaba.

Miró al cielo y comprobó que estaba amaneciendo. El naranja era cada vez más presente y apartaba al azul añil de la noche. Claire se quedó abrazando al chico hasta que todos despertaron.

—Es hora de irse —Tim se dirigía a todo el grupo—. Hay que llegar lo antes posible a Ravens Falls —Se acercó a Claire—. ¿Cómo te encuentras?

—Salvo por la pesadilla, bien —dijo y se alejó de Liam—. Gracias —se encontraba avergonzada.

Liam la miró y sonrió.

Recogieron sus pertenencias y fueron hacia la carretera. El asfalto estaba aún frío y amortiguaba el sonido de sus pisadas.

—¿Dónde está ese pueblo? —preguntó Nora al resto. Caminaba con dificultad.

—No muy lejos —Maggie se puso a su altura—. Hubiéramos llegado ayer si no oscureciera tan pronto.

—Es lo que tiene el otoño —dijo Ted sonriente—. Días fríos y oscuros. Y

humedad. Mucha humedad.

«Es tan parecido a Londres —pensó Claire. A su mente le llegaron los rostros envejecidos de sus padres—. Están muertos. Seguro que lo están».

—¡Esperad un momento! —Tim se detuvo en seco—. Oigo algo.

Todos pararon. Claire buscó a Liam con la mirada, aunque no tardó mucho en encontrarlo; el chico se encontraba justo detrás de ella, custodiándola.

Victoria se aferró fuertemente a las piernas de Sophia. Nora se cubrió el rostro con las manos, parecía aterrada. Ted y Maggie sostuvieron en alto sus armas.

A lo lejos, les llegó el sonido de pisadas acompañadas de voces desconocidas.

—Escondeos —Tim les señaló el bosque—. Yo me ocupo.

—Te acompaño —dijo Claire, pero en segundos se arrepintió. Siempre había sido la primera en ofrecer ayuda, pero después de lo ocurrido el día anterior, no quería encontrarse con nadie.

—No —dijo secamente Tim.

—Voy yo —se ofreció Maggie.

—Bien, el resto, detrás de esos arbustos.

Todos obedecieron. Liam sacó una pistola de su mochila.

—Por si las cosas se ponen feas.

Desde donde se encontraban, tenían una vista perfecta. Veían a Maggie y Tim esperando a los extraños.

En unos minutos, un grupo de tres personas apareció por la carretera; eran dos hombres y una mujer. Claire agudizó la vista. Uno de los hombres era alto, moreno e iba armado con un rifle de caza. El otro, era de estatura media, joven y de pelo claro. La mujer era una chica de cabello morado descolorido y ropa roquera.

—Hola —saludó la chica y se acercó a Maggie y Tim—, qué bien encontrar más gente viva —Sonrió y apoyó una pequeña pistola en la cadera.

Claire podía escucharlo todo con claridad. «Espero que no ocurra nada mal».

—Ten cuidado, Tatiana, no les conocemos —dijo el hombre del rifle con voz grave.

—Ya, ni nosotros a vosotros, no te jode —le espetó Tim con su cordialidad de siempre. Maggie puso una mano en el brazo de Tim.

—¿A dónde vais? —dijo el chico joven.

—¿Y vosotros? —preguntó Maggie abrazando su escopeta.

El hombre suspiró y negó con la cabeza.

—Nos dirigimos a Augusta —dijo la chica sin titubear—. Mi nombres Tatiana, por cierto, y ellos son Clay y George.

—Él es Tim y yo, Maggie —dijo con tono amigable—. ¿Por qué vais a Augusta?

—Para intentar encontrar un lugar seguro, si es que aún queda alguno —dijo el joven que resultó llamarse George.

—Venid con nosotros, si somos más, tendremos más posibilidades —dijo Tatiana.

—Queréis atravesar Bangor, ¿cierto? —Los tres asintieron—. Siento ser yo quien

tenga que decíroslo, pero es el puto infierno.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó Clay.

—A que está en llamas —añadió Maggie.

—Eso no puede ser verdad —dijo George con incredulidad.

—Venimos de allí —dijo Tim—. Mira, si queréis ir, vosotros mismos, pero nosotros no queremos tener que luchar con unos jodidos zombis carbonizados.

—Está bien —Clay miró a su grupo—. Pues adiós.

—¿Y si tienen razón?

—Tatiana, no les conocemos, puede que no sean de fiar —dijo George mirando a la chica—, y quiero comprobar si mi familia está bien. Y sé que tú quieres hacer lo mismo.

Tatiana suspiró y asintió.

—Tened cuidado —dijo Maggie.

—Lo tendremos. Si no, no hubiéramos sobrevivido todo este tiempo —dijo Clay y se despidió con un gesto de la cabeza.

Los dos jóvenes le imitaron y se alejaron.

Claire seguía agazapada entre la húmeda hierba con el resto del grupo. Pasados unos minutos, Tim les hizo una señal para que salieran.

Volvieron a la carretera; ya no había rastro del pequeño grupo.

—Han hecho bien —dijo Claire.

—¿Pero qué dices? Si ya sabes que Bangor está destruida —Tim la miró confuso.

—No lo digo por eso —Le miró—. Han hecho bien en no fiarse. Es mejor así.

Sophia puso una mano en el hombro de su hermana. Claire sonrió.

Tim asintió y miró al horizonte.

—Es mejor que sigamos nuestro camino —dijo y empezó a caminar—. Quiero estar allí a la hora de comer.

El grupo prosiguió su camino. Les quedaba muy poco para llegar a Ravens Falls. «Esperemos que sea mejor que Bangor —pensó Claire—. Necesitamos un lugar en el que poder descansar un par de días y poder llorar a nuestros muertos».

Capítulo 34

Caminaron durante un par de horas. Tuvieron que sortear algunos vehículos abandonados por el camino y ocultarse de zombis extraviados. Había uno debajo de una motocicleta, atrapado por el peso de la rueda delantera. Tim le asestó un fuerte golpe en la cabeza sin ni siquiera mirarle.

Claire le observó al pasar por su lado. Era un chico joven, de la edad de Liam, tenía puesto el casco y un mordisco en el cuello. «Seguramente trató de escapar —pensó—, sin saber que ya estaba condenado».

El cartel de Ravens Falls apareció; estaba destartado y manchado de sangre, algo que no auguraba nada bueno. Al lado, los cadáveres de un policía y una niña pequeña yacían en el asfalto pudriéndose bajo la humedad de Maine.

—Oh, cielos, ese es Martin —dijo Maggie arrugando la nariz—. Y ella Lilian. Iba a mi clase —Cruzó las manos sobre el pecho.

Siguieron el camino, ya entrando en el abandonado pueblo. Las calles estaban repletas de vehículos fantasmas y muerte. Varios cuerpos se encontraban tendidos en el suelo. A los lados, los pequeños comercios tenían los cristales reventados. El ambiente estaba cargado de un olor dulzón, desagradable. El hedor de la putrefacción.

—Podríamos ver si hay provisiones —propuso Ted.

—Podríamos —dijo Tim—. ¡Qué coño! Tienes razón.

Claire vio como su hermano sonreía.

—¿Vamos tú y yo? —le propuso con satisfacción.

—Es mejor que no vayas, aún tienes el brazo mal —dijo Claire preocupada.

—Ya está mejor, hermanita.

—Por si acaso, es mejor que esperes aquí.

—Ya iré yo —dijo Maggie—. Ya he estado en esta tienda, y recuerdo más o menos donde están las cosas. Será más rápido.

—Joder, eres una caja de sorpresas —Tim sonrió—. Vamos, entonces.

Los dos se alejaron, dejando al resto del grupo esperando.

—¿Y si vamos con ellos y les esperamos ante la puerta? —preguntó Claire—. Por si acaso.

—Sí, será lo mejor —Liam asintió y empezó a caminar.

—¿No será peligroso? —Sophia estaba asustada.

—Vosotras estaréis más atrás, contra la pared —Claire miró a su hermana—. No os va a pasar nada, te lo prometo.

Sophia asintió y siguió a Liam con Victoria de la mano. La niña estaba muy callada desde que su madre le dijo que no podía hablar a menos que ella se lo dijera. Algo que le costó cumplir al principio, pero que ahora tenía como costumbre.

Esperaron ante la puerta. Claire miró a través del marco del inexistente cristal; se

trataba de un pequeño colmado, y por lo que podía ver desde su posición, alguien antes que ellos ya lo había saqueado.

A los minutos, Maggie y Tim salieron con unas cuantas latas y bolsas de patatas.

—¿Eso es todo? —preguntó Ted.

—Eso, y un muerto en medio del pasillo central —dijo Maggie encogiéndose de hombros.

—¿Dónde se encuentra la escuela? ¿Crees qué será el mejor lugar para quedarnos? —Sophia la miró.

—Está a unos trescientos metros —contestó la chica con una sonrisa—. En unos minutos estaremos allí.

Sophia sonrió satisfecha. Claire miró hacia el horizonte. «Todo está demasiado tranquilo. No me gusta».

Se repartieron las latas y las bolsas. Claire se quedó una de las latas de macedonia, «Al menos, comeré algo de fruta».

Emprendieron el camino hacia la escuela de Ravens Falls con sumo cuidado. En las calles habían carteles que anunciaban una feria estatal. «No se pierdan la XI Feria Otoñal de Ravens Falls —leyó Claire—. Habrá concurso de tartas de calabaza y los Red Band tocarán sus mejores éxitos».

Claire no pudo evitar sonreír. Ese cartel era un recuerdo de un pasado que nadie recuperaría jamás. Ya no habría feria, ni concierto, ni concurso. Ahora los muertos devoraban a los vivos y eso era todo.

Habían más letreros a lo largo de los postes, pero no les prestó atención. Encontraron a varios zombis a los que le dieron la muerte definitiva con facilidad. Estaban ya muy cerca de la escuela, y Claire solo esperaba que fuera un lugar seguro.

Notó un movimiento a su izquierda. Se giró lentamente; un pequeño zombi les miraba con deseo. No tendría más de siete años, y tenía la ropa completamente empapada de sangre. Le faltaba el brazo derecho por completo.

Claire se detuvo en seco y el resto del grupo hizo lo mismo. El niño zombi se abalanzó sobre ellos con torpeza, y Liam se puso ante Claire para evitar que se le acercara. Lo apartó con facilidad y le clavó un pequeño hacha en el cráneo.

—Oh, no —dijo Sophia a su espalda—. Leed esto.

Señaló un cartel en la pared de ladrillo de lo que parecía un taller de coches con la verja bajada por completo.

«¡Aviso a la población! Debido al toque de queda que el gobierno ha instaurado en todo el país, hemos pensado que lo mejor para proteger nuestro pueblo es ir a un sitio seguro. Hemos habilitado el colegio de primaria para albergar a todos los habitantes de Ravens Falls, en el gimnasio se han instalado literas suficientes para todos. Sus grandes muros nos protegerán del peligro que asola el mundo.

Traed mantas, provisiones y todo lo que pueda ser útil para un largo

asedio. Esperaremos allí hasta que el ejército venga a ayudarnos.

Gracias por vuestra colaboración.

Finn Collins, Alcalde de Ravens Falls».

—Estamos jodidos —Tim fue el primero en hablar.

—Puede que estén vivos —dijo Ted. Claire sabía que ni él se creía eso.

—Viendo como está el pueblo, no lo creo —añadió Maggie mirando a los lados.

—Debemos ir a comprobarlo —propuso Claire.

—Pero será peligroso —dijo Sophia—. Estará repleto de esas cosas, acercarse sería un suicidio.

—O puede que nos den una sorpresa y estén vivitos y coleando y nos den una cálida bienvenida —dijo Tim con ironía—. Claro que será peligroso, pero debemos ir a comprobarlo.

—Tiene razón —Claire miró a todos—. Lo más seguro es que estén todos muertos, pero también que hayan sobrevivido. Tenemos que averiguarlo.

—Pues vamos —dijo Maggie—. Está a la vuelta de la esquina.

Siguieron a Maggie con las armas en la mano. Vieron el edificio en seguida. Era una gran construcción de ladrillo rojo, con grandes ventanas en los pisos superiores. La puerta de madera de la entrada parecía cerrada a cal y canto. La hierva que lo rodeaba estaba descuidada y alta, y no había ni un alma.

—¿Dónde se encuentra el gimnasio, Maggie? —quiso saber Claire.

—Por allí, en la parte de atrás.

Fueron con sumo cuidado, atentos a cualquier ruido o movimiento.

—Aquí —Maggie señaló hacia una pequeña ventana en el suelo.

Claire, Liam, Tim y Maggie se agacharon para ver el gimnasio. Estaba repleto de gente, aunque no viva. Los zombis vagaban sin rumbo fijo por la pista de *parquet*. Había cadáveres mutilados por todo el suelo, en tan mal estado que era imposible contar cuantos habían caído. Las paredes y las gradas estaban manchadas de sangre reseca y entrañas.

—¿Cómo está la situación? —preguntó Ted.

—Será mejor que encontremos otro sitio —dijo Claire levantándose de un salto —, y rápido.

Capítulo 35

—¿Pero a dónde podemos ir? —preguntó Sophia con preocupación.

—Podríamos intentar entrar en una de las casas, al menos por hoy —propuso Claire mirando al grupo—. Así deliberamos sobre nuestro siguiente paso.

Tim asintió. Volvió a contemplar el cristal que mostraba el gimnasio infestado de zombis; suspiró y se puso en pie.

—Creo que sería buena idea quedarnos en el pueblo, saquear todo lo que podamos y marcharnos a las afueras —dijo poniendo las manos sobre las caderas.

—Eso nos llevará tiempo —Ted apoyó la espalda contra la pared de la escuela.

—Claro, no digo de hacerlo todo hoy, pero sabiendo que la gente acabó aquí y de esta manera, seguro que dejaron cosas en sus viviendas y establecimientos. Y hay que aprovechar la ocasión.

—Puede que más gente tuviera esa misma idea —añadió Claire—, y no quede nada.

—Algo quedará, seguro —Maggie sonrió—. Es un pueblo pequeño, pero la gente habrá saqueado los comercios, dudo que visitara las casas. Y si lo han hecho, no tenemos nada que perder.

Claire asintió; sabía que tenía razón, además que no había otra opción.

—Bien, busquemos un buen sitio en donde descansar por hoy —Tim empezó a caminar.

El resto lo siguió. Claire vio como Maggie se ponía a su lado; la joven se convirtió con el tiempo en su mano derecha. Liam estaba junto a ella, en silencio. Sophia y Victoria iban cogidas de la mano, Nora iba sola, mirando a cada momento a los lados y Ted vigilaba la retaguardia.

Llegaron al centro del pueblo, y se detuvieron.

—Hay que escoger una —dijo Tim.

Las casas eran pequeñas edificaciones de madera y ladrillo. La parte baja solía corresponder a un comercio, y el rojizo de las paredes le daba un aire de normalidad siniestra al lugar. El segundo piso era de madera blanca y negra, con grandes ventanas cuadradas.

Pasaron por las calles manchadas de vísceras y sangre; en el asfalto se encontraban dibujadas huellas de neumáticos y varios coches habían chocado contra farolas o escaparates.

Vieron un par de zombis merodeando por el lugar, pero los despistaron con facilidad.

—¿Qué os parece esa? —Maggie señaló una pequeña tienda de pesca que parecía intacta.

—Podemos probar —Tim fue hacia el lugar y forzó la cerradura.

La puerta cedió en segundos. El cristal que separaba el interior de la tienda de la calle estaba lleno de huellas ensangrentadas, por lo que debían ir con mucho cuidado. La tienda parecía desierta salvo por el olor a muerte. Un cadáver se descomponía lentamente en el centro de la tienda. Estaba descuartizado y sus huesos e intestinos se encontraban a la vista de todos. Sophia tapó los ojos a su hija y la cogió en brazos.

—Ahora vamos a jugar —le dijo con cariño—. Cierra los ojos, y no los abras hasta que yo lo diga, ¿lo has entendido?

—Sí, mamá. —La niña obedeció.

Fueron a la parte trasera de la tienda, y encontraron lo que buscaban: una puerta hacia el piso de arriba.

—Cojamos algunas cosas —propuso Maggie—. Por si acaso.

Tim sonrió. Claire vio orgullo en sus ojos. Cogieron algunos cuchillos y un arpón, y abrieron la puerta.

Subieron lentamente por la escalera de madera. El crujir de la madera inundó el lugar, y Tim hizo un gesto de que fueran con más cuidado.

Al llegar al piso de arriba, encontraron el salón hecho un caos. La mesa descansaba sobre uno de sus laterales y las el fantasma de una comida casera estaba esparcida por toda la alfombra. El rojo decoraba las paredes y un hedor que arrugaba la nariz impregnaba la estancia.

—Hogar, dulce hogar —dijo Claire al ver la escena.

—Es mejor que nada —añadió Ted y miró por una de las ventanas—. Éste lugar tiene unas buenas vistas de la ciudad. Así podremos estar preparados para...

¡*Crack!* Algo se rompió tras ellos. Se giraron y vieron a una enorme señora con un harapiento y desgarrado pijama rosa y pantuflas de conejitos mirándoles con cara amenazante. Sus miembros estaban llenos de mordeduras y arañazos, y le faltaba un gran trozo de mejilla.

Comenzó a andar hacia ellos con torpeza. Maggie fue hacia ella y le dio un fuerte golpe en la cabeza con la culata de su escopeta. El cráneo de la mujer se partió en mil pedazos y sus sesos llenaron las paredes de rojo oscuro. El zombi cayó al suelo, abatido, y Maggie la volvió a golpear.

—Será mejor que la llevemos con su marido —dijo Tim—. Bajémosla al piso de abajo.

Entre Claire, Tim, Maggie y Liam bajaron a la oronda mujer y la tendieron cerca del propietario de la tienda.

—Lo siento —dijo Maggie echándole una última mirada y volvieron al piso de arriba.

Sophia, Victoria, Nora y Ted les esperaban de pie ante la puerta.

—¿Todo bien? —preguntó Claire.

—Sí, parece que no hay nadie más, aunque no hemos ido a comprobarlo —contestó su hermano.

—Será mejor que le echemos un ojo al piso antes de atrincherarnos aquí —dijo

Tim y se dirigió a investigar el lugar.

Maggie fue tras él y Claire y Liam miraron en el resto. No había nadie.

—Bien, será mejor que atranquemos la puerta, por si las moscas, y descansemos por hoy —propuso Tim.

Bajaron un pequeño armario por las escaleras y lo pusieron contra la puerta. Se sentaron en el salón y descansaron en silencio durante un largo tiempo que a Claire se le hizo eterno. Prefería estar ocupada que quedarse sentada y esperar.

El ruido de un vehículo sonó a través de la ventana y todos se agacharon. Claire se acercó lentamente hacia la ventana y Liam la cogió de la manga de la camiseta para detenerla. Claire le miró y sonrió, y el joven la soltó con suavidad.

Miró por la ventana y vio un par de coches con un grupo de personas en ellos; en uno, habían tres hombres y una mujer, y en el otro, dos hombres y dos mujeres. Alzaron sus rifles al aire y empezaron a disparar. Algunos zombis se acercaron a ellos atraídos por el estruendo y acabaron con ellos de un disparo certero.

—Es mejor que no nos vean —Claire volvió con el grupo—. No tienen buena pinta.

Tim fue a cotillear por la ventana. Uno por uno, se acercaron para averiguar quienes eran esos extraños.

—Creo que será lo mejor —dijo Ted con desconfianza.

Nora se encontraba contra la pared, acurrucada. Claire se acercó a ella.

—No te preocupes, no nos verán —le dijo en un susurro.

La mujer la miró con terror en los ojos y se tapó la cara con las manos.

El día pasó rápido. El ruido de los desconocidos estaba atrayendo a más zombis, los cuales acababan destrozados por las calles. Ya no les disparaban, sino que les atropellaban o descuartizaban como si de un juego enfermizo se tratase.

Al llegar la noche, decidieron volver a hacer la guardia.

—No creo que suban, seguramente vendrían a saquear la tienda, pero por lo que tardan en los comercios, sólo les interesa eso —dijo Maggie comiendo una barrita de cereales.

—Eso espero —contestó Claire. «Lo que menos quiero ahora es que tengamos que enfrentarnos a un grupo que nos ganan en número y armas».

Durmieron todos juntos en el salón. Claire y Liam hicieron el segundo turno, y se pusieron debajo de la ventana con las armas en la mano. De vez en cuando uno de ellos se asomaba para controlar el exterior.

Claire sabía que debía darle las gracias por todo, pero se sentía avergonzada; odiaba ser una víctima.

—Liam —empezó a decir y tragó saliva—, gracias por todo.

El joven la miró y sonrió.

—No las des, debía protegerte. Quería hacerlo.

Se acercó a ella y la besó en los labios. Claire tuvo el impulso de apartarle, pero se dejó llevar. Se separaron y puso sus ojos en los de él.

—Yo... no está bien —dijo y miró al suelo, ruborizada—. Estamos con mucho estrés. Además, eres muy joven...

—No soy tan joven —Liam sonrió—. Y en otras circunstancias, también me hubieras gustado. Además, ya nada importa, es un mundo muerto, Claire, qué más da la edad o la situación. Lo importante es lo que tenemos ahora.

Le cogió de la cabeza con ternura y la besó de nuevo. Claire no opuso resistencia. Notaba su cálida lengua en la boca, y le vino el recuerdo de una época feliz en lo que todo era más fácil.

—Disculpad que os moleste, pero vuestra guardia ha terminado, nos toca a nosotros —la voz de Maggie sonaba burlona y divertida.

Claire se puso como un tomate.

—Ah, cierto, bu-buenas noches —dijo sin mirarles y se marchó a un rincón.

Liam la siguió sonriendo.

—Creo que nos han pillado —dijo y rodeó sus hombros con uno de sus brazos.

—Eso parece.

Claire se apoyó en su pecho y empezó a adormilarse. Liam puso su cabeza sobre la de ella, y abrazados, se durmieron.

—¡No está! —alguien gritó en medio de la oscuridad.

Claire y Liam se apartaron, se miraron y buscaron la procedencia de la voz. Los rayos del sol habían empezado a asomarse por la ventana, Sophia estaba de pie en medio del salón y el pánico invadió el cuerpo de Claire.

—¿Vi-Victoria? —dijo en un susurro.

—No, Nora. Se ha marchado.

La buscaron por toda la casa. La mujer ya no estaba.

Capítulo 36

La buscaron por todas las habitaciones. Nada. Nora no aparecía por ninguna parte. Claire miró por la ventana, esperando ver a los extraños con ella. No había rastro de ninguno de ellos.

—¿Y los hombres que vinieron ayer? —preguntó al resto.

—Uno de los coches se alejó nada más amanecer, creo que se dirigieron al otro lado del pueblo —contestó Maggie—. El otro está en la esquina, saqueando un colmado.

—¿Cómo es que no visteis dónde fue Nora? —dijo Liam extrañado.

—No prestamos demasiada atención al salón —Tim emitió un gruñido—. Joder, pensábamos que el peligro estaba fuera, no que uno de los nuestros se iba a marchar.

—Se puso muy nerviosa cuando llegaron los extraños —dijo Sophia abrazando a Victoria—. Puede que se asustara y se marchara.

—¿Pero esa tía es gilipollas? ¿Acaso piensa que va a estar más segura ahí fuera? —dijo Tim con incredulidad.

—No es gilipollas. —Claire negó con la cabeza—. Sólo estaba asustada por todo lo que le ha ocurrido.

—Sé que lo ha pasado mal, pero salir no es la solución —Ted se unió a la conversación—. El peligro se encontraba fuera, no dentro.

—Lo sé, pero seguramente Nora no lo pensó. Actuó por instinto —Claire volvió a mirar por la ventana. Los ojos se abrieron como platos y señaló hacia un callejón—. ¡Está allí!

El resto miró a través del cristal. Nora estaba detrás de un contenedor de basura, con la espalda contra la pared y temblando por el miedo. Los extraños se aproximaban a su posición después de saquear la pequeña tienda.

—¡Joder! La van a ver —masculló Tim.

—Hay que hacer algo, no podemos dejar que le pase nada —Sophia les miraba suplicantes.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Salir y que nos maten por su culpa? —Tim parecía enfadado.

—Tim, hay que ayudarla y lo sabes —dijo Maggie y puso una mano en su hombro.

Tim asintió, soltó una maldición y fue hacia las escaleras. Ted empezó a seguirle pero Claire le detuvo.

—No, quédate aquí con Sophia y Victoria. Por si acaso.

Su hermano iba a protestar, pero algo en los ojos de Claire le hizo detenerse.

Maggie, Liam y Claire siguieron a Tim. Bajaron por las escaleras, tratando de no hacer ruido, y descubrieron el mueble que habían puesto apartado en un rincón y

dejando una pequeña rendija por donde cabía una sola persona.

—Por su culpa podrían habernos liquidado —Maggie suspiró.

«Podrían haber entrado cualquiera, un zombi o los intrusos —pensó Claire—. ¿Vale la pena ponernos en peligro por alguien a quien no le importamos?».

Atravesaron la tienda con sigilo hasta la puerta principal. Desde allí podían controlar toda la calle. Nora tenía un arpón en una mano con la otra contenía sus lágrimas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Liam en un susurro.

—Si Nora fuera lista, vendría hacia aquí, pero está demasiado asustada como para hacernos caso. —Tim les miró a todos—. Hay que intentar traerla sin que nos vean.

Tim, que se encontraba justo delante de la puerta, empezó a hacerle señas a la mujer. Ella estaba totalmente atenta a los extraños, y no le prestaba atención. Asqueado, Tim cogió una pequeña caja con sedales y, vigilando para no ser visto, la lanzó hacia Nora.

Ésta les miró, y todos empezaron a hacerle señas de que se acercara. La mujer negó con la cabeza.

—¡Cuidado! —Claire cogió a Tim de la manga—. Se acercan.

—Si salimos, nos matarán, son más que nosotros, y no parecen muy amistosos. —A Liam se le notaba la preocupación en la voz.

—¿Entonces...? —empezó a decir Maggie.

—Nora debe venir hacia nosotros en uno de sus descuidos. Es lo mejor —sentenció Tim—. Hay que buscar papel y lápiz, le mandaremos un mensaje.

Todos menos Tim empezaron a rebuscar por la tienda. Al lado de la caja, Claire encontró un bloc de notas y un bolígrafo rojo. Se lo llevó a Tim y éste escribió: «Cuando te hagamos la señal, sal de allí. Si no, te verán y morirás».

—Qué tacto tienes —dijo Claire con ironía.

—No hay tiempo para eso, ¿no crees?

Claire sonrió y con otra caja de sedales, le lanzaron el mensaje. Nora lo cogió, lo leyó en silencio y negó con la cabeza. Les miró, temblorosa, y Tim asintió. La mujer volvió a leer la nota y tras unos segundos, asintió levemente.

—Perfecto —dijo Tim—. Vosotros dos, vigilad desde el otro lado del escaparate. Nosotros les controlaremos desde aquí.

Claire y Liam asintieron y se alejaron. Desde su nueva posición podrían ver una larga calle completamente desierta. Los comercios estaban deshabitados y llenos de polvo.

—Como se acerquen, les pego un tiro —dijo de pronto Liam—. No permitiré que te hagan daño.

—Si se acercan, acabaremos con ellos —Claire le sonrió y le besó con rapidez.

Debían vigilar, pero no pudo evitar hacerlo ante las palabras del chico.

Se escuchó el leve ronroneo de un motor al acercarse. A lo lejos, el coche que se había alejado volvía de su escueto viaje.

—Quédate aquí —le dijo a Liam y se acercó a Maggie y Tim—. El otro coche vuelve, tiene que venir ya o no tendrá otra oportunidad.

Tim asintió y le hizo un gesto.

—¡Rápido! —dijo Liam alzando la voz—. ¡Ya vuelven!

Nora salió agazapada de su escondite. Dubitativa, empezó a cruzar la calle hacia la tienda. «Ya casi está —pensó Claire—. Sólo un poco más».

De su izquierda, un hombre grande al que le faltaba medio brazo, se abalanzó contra la mujer. Ella gritó y le arponeó, pero le dio en el estómago y el zombi siguió avanzando hacia ella.

—¡Joder, joder, joder! —vociferó Tim y salió con la pistola en la mano.

Otro zombi salió en su posición y Tim le voló la cabeza. El grupo de extraños se acercó con sus coches, y Maggie, Claire y Liam salieron de la tienda para enfrentarse a ellos. Antes de que pudiera dar tiempo a la contienda, un gran grupo de zombis se acercaba como una marabunta hacia ellos.

—¡A la tienda! —gritó Tim.

Claire iba a coger a Nora, pero el zombi que estaba a su lado la tenía sujeta por el brazo y le dio un fuerte mordisco que le desgarró la piel y los tendones.

—¡No podemos ayudarla! —le dijo Liam y tiró hacia atrás de ella.

Los extraños se subieron a los coches y se fueron rápidamente del pueblo hacia la dirección contraria a los muertos.

—¡Si nos encerramos en la tienda, moriremos! —dijo Claire—. ¡Será una maldita ratonera!

Tim asintió y entró corriendo en ella. En segundos, sus hermanos y Victoria se unieron a ellos con las mochilas de todos en las manos. Las repartieron y las cargaron a la espalda.

—¡Oh, no, por dios, no! —gritó Sophia entre sollozos. C cogió a Victoria en brazos y puso la cabeza de la niña contra su pecho—. Cierra los ojos, cielo.

—¿De dónde vienen todos esos? —preguntó Ted.

—De la escuela —contestó Maggie, que no apartaba los ojos de la muerta muchedumbre—. Los muy hijos de puta abrieron las puertas y les dejaron ir, por eso volvían.

Claire lo comprendió en el acto. El coche que se había alejado fue directamente a la escuela. Sin saber que el gimnasio estaba plagado de zombis, abrieron las puertas para saquear la cocina y se encontraron con ellos. Al salir huyendo, no les dio tiempo de cerrar, y por eso volvían ya, para avisar a los suyos de que debían huir.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó de nuevo Ted.

—Tenemos que alejarnos lo máximo posible de ellos, tratar de hacer poco ruido. Con suerte, la horda seguirá a los coches —dijo Claire—. Son lentos, y esa es su debilidad. Podemos hacerlo. —Todos asintieron—. Vamos, tenemos que marcharnos.

Corrieron en dirección contraria a los muertos. Sabían que si lograban alejarse lo suficiente, podrían estar a salvo de nuevo.

Capítulo 37

—Necesito un momento.

Ted se apoyó contra una pared, jadeando. Claire se acercó a su hermano. Contra su espalda, había el mismo cartel que vieron al entrar al pueblo y que invitaba a todos sus habitantes a resguardarse en el gimnasio.

Lugar del que salió la horda que les perseguía en aquellos momentos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó apoyando una mano en su hombro.

—Sí, sí —dijo quitándole importancia—, sólo algo mareado.

—¿Te has ido tomando las pastillas que te di?

—Claro. —Entornó los ojos—. Sólo es un mareo, en unos minutos estaré bien.

Claire le miró atentamente. Contempló su brazo. El vendaje, aunque sucio, no presentaba ninguna mancha de sangre. «No le supura —pensó—. Es una buena señal».

—Tienes que sentarte. —Suspiró—. Los antibióticos pueden producir mareos.

—¿Qué cojones ocurre? —Tim se acercó de mala gana.

—Ted necesita un respiro.

—No hace falta, ya estoy bien —dijo tratando de ponerse en pie.

—No lo estás —cortó Claire y miró al resto—. Los antibióticos que le di son fuertes, y tanto estrés y movimiento no ayudan. Sólo serán unos minutos.

Claire vio a Maggie mirar al horizonte en la dirección de los zombis.

—Creo que podríamos parar un rato —dijo sonriente—. Pero será mejor que nos cobijemos en algún sitio, por si acaso.

—Está bien —masculló Tim entre dientes—. Pero poco tiempo, debemos salir de este maldito pueblo lo antes posible.

—Podríamos escondernos allí. —Maggie señaló hacia un comercio cercano. Se trataba de un colmado.

Fueron al lugar con sigilo. Al acercarse, Claire advirtió que tenía el cristal roto y manchas de sangre por el suelo. La lluvia empezó a caer copiosamente sobre las calles de Ravens Falls y el día se oscurecía por momentos.

—Quietos —dijo Tim en un susurro—. Algo se mueve allí dentro.

Claire le hizo un gesto a Ted de que se quedara afuera. Tim, Maggie, Liam y ella se acercaron con cuidado. Sophia sujetó a su hermano por la cintura y Victoria cogía a su madre del pantalón aferrada a uno de sus peluches.

Se acercaron lentamente, esperando que sólo fuera un animal extraviado, pero Claire pensaba que no se trataría de eso. «No tendremos la suerte de encontrar a un perro, no, será un muerto sediento de carne».

Al entrar por la puerta rota del comercio, el ruido de cristales rotos contra la suela de los zapatos rompió el silencio de la estancia. Escucharon ruidos que provenían de

detrás del mostrador. El lugar estaba lúgubre y las sombras acechaban en cada rincón.

Claire apartó un mechón de cabello castaño rojizo del rostro y miró a Liam. El chico la sonrió con dulzura. Tim y Maggie iban los primeros, y estaban cada vez más cerca de lo que se movía.

La ropa le pesaba y la empuñadura del martillo le resbalaba debido al agua de lluvia. Se aproximó a Tim y Maggie, y Liam le cubrió las espaldas.

En el suelo, detrás del mostrador, un niño de tres años de sucio cabello rubio como el maíz y peto tejano devoraba los intestinos de una embarazada sentado en el suelo. La mujer llevaba un vestido de premamá púrpura manchado de sangre reseca, y hacía tempo que el pequeño había engullido con el bebé.

Claire contuvo una arcada con la mano. Escuchó a Liam maldecir a su espalda. Maggie miraba con los ojos llenos de lágrimas. Tim tenía el rostro contenido. Apretaba la mandíbula para no gritar.

Nadie se movió durante unos segundos. La escena que presenciaban era dantesca. Al lado del siniestro banquete se encontraba una fotografía. Claire agudizó la vista, tratando de no ver el espectáculo del pequeño caníbal. Era una escena familiar, donde la mujer abrazaba a un pequeño de cabellos como el maíz mientras un hombre la besaba en la mejilla. Todo parecía una cruel broma del destino.

El pequeño zombi levantó la vista y los miró con ojos muertos. De la boca le chorreaba sangre y vísceras. Emitió un gemido y trató de levantarse del suelo con torpeza.

—Acabemos con esto —Tim se acercó y le dio con fuerza con la culata de su pistola.

El cráneo al romperse hizo un pequeño chasquido. Tim le asestó otro golpe y el niño dejó de moverse.

—Tendríamos que taparles —propuso Maggie.

—O buscar otro sitio —añadió Liam.

—Tienes razón. —Tim asintió—. Es mejor refugiarnos en otro lugar. Joder, después de todo lo que hemos pasado, no estaba preparado para esto.

—Ni tú ni ninguno, Tim —dijo Claire—. Bien, será mejor que nos vayamos. —Sintió la mano de Liam sobre su hombro—. Estoy bien. —Se giró hacia el chico y sonrió—. De verdad.

—Antes, comprobemos si aún queda algo útil —dijo Tim.

Todos asintieron y buscaron con rapidez por la tienda. El botín fue escaso, dos latas de judías, una de albóndigas con tomate y tres botellas de agua, y dedujeron que los saqueadores, a pesar de llevarse todas las provisiones que encontraron, no tuvieron valor para acabar con la vida del pequeño.

—Bien, larguémonos de aquí —dijo Liam.

Salieron de la tienda. La lluvia era ahora más intensa y creaba una cortina de agua que dificultaba la visión.

—¿Estáis bien? —Ted se encontraba en medio de la carretera. Sophia y Victoria

se resguardaban de la lluvia gracias a un toldo de una tienda al otro lado de la calle.

—Sí, pero es mejor que busquemos otro sitio —contestó Claire.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sophia a lo lejos.

—No quiero entrar en detalles —dijo Tim tajante.

Llegaron a la altura de Ted. Claire abrazó a su hermano.

—Hey, ¿en serio va todo bien? —preguntó sorprendido.

—Sí, no te preocupes.

Se separó de Ted y caminó hacia Sophia, que le sonreía en la distancia. Liam se acercó a ella y la abrazó.

—Me habéis dado envidia —dijo tratando de hacerla sonreír, y Claire no pudo resistirse a hacerlo.

—Siempre tan oportuno —le dijo y apoyó la cabeza sobre su pecho. El latir de su corazón le tranquilizaba.

—Será mejor que nos refugiemos si no queremos acabar todos muertos por una pulmonía. —Miró hacia los lados—. Joder, no veo bien con tanta lluvia.

—¡Aaaaah! —el grito irrumpió acompañado de un trueno.

—¡Mamá!

Claire miró hacia Sophia y empezó a correr. Había algo en el suelo, a su lado. Al acercarse, vio a un zombi al que le faltaba toda la parte inferior aferrar el tobillo de su hermana. Las tripas de aquél ser parecían salir de los pulmones, y la camiseta oscura no ocultaba el cuerpo descarnado.

El zombi abrió la boca y desgarró la carne y los tendones de Sophia. Su hermana emitió un gemido de dolor y cayó al suelo, tratando de zafarse de él con la otra pierna.

Claire cogió su arma y disparó al muerto en la cabeza.

Capítulo 38

Corrió hacia su hermana. Victoria no dejaba de llorar y llamar a su madre. Se abalanzó sobre ella y la abrazó.

—¡Mamá! —Puso su cabecita sobre el pecho de Sophia.

—Tranquila, cielo, todo irá bien —dijo entre sollozos.

Claire se tiró de rodillas su lado. Los huesos le retumbaron en la caída, pero eso no importaba. Realmente ya nada importaba. Le miró con el rostro lleno de lágrimas difuminadas por la lluvia.

—Soph...

Miró la pierna de su hermana, justo en el lugar donde el zombi había puesto su boca, o lo que aún quedaba de ella, segundos antes. Le faltaba un trozo de carne y la sangre roja se aclaraba debido al agua que caía del cielo.

Ted llegó en segundos y se puso al lado de las dos.

—Sophia. —No pudo continuar. Empezó a llorar y su rostro quedó roto por el dolor.

Maggie, Liam y Tim llegaron todos en silencio como en una marcha fúnebre.

Sophia abrazaba con fuerza a su hija con la mirada ausente. El tiempo se detuvo y nadie se movió ni habló en lo que a Claire le pareció un momento eterno.

Su hermana besó la cabeza de Victoria y miró al resto.

—¿Os la podéis llevar un momento? —preguntó tapando los oídos de la niña con las manos—. Me gustaría hablar con mis hermanos.

Maggie asintió y se acercó a Victoria.

—Ven, pequeña.

—¡No! ¡Quiero estar con mamá!

—Victoria, debes ir con Maggie. —Le acarició la mejilla con dulzura—. Será solo por unos minutos, te lo prometo, cielo. —Sonrió.

La niña asintió con la cabeza y se dejó coger por Maggie.

—Será mejor que os refugiéis en algún sitio. Liam y yo haremos guardia —dijo Tim. Su cara no mostraba ninguna expresión—. Cinco minutos.

Sophia asintió y contempló como se alejaban. Miró a sus hermanos. Claire vio miedo en los ojos de su hermana.

—No te preocupes, te pondrás bien —dijo Ted con desesperación—. Hallaremos la forma, ya verás.

—No, eso no es verdad —dijo Claire cortante—. Y lo sabes bien.

Empezó a sollozar, sorbiendo por la nariz. La lluvia le entraba en los ojos, molestándola más de la cuenta. «Nada está bien».

Claire miró a su alrededor; Ravens Falls, el lugar en que pensaban encontrar algo de paz y salvación se había convertido en el más doloroso del mundo. Las calles

estaban desiertas, y a lo lejos empezaba a sonar el murmullo de cientos de pasos aproximándose a ellos. La lluvia, su eterna compañera de viaje, no quiso perderse el peor momento de su vida.

—Podríamos amputarte la pierna —propuso Ted.

—No, chicos, yo... —empezó a decir Sophia.

—¡Claro! —le cortó Claire—. Podríamos intentarlo, puede que lleguemos a tiempo y la infección no se extienda por todo el cuerpo.

—¡Ya basta! —gritó Sophia con todas sus fuerzas—. Se podría, intentaría... no. No quiero ser un lastre durante unas horas y ver sufrir más a Victoria.

—Pero podría salir bien —suplicó Ted.

—Claire, tú eres enfermera, y sabes que ya no hay solución.

—Depende del virus o del agente infeccioso, depende de muchas cosas —contestó Claire hablando con rapidez.

—Mira mi herida de nuevo, Claire.

Hizo lo que le pidió. Se acercó a la pierna de su hermana. Y su mundo de vino a bajo. El zombi le había perforado la arteria tibial, por lo que lo más seguro es que su sangre esté infectada. «O puede que lleguemos a tiempo».

—No pierdes nada por intentarlo —dijo—. Será un momento, con un hacha. Te pondremos todos los tranquilizantes que tenemos y...

—Y perder así todas las provisiones de medicamentos —Sophia negó con la cabeza—. Mi respuesta es no. No a que por mi culpa os cojan. No a que se pierdan recursos más que valiosos y sobretodo, no a ver sufrir más a mi hija.

—Piensa en ella, inténtalo por Victoria —imploró Ted.

—Y es por ella que lo hago. Si resulta que no funciona, me transformaré. Y puede que ataque a alguno de vosotros. Incluso a Victoria.

—Te podríamos poner en cuarentena. Es lo que hacíamos en el hospital.

—No hay sitio seguro, Claire. Os retrasaría, perderías suministros y sé que no va a funcionar.

—¿Cómo sabes eso? ¡No puedes saberlo!

—Lo sé —dijo e hizo una larga pausa—. Y tú también.

Claire volvió a poner sus ojos en la mordedura de la pierna. «Su sangre está infectada». Se quedaron en silencio, asimilando la situación. Sophia fue quién lo rompió.

—Quiero que me prometáis que cuidaréis de Victoria.

Claire y Ted asintieron. Vio a su hermano poniendo sus brazos sobre sus rodillas, como cuando de pequeño tenía miedo a la oscuridad y a los demonios que imaginaba dentro de ella. Pero aquello era real.

—Lo haremos, aunque nos vaya la vida en ella —dijo Claire mirando a su hermana a los ojos.

—Sé que lo haréis —Sophia emitió un gemido de pesar—. Os quiero.

Los tres se abrazaron.

—Yo también te quiero, Soph —dijo Ted—. Os quiero a las dos.

—Te quiero, Sophia, yo... —Claire empezó a llorar con fuerza—. Sois mi familia.

Sophia les acarició el rostro a cada uno con una mano en gesto maternal.

—Todo irá bien. Debéis ser fuertes y luchar. Tenéis que sobrevivir.

A lo lejos Tim, Liam y Maggie con Victoria en brazos regresaban. Claire acarició la mano de su hermana con cariño.

—Victoria —dijo Sophia y Claire y Ted se apartaron un poco. La niña corrió a los brazos de su madre y la abrazó de nuevo—. Mi pequeña. Eres lo mejor que he hecho en la vida. Estoy tan orgullosa de ti. —La niña la miró a los ojos—. Pero ahora debo irme, cielo.

—¡No! ¡No te vas! ¡Te mueres, como papá! —La niña la miró con el rostro congestionado por la pena.

—Lo siento tanto, mi amor —Sophia le dio un beso en la cabeza—. Ojalá pudiera estar siempre a tu lado, verte crecer... pero te veré desde el cielo, cariño. Siempre estaré a tu lado y siempre cuidaré de ti. Junto a papá. —Le acarició la mejilla—. Tienes que hacer caso de todo lo que te digan ellos, ¿está bien? —La pequeña asintió—. Sé buena y no te separes de tus tíos. Y sobretodo, no dejes que el miedo te domine. Sé fuerte, lucha y vive. Por mí —La estrechó entre sus brazos—. Te quiero, Victoria, te quiero tanto.

Se quedaron abrazadas durante unos minutos. Los pasos de los zombis llegaron acompañados de gemidos. Se encontraban cada vez más cerca. La lluvia seguía fuerte y constante; parecía llorar lo inevitable.

—Debéis iros —dijo Sophia. Cogió la cara de su hija con las dos manos y le apartó el pelo de la cara—. Ve con Ted, cielo.

La niña obedeció en silencio. Hizo un gesto a Claire y se acercó a ella.

—No quiero transformarme —le dijo en un susurro—. No quiero convertirme en un cadáver andante. Por favor, Claire. —La miró con ojos suplicantes.

—Yo... no... no puedo... —Claire sabía lo que su hermana le estaba pidiendo. Empezó a templar.

—Debes, por mí —Puso su frente contra la de ella—. Sé que lo que te estoy pidiendo no es fácil, pero quiero que lo hagáis uno de vosotros.

—¿Y por qué yo? —preguntó Claire, aunque ya sabía la respuesta.

—Porque eres la más fuerte de todos.

Claire sorbió de nuevo por la nariz.

—¿Nos podríais dejar a solas? —preguntó Sophia.

—Adiós, Sophia —dijo Tim.

—Lo siento mucho —añadió Maggie llorando.

—Lo lamento, de verdad —Liam fue el último en despedirse. Miró a Claire y está asintió.

El grupo se alejó. Victoria puso la cabeza sobre el pecho de Ted, el cual caminaba

como un autómeta.

—Siento haberos dado tantos problemas —dijo su hermana entre hipidos—. Y siento muchísimo ponerte esta carga sobre los hombros.

—No lo sientas, hermanita —dijo Claire y Sophia sonrió.

Volvieron a ponerse frente a frente.

—Estoy lista —dijo Sophia. Claire se dio cuenta de que le temblaba el labio—. Gracias, Claire.

—Te quiero, Soph.

Claire puso el cañón de la pistola contra la sien de su hermana. Quitó el seguro, cerró los ojos y disparó.

Capítulo 39

Claire no escuchaba nada. Dejaba que la lluvia recorriera su cuerpo como un manto de realidad, fría y constante. El cadáver de su hermana yacía en el suelo a escasos metros de ella. No se había movido desde que le había pegado un tiro en la cabeza.

En el momento de la detonación, Claire sintió la calidez de la sangre contra el rostro y Sophia se desplomó en silencio. El estruendo la dejó sorda de un oído y desde entonces sólo sentía su propia respiración. Aferró la pistola en la mano temblorosa.

Nadie se había atrevido a acercarse a ella. Y Claire lo agradecía. Necesitaba asimilar lo ocurrido. Aunque sabía que nunca iba a poder superarlo.

«La he matado. He matado a mi hermana».

Empezaba a recuperar la audición poco a poco y el rumor del agua contra el asfalto le llegaba como susurros en la oscuridad. Escuchó unos pasos a su espalda. Alguien se acercaba.

—Claire, tenemos que irnos —dijo una voz conocida que en aquellos momentos no supo identificar.

Ella no se movió. No podía. Su cuerpo no respondía. Estaba rota. Sintió un brazo rodeando sus hombros y supo de quién se trataba. Aquello la hubiera reconfortado en otra ocasión, pero no había consuelo posible ante lo que acababa de hacer.

—Ya vienen. —La voz de Liam apareció como un sueño.

—¿A dónde? —preguntó, aunque no sabía por qué había dicho eso.

—A un lugar seguro.

—No hay lugar seguro. —Le miró a los ojos. El joven estaba a su lado, con el rostro contenido—. ¿Es qué no te has dado cuenta aún?

—Lo encontraremos. —Fueron las últimas palabras de Liam antes de ayudarla a levantarse. El chico le quitó la pistola de la mano y la apoyó en el cinturón.

Claire pensó en oponer resistencia, no quería separarse de su hermana, pero sabía que debían marcharse lo antes posible.

Se aproximaron a los demás; Maggie miraba al suelo, tratando de disimular el llanto, Tim observaba el horizonte, preocupado. Ted tenía a Victoria en brazos. Parecía hallarse en un estado de *shock*.

Claire miró hacia la carretera. A lo lejos, podía divisar los zombis acercándose a ellos, impasibles.

—Son lentos, pero pronto estarán aquí —dijo Tim sin apartar sus ojos de ellos—. Y si nos alcanzan, podemos tener problemas.

Nadie dijo nada durante unos segundos.

—Podríamos ir a las afueras del pueblo —intervino Maggie aún si levantar la vista—. Hay casas y eso nos dará tiempo.

Claire vio a Tim asentir.

—Debemos ponernos ya de camino, antes de que sea de noche y algún zombi nos coja desprevenidos.

Empezaron a ponerse en marcha. Tim hizo un gesto como de recordar algo y se acercó a Claire.

—Lo siento mucho, Claire, de verdad. —Puso la mano en su brazo—. Y siento lo que voy a hacer, pero saber que es lo correcto.

Claire dudo unos segundos. Cuando comprendió a qué se refería, le entraron ganas de abofetearlo. «¿Cómo se atreve? Su cuerpo está aún caliente». Recordó a Thomas, a Lena y al resto de los caídos. Con todos había pasado lo mismo.

Miró a Tim y asintió. El hombre se acercó al cuerpo de Sophia y cogió la mochila que descansaba junto a ella. «No se pueden malgastar provisiones —pensó—. Ella no lo hubiera querido».

Liam seguía rodeándole el hombro de Claire. No se separó ni un segundo de ella. Empezaron a caminar, empapados, por la carretera principal de Ravens Falls. Su paso era lento, y tardaron más de lo previsto en llegar a los límites del pueblo. Se encontraron con algunos zombis, pero Maggie y Tim acabaron con ellos con rapidez. Un grupo casi les rodea cerca de un barrio residencial, ese fue el único momento en el que tuvieron que unir fuerzas. Ted se quedó a un lado, con el bate en la mano y Victoria abrazada a su pierna. Liam quiso que Claire fuera con su hermano, pero ella prefirió ayudar y cogió de su mochila el pequeño hacha que había usado más de una vez. Se ensañó con un zombi al que le faltaba parte del ojo izquierdo e iba vestido con un vestido de flores lilas. Le asestó golpes en el cráneo hasta que Liam la sujetó del brazo para detenerla. A su mente le llegaron las imágenes de Ted haciendo lo mismo con el zombi del jardín de su casa, cuando Sophia aún estaba viva. Aquellos recuerdos le hicieron sentir una punzada en el corazón. «La he matado. No la volveré a ver nunca más».

Prosiguieron el camino y la carretera dio paso a varias bifurcaciones.

—¿Y ahora? —preguntó Tim mirando a Maggie.

—Ahora hay que elegir —dijo—. Si vamos por la izquierda, nos encontraremos con el siguiente pueblo; a la derecha, hay campos, y si seguimos recto, acabaremos en Newport.

—Una gran ciudad es peligroso. —La voz de Ted sonaba de ultratumba. Era la primera vez que hablaba desde la muerte de Sophia—. Eso es un suicidio.

—Tiene razón. Creo que lo mejor sería ir hacia los campos —contestó Liam—. Podríamos encontrar alguna casa o granja.

—¿Y cuándo nos quedemos sin suministros? —Tim puso los brazos sobre el pecho.

—Siempre podemos volver al pueblo, o ir al siguiente.

—Creo que hay que hacerse a la idea de que nos tendremos que ir moviendo siempre. —Claire habló con voz seca, y al hacerlo, ni siquiera sintió que saliera de su

garganta—. No hay lugar seguro.

El resto la miró. Vio a Tim encogerse de hombros.

—Pues hacia allí vamos. Iremos improvisando —dijo el líder improvisado con el rostro sombrío—. Odio la lluvia, ¿os lo había dicho alguna vez?

Fueron hacia las afueras, calados hasta los huesos, esperando no encontrarse con muchos problemas por el camino.

Capítulo 40

Consiguieron refugiarse dentro de un establo aparentemente vacío. La paja estaba sucia, mohosa y emitía un nauseabundo olor. Dentro de dos cubículos de madera se encontraban los huesos de dos caballos muertos de inanición.

Claire sólo pudo echar un vistazo rápido a la escena y se acurrucó contra la paja, que a pesar de sus malas condiciones estaba seca.

Liam se acercó a ella con una manda para caballos y la cubrió con ella.

—Gracias —dijo forzando una sonrisa.

—No las des.

—Puaj, el agua está podrida, no se puede beber. —La voz de Tim le llegó desde el otro lado de la estancia—. Y la verdura también. De aquí no sacaremos nada bueno. —Se sentó en el suelo, mareado.

—Necesitamos un lugar seguro en donde poder hacerlo. —Maggie puso una mano en el hombro de Tim—. Además, también debemos descansar un poco. Y dormir bajo techo nos vendrá bien. —Le miró en silencio.

Claire recordó los días posteriores a acabar en ese establo en medio del campo.

Al salir de Ravens Falls, trataron de refugiarse en varias casas de granjeros. La lluvia no les dio tregua y aún hoy seguía constante. Las tres más próximas que encontraron estaban repletas de zombis. Todos los miembros de la familia se habían transformado, y cada habitación de la casa contaba una dantesca historia de muerte, agonía y desesperación.

Decidieron salir de cada una de ellas; no podían quedarse en esos lugares dadas las circunstancias.

La cuarta casa se hallaba quemada hasta los cimientos y sólo quedaba el esqueleto del hermoso lugar que fue hace como mucho un par de semanas.

Por el camino, se encontraron a más de un zombi, y varios estuvieron a punto de cazarles.

—Hay que hacerlo ya, Tim —dijo Maggie con preocupación en la voz.

—Lo sé, lo sé. Aunque no creo que funcione.

—Funcionará —contestó la chica y le abrazó—. Te lo prometo.

Maggie se acercó a Claire y suspiró.

—Te necesitamos, Claire. Al cien por cien. Su vida está en tus manos.

Ella asintió, se incorporó con la manta alrededor de su cuerpo y miró hacia los lados.

—Hay que buscar una sierra, telas y agua limpia. Si la de los bebederos está corrompida, será mejor que usemos las botellas que tenemos en las mochilas. ¡Ah! Y alcohol, si es posible.

Todos se pusieron manos a la obra; Ted dejó a Victoria al lado de Claire, que la

cubrió con su propia manta.

—Así nos daremos calor la una a la otra.

La niña sonrió sin decir nada. Desde que su madre, Sophia, había muerto hacía ya una semana, la pequeña no hablaba.

—¿Esto te sirve? —preguntó Maggie con gran un hacha oxidada en la mano.

—Al menos es más grande que las que tenemos nosotros. Pero tendremos que limpiarla bien antes.

Maggie asintió, cogió una camiseta de repuesto que llevaba en la mochila y empezó a limpiarla con agua de botella.

—Con eso no harás nada —le dijo Claire entornando los ojos—. Lo mejor es hacer una pequeña hoguera y echarle un buen chorro de alcohol; si es que encontramos algo.

—Pues creo que tenemos suerte, señoritas. —Liam llegó triunfante—. El mozo era adicto al *whisky*. No es de buena calidad, pero servirá.

—Perfecto —Claire sonrió.

—Si ya está todo, acabemos cuanto antes —Tim negaba con la cabeza—. Pero necesitaré un buen trago de ese *whisky*.

—Tranquilo, contaba con ello. —Liam sacó otra botella de detrás de la espalda—. Esta es toda para ti. Te recomiendo que empieces a empinar el codo antes de que empecemos.

—A tus órdenes —dijo Tim y le quitó con gesto rápido la botella de la mano. La abrió con una mueca de dolor y empezó a beber compulsivamente.

Claire contempló la escena. Todos tenían una endereza que ella había perdido en día en que tuvo que acabar con su hermana. Sonrió, al verles trabajar en equipo para salvar a Tim.

—Toma —dijo Ted de repente—. He hecho algunos retales, espero que sirvan. Y he encontrado esto —Le tendió un hierro con el que marcaban a los caballos—, para cauterizar la herida.

—Perfecto, Ted, gracias.

Claire recordó el incidente de hace dos horas. Una horda de zombis les había sorprendido mientras intentaban ubicarse con el mapa de Maggie y mordieron a Tim en la parte baja del brazo. Maggie le apuntó con lágrimas en los ojos, pero el hombre dijo que prefería arriesgarse a perder un brazo y probar suerte a dejar que un saco de carne muerta acabara con él.

Así que buscaron refugio en el lugar más cercano, el establo, y empezaría la operación en pocos minutos.

Tim estaba cada vez más borracho.

—¿Ya? —preguntó Ted.

—No, esperemos que esté casi inconciente.

—¿Sabéis una cosa? Creo que esta mierda nos la merecemos. Somos un cáncer para el planeta, ya le va bien que todos muramos. Los zombis son mejores que

nosotros, ¿habéis visto alguna vez dos zombis peleándose entre ellos? —dijo dándole largos tragos *whisky*—. Antes de todo esto, sólo me preocupaba de mi mismo. Comer, follar, cagar... dormir. Y tener dinero. Ahora —hizo una pausa y lanzó la botella contra la pared—, ahora me siento más humano que nunca. —Cerró los ojos.

—Es el momento —dijo Claire y miró a Ted—. Lee un libro a Victoria, ¿quieres? Su hermano asintió y se llevó a la niña.

Maggie había mantenido el hacha en una pequeña hoguera que había creado con paja seca y cerillas.

—¿Quieres que lo haga yo? —preguntó Liam sujetándole el brazo.

—No. —Le sonrió y le besó en los labios—. Puedo hacerlo. —El joven la dejó pasar—. Liam, Maggie, sujetadle bien de los hombros. —Miró a su alrededor—. Necesito su cinturón.

Maggie se lo quitó y se lo dio a Claire.

—Gracias.

Claire le puso el cinturón justo por encima de la mordedura. Tenía muy mala pinta y había empezado a extenderse, por lo que debía amputarle un trozo más grande. «Menos mal que no le ha dado en una arteria, si no ya sería uno de ellos».

—Maggie, cógele la mano.

La chica obedeció. Claire alzó el hacha con la hoja de un tono rojo brillante y con fuerza, lanzó una tajada contra el brazo de Tim.

El hombre emitió un grito de dolor y Liam tuvo que meterle parte de la tela que había partido para que se callara. Tim se desmayó en segundos.

—Como siga gritando así nos verán —dijo Maggie con preocupación.

Claire cauterizó la herida y se la vendó con la tela empapada en alcohol. Sacó de su mochila antibióticos y le inyectó una alta dosis.

—Ahora sólo tenemos que esperar.

Todos asintieron. Cogieron a Tim y le tumbaron sobre un montón de paja. Le cubrieron con una manta y decidieron hacer guardias. Claire se encargaba de la primera.

—¿Cuándo sabremos si ha funcionado? —preguntó Liam sentándose a su lado.

—No lo sé. La verdad es que nunca he visto a nadie que hayan mordido y se haya reanimado.

—Yo si lo sé —dijo Maggie acercándose a ellos—. Mi novio tardó menos de tres horas. —Consultó su reloj—. Y a Tim hace dos que le mordieron.

—Entonces no falta mucho —Liam se encogió de hombros.

Los tres se quedaron esperando a que pasaran los minutos. Claire controlaba que no le subiera la fiebre, y de vez en cuando observaba a Ted explicándole historias a Victoria, cuyo rostro era de piedra. «Es como si estuviera muerta —pensó Claire—. Este mundo la ha destrozado por completo».

Un gemido les sobresaltó. Tim empezó a moverse y abrió los ojos. Maggie y Liam le apuntaron con sus armas y Claire se llevó una mano a la boca.

El hombre hizo unos extraños sonidos que le salía de lo profundo de la garganta.

—¿*Whisky*? —balbuceó.

Liam rió y guardó el arma. Maggie se lanzó contra Tim y le abrazó como pudo. Claire sonrió, por una vez algo les había salido bien.

—Nada de *whisky* —dijo Claire—. Medicamentos, agua y comida. Debes ponerte fuerte, que en unos días nos iremos.

Tim asintió. Sabía que tenía razón.

Desde lo sucedido en Ravens Falls y lo que encontraron al salir del pueblo, decidieron por unanimidad que estarían en constante movimiento. No confiarían en nadie, y se cuidarían los unos a los otros hasta el último aliento.

Tres días después, Tim aseguró que podía proseguir, por lo que se prepararon para marcharse.

Salieron del establo, siguiendo el camino acordado de ir por las afueras de los pueblos y no acercarse a las ciudades, y esperar encontrar algún refugio en el que poder resguardarse aquella noche.

Claire miró al horizonte al salir del establo. Era de día, y seguía lloviendo. Una de las particularidades de Maine era que, al igual que Londres, llovía durante la mayor parte del año. Suspiró, intentando recordar tiempos felices con una punzada en el corazón. Ahora, vivía el día a día, y tenía una nueva familia a la que le debía lealtad eterna.

Liam siempre se encontraba a su lado, y cada día que pasaba, más amaba a aquél joven que la había salvado una vez de un zombi en un supermercado, hacía ya tanto tiempo que parecía un sueño lejano, un eco en su mente, cuando el grupo de supervivientes era más numeroso.

En los días en que aún quedaba alguna esperanza de que todo aquello acabaría.

Pero ahora, después de todo que lo que había pasado, Claire sabía que en ese mundo de muerte nunca volverían a estar a salvo.



Rain Cross (Barcelona en 1984). Ha participado en las antologías gratuitas *Las 8 Caras del Miedo*, *Vampiralia* y *Muñecos Malditos*. También en *Mascotas* (La Pastilla Roja, 2015), *Esta noche conectaremos con el infierno* (La web del terror, 2015), y las recopilaciones solidarias *Demonalia* (Cazador de Ratas, 2014) y *En los Albores del Miedo* (Dolmen, 2015).